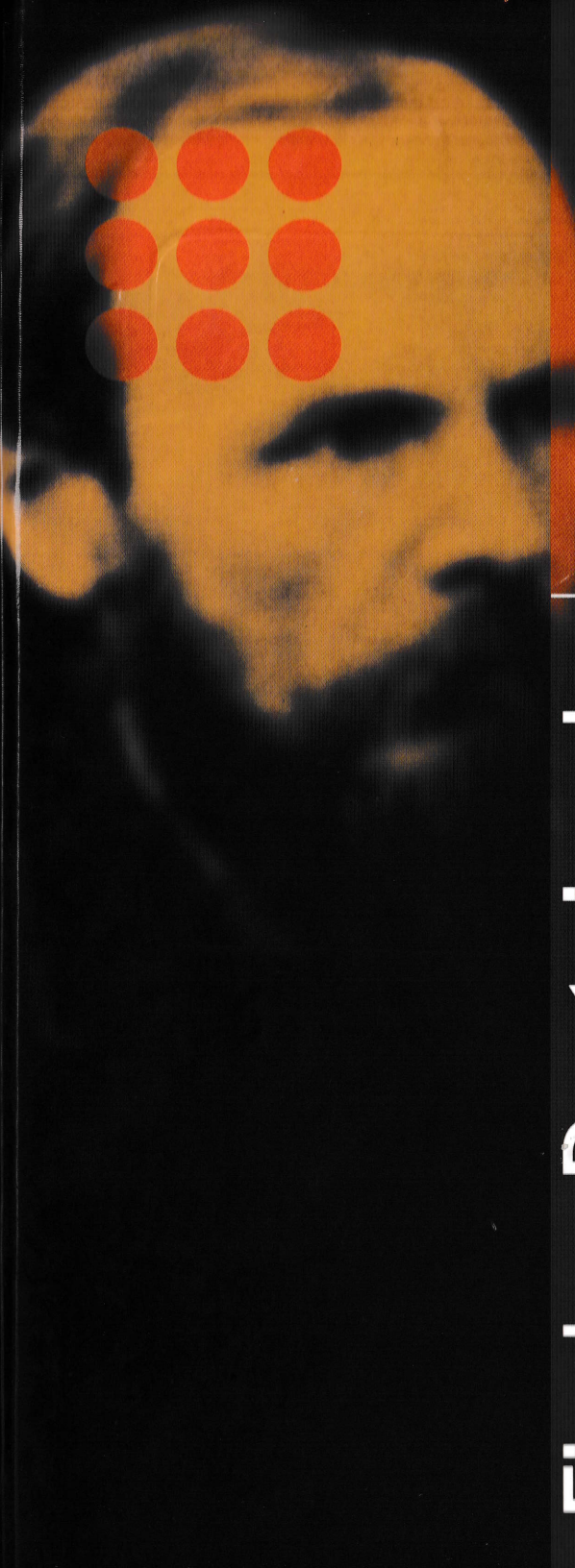
Fiodor Dostoievsky | El jugador

Nadie como Fiodor Mijailovich Dostoievsky (Moscú, 1821 - San Petersburgo, 1881) supo plasmar la sordidez y el autoritarismo de la Rusia zarista. Sus personajes, seres atormentados económica, política y moralmente, se debaten en oscuros laberintos interiores y sucumben entrampados en los viejos dilemas que comprometen a la sociedad rusa, pero que, finalmente, engloban a toda la existencia humana: la responsabilidad por los propios actos, la conciencia del bien y el mal, el sentido de la justicia, la finitud de la vida y la trascendencia. A veces, como le sucede al protagonista de *El jugador*, novela publicada en 1866, el azar decide por los hombres, como si algún gran manipulador –¿Dios? ¿el Diablo? ¿el Zar? ¿la Policía?– moviera hilos sutiles que cambian, en un golpe de dados, el destino de las criaturas. El propio Dostoievsky fue un personaje de su propia obra: tras ser condenado a muerte en 1849 por razones políticas, a último momento fue indultado y enviado a Siberia para cumplir trabajos forzados.

9 789586 931267

Fiodor Dostoievsky | El jugador



Fiodor Dostoievsky | El jugador

Fiodor Dostoievsky

El jugador

Clásicos de la Literatura Universal

Fiodor Dostoievsky
El jugador

© 2000 Editorial Sol 90
© de la traducción EDITORIAL JUVENTUD S.A.
Licencia editorial para Periódicos Asociados Ltda.

Diseño cubierta e interiores
Cases i Associats, S.A.

Impreso en Colombia por:
Panamericana Formas e Impresos S.A.

ISBN: 958-693-126-9
ISBN Obra Completa: 958-693-123-4

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Fiodor Dostoievsky

El jugador

Por fin he vuelto, después de quince días de ausencia. Hace ya tres días que los nuestros llegaron a Roulettenburg.[1] Creí que me esperarían con la mayor impaciencia, pero me equivoqué. El general tenía un aire sumamente desenvuelto. Me habló con arrogancia y me dijo que fuera a hablar con su hermana. Era evidente que habían conseguido que les prestaran dinero. Incluso me pareció que al general le molestaba mi presencia. María Filippovna estaba muy agitada. Apenas me dijo unas palabras, pero tomó el dinero, lo contó y escuchó mi relato hasta el fin. Esperaban que vinieran a comer Mezentzov, el francés y un inglés. Como siempre, así que tienen dinero, invitan a la gente a comer: a lo moscovita. Paulina Alexandrovna, cuando me vio, me preguntó por qué había estado tanto tiempo ausente, y se fue sin esperar mi respuesta. No hay duda de que lo hizo adrede. Sin embargo, es preciso que tengamos una explicación. Necesito aligerar mi corazón.

Me han dado una pequeña habitación en el cuarto piso del hotel. Aquí saben todos que yo formo parte del «séquito del general». Es evidente que han conseguido hacerse notar. Aquí tienen al general por un riquísimo señor ruso. Antes de comer, entre otros encargos, me dio dos billetes de mil francos para que se los cambiase. Los cambié en la oficina del hotel. Ahora nos mirarán, por lo menos durante ocho días, como a millonarios. Fui a buscar a Micha y a Nadia para llevármelas a pasear, pero cuando estaban en la escalera, el general me mandó llamar: le pareció conveniente enterarse del lugar adonde me llevaba a las niñas. Verdaderamente, este hombre no puede mirarme a la cara. A veces lo intenta, pero siempre le respondo con una mirada tan insistente, es decir, insolente, que parece que va a sacarle de quicio.

En un discurso enfático, lleno de paréntesis, en el que acabó por armarse un verdadero lío, me dio a entender que debía pasear con las niñas por el parque, a cierta distancia del casino. Al final acabó por enfadarse y me dijo con tono brusco:

—Si no, es usted capaz de llevarlas a la ruleta. Perdóneme —añadió—, pero sé que no tiene usted todavía muy sentada la cabeza y podría dejarse atraer por el juego. En todo caso, aunque yo no sea su mentor, ni tenga en

[1] En un principio, Dostoiesvki había escogido para título de esta novela Roulettenburg. Hemos preferido conservar el nombre alemán de esta ciudad imaginaria, sin españolizarlo en «Ruletaburgo» o en un término similar.

absoluto la intención de asumir este papel, tengo al menos el derecho de desear que no me comprometa, valga la expresión...

—Usted sabe perfectamente que no tengo dinero —le respondí con calma—. Para poder perderlo en el juego, es preciso antes poseerlo.

—Se lo daré inmediatamente —respondió el general, que enrojeció ligeramente.

Rebuscó un instante en su mesa, consultó una agenda y vio que me debía cerca de ciento veinte rublos.

—¿Cómo arreglaremos esto? —preguntó—. Hay que convertirlos en táleros. Tome usted cien táleros, en números redondos. Ya le daré el resto.

Tomé el dinero sin decir nada.

—No se ofenda usted por mis palabras, se lo ruego. Es usted tan susceptible... Si le hago esta observación es, digámoslo así, para ponerle en guardia. Tengo cierto derecho. ..

Cuando volví con las niñas, un poco antes del almuerzo, me crucé con una cabalgata. Los nuestros iban a visitar no sé qué ruinas. Dos magníficas calesas y caballos espléndidos. *Mademoiselle Blanche* [2] estaba en uno de los coches con María Filippovna y Paulina; el francés, el inglés y nuestro general las escoltaban a caballo. Los transeúntes se detenían para mirarlos; habían causado efecto, pero esto acabará mal para el general. He calculado que con los cuatro mil francos que he traído, añadidos a los que por lo visto han conseguido que les presten, tendrán ahora de siete mil a ocho mil francos. Es demasiado poco para *mademoiselle Blanche.*

Mademoiselle Blanche se ha hospedado con su madre en el mismo hotel que nosotros. Nuestro francés también se aloja en el mismo sitio. Los criados le llaman *Monsieur le Comte*; la madre de mademoiselle Blanche se hace llamar *Madame la Comtesse.* Al fin y al cabo quizá sean realmente conde y condesa.

Yo estaba seguro de que *Monsieur le Comte* no me reconocería cuando nos encontráramos para comer. Naturalmente, al general ni siquiera se le habría ocurrido presentarnos, o al menos presentarme a mí. Monsieur le Comte ha vivido en Rusia y sabe qué personajillo es un uchítel [3], como ellos dicen. Por lo demás, me conoce muy bien. Pero lo cierto es que no me esperaban

[2] Los pasajes en cursiva indican que el autor los escribió en francés o en otra lengua distinta del ruso.

[3] *Uchítel*: pronunciación española figurada de la palabra rusa que significa «maestro», «preceptor». La pronunciación figurada que da el autor es la francesa.

a comer. Sin duda, el general olvidó dar las órdenes oportunas; de otro modo, me habría enviado a comer a la mesa redonda. He venido por mi propia iniciativa y me he atraído una mirada de desagrado del general. La buena María Filippovna me señaló en seguida un sitio, pero mi encuentro con míster Astley me sacó de ese mal trance, y, por la fuerza de las circunstancias, me vi formando parte del grupo.

En Prusia me encontré por primera vez con ese hombre original. Estábamos sentados uno frente a otro en un compartimiento cuando iba a reunirme con mis amigos. Luego me lo volví a encontrar en la frontera francesa y después en Suiza. Por tanto, lo he visto dos veces en quince días, ¡y ahora me lo encuentro en Roulettenburg! En la vida he visto un hombre tan tímido; llega hasta la tontería, y lo sabe muy bien, porque no tiene nada de tonto. Tiene, además, un carácter pacífico y encantador. Cuando nuestro primer encuentro en Prusia, le hice hablar. Me dijo que aquel verano había visitado el cabo Norte y que tenía mucho interés en ver la feria de Nijni-Novgorod. Ignoro cómo se puso en relación con el general; me parece que está enamorado de Paulina. Cuando ella ha entrado, se ha puesto rojo como una amapola. Se sentía muy contento de estar a mi lado en la mesa, y creo que me considera ya como un íntimo amigo.

Durante la comida, el francés se ha dado mucho tono, trata a todo el mundo con desdén y sin cumplidos. Recuerdo que en Moscú le gustaba deslumbrar. Ha hablado interminablemente sobre la política y la economía rusas. El general se ha permitido contradecirle una o dos veces, pero discretamente, lo bastante para no perder definitivamente su prestigio.

Me encontraba en un extraño estado de ánimo. Ni que decir tiene que antes de mediar la comida me había hecho ya la habitual y eterna pregunta: «¿Por qué voy a remolque del general? Hace ya mucho tiempo que debí de haberles dejado.» De vez en cuando miraba por el rabillo del ojo a Paulina Alexandrovna; no me prestaba la menor atención. Por último, me amosqué y decidí cometer una impertinencia.

Para empezar, me mezclé bruscamente en la conversación, sin haber sido invitado, hablando en voz alta. Trataba, sobre todo, de querellarme con el francés. Me dirigí al general y, sin preámbulos, en voz alta e inteligible —creo incluso que le interrumpí—, le hice notar que aquel verano los rusos se encontraban en la casi imposibilidad de comer en mesa redonda. El general me miró con asombro.

—Si es usted un hombre que se respete a sí mismo —proseguí—, se expondrá irremisiblemente a ser afrentado y a tener que soportar desaires. En París,

en el Rin, e incluso en Suiza, las mesas redondas están tan invadidas por los polacos y sus semejantes, los franceses, que no tendrá la posibilidad de decir una sola palabra siendo usted ruso.

Yo había dicho esto en francés. El general me miró con aire perplejo, no sabiendo si debía molestarse o asombrarse tan sólo por haberme olvidado de tal manera de los convencionalismos.

—Sin duda alguien le ha dado a usted una lección —me dijo el francés con tono desdeñoso y negligente.

—En París disputé primero con un polaco —respondí— y luego con un oficial francés que defendía al polaco.

Después un grupo de franceses se puso de mi parte cuando les dije que había estado a punto de escupir en el café de un *monsignor*.

—¿Escupir?—preguntó el general con un asombro altivo, y dirigió una mirada circular por la habitación. El francés me miró receloso.

—Precisamente —repuse—. Durante cuarenta y ocho horas tuve la idea de que acaso habría que ir en un salto a Roma para nuestro asunto, de modo que me dirigí a la nunciatura de París para hacer visar mi pasaporte. Allí fui recibido por un sacerdote que frisaba la cincuentena, flaco y con aire glacial. Después de haberme escuchado, con un tono cortés pero extremadamente seco, me dijo que aguardase. Tenía prisa, pero, naturalmente, me senté, saqué del bolsillo la *Opinion Nationale* y me puse a leer una violenta diatriba contra Rusia. Sin embargo, pude oír que alguien se dirigia a *monsignor* en la habitación continua. Vi a mi sacerdote hacerle una reverencia. Repetí mi petición. Me rogó, más secamente que antes, que tuviese la bondad de esperar. A1 poco rato entró un visitante que resultó ser austríaco. Luego de haberle escuchado, lo condujo inmediatamente arriba. Entonces me sulfuré; me levanté, me acerqué al sacerdote y le dije con un tono que no admitía réplica que, puesto que *monsignor* recibía, podía despachar mi asunto. El sacerdote se apartó de mí con un aire de extraordinaria sorpresa. No podía explicarse como un insignificante ruso osaba compararse con los invitados de *monsignor*. Con el tono más insolente, y como si se deleitara pudiendo ofenderme, me miró de pies a cabeza y exclamó:

»—¿Supongo que no creerá usted que *monsignor* va a renunciar a su café por usted?

»Entonces exclamé a mi vez y más fuerte que él:

»—Sepa usted que escupo en el café de su *monsignor*. ¡Me tiene sin cuidado! Si usted no me despacha inmediatamente mi pasaporte iré a verlo a él en persona.

»—¡Cómo! ¡En el momento en que recibe a un cardenal! —exclamó el sacerdote espantado y alejándose de mí.

»Corrió hacia la puerta y extendió los brazos en cruz para hacerme comprender que prefería morir a dejarme pasar. Entonces repliqué que yo era un herético y un bárbaro y que me importaban un comino todos esos arzobispos, cardenales, monseñores, etcétera. En una palabra, le demostré que no estaba dispuesto a ceder. El sacerdote me dirigió una mirada de odio insondable, me arrebató el pasaporte y subió. Un minuto después tenía mi visado. Aquí está. ¿Quieren verlo?

Saqué mi pasaporte y mostré el visado pontificio.

—Sin embargo... —comenzó el general.

—Lo que le salvó fue declararse herético y bárbaro —observó el francés con una risita—. *Cela n'était pas si bête.*

—Yo no soy como esos rusos que se quedan como pasmarotes sin atreverse a despegar los labios y que, si se presenta el caso, son capaces de renegar de su patria. Por lo menos, en París, la gente de mi hotel me ha tratado con mayor consideración en cuanto les conté mi disputa con el sacerdote. Y el que se comportaba más desagradablemente conmigo en la mesa redonda, un señor polaco gordo, fue relegado a segundo término. Los franceses ni siquiera protestaron cuando les conté que hace dos años vi a un hombre sobre quien un cazador francés, en 1812, había disparado solamente por el gusto de descargar su fusil. Ese hombre era un niño de diez años. Su familia no había tenido tiempo de abandonar Moscú.

—¡Eso es imposible! —exclamó el francés—. Un soldado francés no dispararía nunca sobre un niño.

—Sin embargo, lo hizo—respondí—. Me lo contó un honorable capitán retirado, y yo mismo vi la cicatriz que tenía en la mejilla.

E1 francés se puso a hablar con volubilidad. El general quiso apoyarlo, pero yo le aconsejé que leyera a título de ejemplo las *Memorias* del general Perovski,[4] hecho prisionero por los franceses en 1812. Por último, María Filippovna abordó otro tema para cambiar de conversación. E1 general estaba muy descontento de mí porque el francés y yo comenzamos casi a vociferar. En cambio, nuestra disputa parecía complacer mucho a míster Astley. Cuando se levantó de la mesa me propuso que bebiera con él una copa.

Por la noche pude entretenerme un cuarto de hora con Paulina Alexan-

[4] El general Perovski, hecho prisionero por los franceses después de Berodino. Sus memorias acaban de aparecer en Rusia.

drovna, tal como yo deseaba. Nuestra conversación se desarrolló durante el paseo. Todos se habían ido al casino por el parque. Paulina se sentó en un banco, frente al surtidor, y permitió que Nadia fuese a jugar un poco más lejos con otros niños. Envié también a Micha junto al surtidor, y nos quedamos por fin solos.

Desde luego, para empezar hablamos de negocios. Paulina se encolerizó cuando le di, en total, setecientos florines. Estaba convencida de que en París habría podido empeñar sus diamantes al menos en dos mil florines.

—Necesito dinero cueste lo que cueste —me dijo—. He de proporcionármelo, o estoy perdida.

Le pregunté qué había pasado durante mi ausencia.

—Nada. Hemos recibido dos noticias de Petersburgo: la primera, que la abuela estaba grave, y, dos días después, que había muerto. Esto lo hemos sabido por Timoteo Petrovitch —añadió Paulina—, que es un hombre minucioso. Esperamos la confirmación.

—Entonces, ¿todos aquí están esperando? —pregunté.

—Sí, absolutamente todos. Hace seis meses que no esperamos otra cosa.

—¿Y usted también lo espera?—pregunté.

—Tenga usted en cuenta que yo no soy pariente suya, sino sólo hijastra del general. Pero estoy segura de que no me habrá olvidado en su testamento.

—Creo que recibirá usted una gran cantidad —dije con tono afirmativo.

—Sí, ella me quería mucho. Pero ¿por qué está usted tan seguro de eso?

—Dígame —respondí interrogándola—, creo que nuestro marqués está también iniciado en todos los secretos de la familia, ¿verdad?

—¿Le interesa saberlo? —me preguntó Paulina mirándome con aire frío y severo.

—Pues claro. Si no me equivoco, el general ya se las ha arreglado para pedirle dinero prestado.

—Sus conjeturas son exactas.

—¿Se lo habría dado si no hubiese sabido lo de la abuela? Supongo que habrá advertido en la mesa que tres veces, al hablar de la abuela, la ha llamado *babulinka*.[5] ¡Qué encantadora intimidad!

—Sí, tiene usted razón. En cuanto sepa que yo también he heredado, pedirá mi mano. Esto es lo que desea usted saber, ¿no es así?

—¿Todavía ha de pedir su mano? Creí que desde hacía tiempo se consideraba su pretendiente.

[5] *Babulinka*: diminutivo cariñoso de «abuela».

—Sabe usted perfectamente que no—replicó Paulina con cólera—. ¿Dónde encontró usted a ese inglés? —preguntó después de un minuto de silencio.

—Estaba seguro de que me haría esta pregunta.

Le conté mis encuentros precedentes, durante el viaje, con míster Astley.

—Es tímido y sentimental y ya está enamorado de usted, como es lógico.

—Sí, está enamorado de mí —contestó Paulina.

—Es diez veces más rico que el francés. ¿Tiene fortuna el francés? ¿No hay duda sobre el particular?

—En absoluto. Tiene un *château*. El general me lo aseguró ayer mismo. Bien, ¿le basta esto?

—Yo, en su lugar, me casaría con el inglés.

—¿Por qué? —preguntó Paulina.

—El francés es más buen mozo, pero es un mal bicho, mientras que el inglés es honrado y, por si fuera poco, diez veces más rico —dije con tono cortante.

—Es cierto, pero el francés es marqués y más inteligente —replicó ella con calma.

—¿De veras?—pregunté con el mismo tono de antes.

—Completamente de veras.

Mis preguntas molestaban terriblemente a Paulina, y, por su tono de voz y lo extraño de su respuesta, me daba cuenta de que deseaba encolerizarme. Se lo dije en seguida.

—Es verdad, me divierte molestarle. Y me debe una compensación por el solo hecho de permitirse todas estas preguntas y suposiciones.

—Me reconozco precisamente este derecho de hacerle todas las preguntas que quiera —repuse tranquilamente—, porque estoy dispuesto a pagarlas al precio que usted desee y porque mi propia vida me tiene sin cuidado.

Paulina se echó a reír.

—El otro día me dijo usted, en el Schlangenberg,[6] que estaba dispuesto, a una palabra mía, a arrojarse de cabeza, y nos hallábamos a más de mil pies de altura. Algún día diré esa palabra, únicamente para ver si cumple, y tenga la seguridad de que no me arredraré. Le odio precisamente porque le he permitido tantas cosas, y le odio más todavía porque me es usted tan necesario. Pero todavía tengo necesidad de usted. Por tanto, es preciso que lo conserve.

Se levantó. Parecía exasperada. En aquellos últimos tiempos terminaban

[6] Schalangenberg: literalmente, «monte de las serpientes».

siempre nuestras conversaciones con ese tono de exasperación y de rencor, de rencor no fingido.

—¿Me permite que le pregunte quién es mademoiselle Blanche? —dije, deseoso de no dejarla marchar sin una explicación.

—Lo sabe usted perfectamente. Nada nuevo ha sucedido. Mademoiselle Blanche se convertirá sin duda en generala, si se confirma la muerte de la abuela, naturalmente. Porque mademoiselle Blanche y su madre, y su primo hermano, el marqués, todos saben que estamos arruinados.

—Y el general ¿está locamente enamorado?

—Por el momento no se trata de eso. Escúcheme y recuerde bien lo que le digo: tome esos setecientos florines y váyase a jugar. Gane a la ruleta todo lo que pueda. Necesito dinero ahora a toda costa.

Después de haber dicho estas palabras, llamó a Nadia y se fue al casino, donde se reunió con nuestro grupo. Yo tomé el primer sendero a la izquierda. Estaba pensativo y no me recobraba de mi sorpresa. Aquella orden de que fuera a jugar a la ruleta me había dejado aturdido. Cosa extraña: ahora que tenía tantas cosas en que pensar, me sumía enteramente en el análisis de mis sentimientos hacia Paulina. A decir verdad, me había sentido mucho más ligero durante aquellos quince días de ausencia que ahora, en el día de mi regreso. Y, sin embargo, mientras duró el viaje sufrí como un insensato.[7] Corría de un lado a otro como si tuviese al diablo pisándome los talones, y hasta en sueños la veía constantemente ante mí. Una vez —fue en Suiza— me quedé dormido en el vagón y hablé en voz alta a Paulina, lo que divirtió a todos los que viajaban conmigo. Y nuevamente hoy me he hecho la pregunta: «¿La quiero?» Y tampoco esta vez he sabido qué contestarme. O, mejor dicho, por centésima vez me he respondido que la odiaba, sí, que la odiaba. Ha habido instantes —sobre todo al final de cada una de nuestras conversaciones— en los que habría dado la mitad de mi vida por poder estrangularla. Juro que si me hubiese sido posible hundir lentamente un aguzado puñal en su pecho, creo que me habría deleitado haciéndolo. Y, sin embargo, juro también, por lo que pueda haber para mí de más sagrado, que si en el Schlangenberg, en el pico más frecuentado, me hubiese dicho realmente que me arrojara abajo, lo habría hecho inmediatamente e incluso con verdadero placer. Yo lo sabía. Era preciso que esto se resolviera de una manera u otra. Ella comprende admirablemente todo esto, y, a la idea de que estoy plenamente convencido de su intangibilidad, plenamente convencido de la inutilidad de mis deseos, estoy seguro de que experimenta un júbilo extraordinario. De otro modo, ¿podría acaso, tan reservada e inteligente como es, tratarme con tanta familiaridad y franqueza? Tengo la impresión de que hasta ahora me ha mirado como esa emperatriz de la Antigüedad que se desnudaba ante su esclavo porque no lo consideraba un hombre. Sí, muchas veces le sucede no considerarme un hombre...

Sin embargo, me había confiado una misión: ganar a la ruleta fuera como fuese. No tenía tiempo de preguntarme por qué ni en cuánto tiempo había que ganar, ni qué cálculos nuevos habían nacido en aquel cerebro siempre activo. Además, durante esos quince días era evidente que habían sucedido una multitud de cosas nuevas que yo todavía ignoraba. Convenía aclarar todo esto, enterarme de todo, y lo antes posible. Pero, por el momento, tenía otra cosa que hacer: era preciso encaminarse a la ruleta.

[7] Dostoievski concibió *El jugador* a fines de verano de 1863, en el curso de un viaje que hizo al extranjero con Apollinaria Suslova, que también se llamaba Paulina.

A decir verdad, esto me era desagradable: había decidido jugar, pero no esperaba en forma alguna empezar por cuenta de otros. Estaba incluso un poco desconcertado y entré de muy mal humor en las salas de juego. A1 primer vistazo me desagradó todo. No puedo soportar ese servilismo de los folletines del mundo entero y principalmente de nuestros periódicos rusos, en los que casi todos los años, a principio de primavera, nuestros columnistas tratan dos temas: primero, la magnificencia y el lujo de las salas de juego en los balnearios del Rin, y, en segundo lugar, los montones de oro que, según parece, se apilan sobre las mesas. Sin embargo, no se les paga para eso: sencillamente, dan muestras de una complacencia desinteresada. Esas feas salas carecen de todo esplendor; no sólo el oro no se amontona sobre las mesas, sino que apenas se ve. Naturalmente, de vez en cuando, durante la temporada, cae por allí algún original, un inglés o un asiático, o un turco, como este verano, que en poco tiempo gana o pierde sumas fabulosas. Pero los demás no arriesgan sino algunas míseras monedas y, por lo general, hay poco dinero sobre el tapete.

Cuando, por primera vez en mi vida, entré en el salón de juego, permanecí mucho rato sin decidirme a jugar. Además, me lo impedía la multitud. Pero, aunque hubiese estado solo, creo que me habría ido sin empezar a jugar. Confieso que mi corazón latía fuertemente y que había perdido mi sangre fría. Estaba convencido, y lo tenía decidido desde hacía mucho tiempo, de que no me iría de Roulettenburg como había llegado. Un acontecimiento radical y decisivo intervendría de manera infalible en mi destino. Así debe ser y así será. Por ridícula que sea la esperanza que he puesto en la ruleta, encuentro más ridícula aún la opinión, generalmente admitida, que estima absurdo esperar algo del juego. ¿Por qué el juego ha de ser peor que cualquier otro medio de procurarse dinero, como el comercio, por ejemplo? Es cierto que de cada cien hombres solamente uno gana. Pero a mí ¿qué más me da?

En todo caso, decidí observar primero y no hacer nada serio aquella noche. Si algo sucedía, sólo sería por casualidad y de paso, lo que daba por descontado. Además, tenía que estudiar el juego, porque, a pesar de las numerosas descripciones de la ruleta, que siempre leí con gran avidez, nada podía comprender de su manejo como no lo viera con mis propios ojos.[8]

[8] De paso para París, Dostoievski, se detiene en Wiesbaden y allí se dedica a jugar. Gana y cree adivinar las reglas del juego. «Realmente, ya sé el secreto: es terriblemente estúpido y sencillo y

En primer lugar, todo me pareció sucio, moralmente sucio y abyecto. No quiero hablar de esas caras ávidas e inquietas que asaltan las mesas de juego por decenas, incluso por centenares. Francamente, no veo nada sucio en el deseo de ganar rápidamente. Siempre me ha parecido estúpida la idea de ese moralista que, cuando se le alegaba que se jugaban pequeñas cantidades, respondía: «Tanto peor, porque eso se debe a una codicia mezquina.» Como si la codicia mezquina o la codicia grande no fueran una sola y misma cosa. Es cuestión de proporción. Lo que es mezquino a los ojos de Rotchschild es, para los míos, la opulencia, y en cuanto a lo que se refiere a ganancias y pérdidas, la gente, no sólo en la ruleta, sino en todas partes, no se siente guiada sino por un móvil: ganar o quitarles algo a los demás. ¿Acaso el lucro y el provecho son sórdidos en sí? Ésta es otra cuestión. No la resolveré aquí. Como también yo estaba poseído en el más alto grado por el deseo de ganar, toda esa codicia, toda esa infamia de la codicia, si queréis, en cuanto entré en el salón, estuvo más cerca de mí, me fue, digámoslo así, más familiar. No hay nada tan agradable como prescindir de los demás y proceder francamente y sin sentirse cohibido. ¿Y para qué engañarse? Es la ocupación más vana y desconsiderada. Lo que más disgustaba a primera vista entre toda aquella canalla era la gravedad, la seriedad y el respeto incluso con que toda aquella gente rodeaba las mesas de juego. He aquí por qué hay tan notable diferencia entre el juego de mauvais genre y el que está permitido a un hombre como debe ser. Hay dos clases de juego: el de los caballeros y el de la plebe, juego interesado bueno para la chusma. Aquí la demarcación es muy clara, ¡y qué infame, en el fondo! Un caballero, por ejemplo, puede arriesgar cinco o diez luises de oro, raras veces más; hasta puede llegar a los mil francos si es muy rico, pero únicamente por juego, por divertirse, sólo por seguir el proceso de la ganancia o de la pérdida. No se interesa en el hecho mismo de ganar. Si ha ganado, puede, por ejemplo, echarse a reír a carcajadas, hacer partícipe de sus observaciones a cualquiera de quienes lo rodean, o hasta jugar una vez y doblar su puesta, pero simplemente por curiosidad, por observar las posibilidades, por hacer cálculos, y no por un vulgar deseo de ganar. En una palabra, no considera todas esas mesas de juego, tanto en la ruleta como en el *trente et quarante*, sino como una diversión organizada para su solo placer. Ni siquiera debe sospechar los apetitos y trampas en que se apoya la banca. Hasta sería muy elegante por su parte imaginar que todos los demás jugadores, toda aquella gente de tres al cuarto que tiembla por un florín, son ricos caballeros como él y que juegan únicamente para distraerse y pasar el tiempo. Esta total ignorancia de la realidad y estos sencillos puntos de vista sobre los hombres son, evidentemente, muy aristocráticos.

Veía como las madres empujaban a sus hijas, frágiles e inocentes criaturas de quince o dieciséis años, las daban unas monedas y les enseñaban la marcha del juego. La muchacha ganaba o perdía y se retiraba contenta, sonriendo siempre. Con gran aplomo, nuestro general se acercó a la mesa. Un criado se precipitó a acercarle una silla, pero él no le prestó atención. Lentamente sacó su portamonedas y también lentamente sacó de él trescientos francos en piezas de oro que colocó sobre el negro, y ganó. No recogió la ganancia y la dejó sobre la mesa. Salió de nuevo el negro, y tampoco esta vez retiró su apuesta, y cuando, a la tercera vez, salió el rojo, perdió de un golpe mil doscientos francos. Se retiró sonriendo, muy dueño de sí mismo. Estoy seguro de que sentía una opresión en el corazón y que si la postura hubiese sido el doble o el triple, no le habría sido tan sencillo dominar su turbación. Por su parte, a mi lado, un francés ganó y perdió después unos treinta mil francos con cara serena y sin demostrar la más mínima emoción. Un verdadero caballero no debe emocionarse ni aun cuando pierda toda su fortuna. El dinero debe estar de tal manera por debajo de un caballero, que éste llegue hasta no preocuparse por él. Evidentemente, es perfectamente aristocrático hacer que se ignore el fango y la decoración en medio de la cual se agita toda esa gentuza. Sin embargo, la actitud contraria es a veces igualmente distinguida; observar, es decir, mirar y contemplar, aunque sólo sea con el rabillo de los lentes, toda esa podredumbre; pero considerando todo ese gentío y todo ese fango como una especie de diversión, como una representación organizada para entretener a los *gentlemen*. Uno puede incluso mezclarse con el gentío, pero mirando a

---

consiste en abstenerse de cuando en cuando sin tener en cuenta para nada las fases del juego, y no excitarse. Eso es todo, y así es imposible perder. Pero la dificultad estriba en si un hombre que conoce el secreto se halla o no en situación de poder explotarlo». (Carta a su cuñada Bárbara Constant, hermana de su primera mujer, 1º de septiembre de 1863).

Pero una semana más tarde, escribe diciendo que ha perdido todo lo que tenía.

En *El adolescente* insiste, por boca de su héroe, Dolgoruki, en que es posible ganar manteniendo una perfecta compostura y una posesión completa de su entendimiento y poderes de cálculo.

Y, mucho después de su muerte, su amante esposa dice con toda solemnidad en sus *Memorias*: «Todos los argumentos de Fiodor acerca de la posibilidad de ganar en la ruleta con su sistema de juego eran perfectamente exactos y podrían haber sido coronados por el éxito más completo; pero sólo a condición de que fuera puesto en práctica por algún inglés de gran sangre fría o por un alemán y no por un hombre como mi marido, nervioso, facilmente excitable y propenso en todo a llegar a lo más extremo.»

El jugador fue escrito del 4 al 29 de octubre de 1866. Dostoievski dejó de jugar en 1871. Ya ganaba dinero con sus novelas con relativa holgura, y, además, en 1872 fueron prohibidas las casas de juego en Alemania, por donde hizo otros viajes en la última década de su vida.

su alrededor con la absoluta convicción de que está allí como espectador y que no entra para nada en su composición. Por otra parte, tampoco conviene observar con demasiada persistencia: eso sería indigno de un gentleman, porque, en cualquier caso, el espectáculo no merece una atención sostenida. Y, en general, hay pocos espectáculos dignos de una atención demasiado sostenida para un caballero. Por mi parte, tenía la impresión de que todo ello merecía, por el contrario, una atención muy sostenida, sobre todo para quien no sólo ha venido a observar, sino a juntarse sinceramente y de buena fe con toda esa canalla. En cuanto a mis convicciones morales más secretas, carecen evidentemente de lugar en las consideraciones presentes. Convengo en que digo esto para aliviar mi conciencia. Pero he de advertir que en todos estos últimos tiempos he experimentado una violenta repugnancia a ajustar mis pensamientos y acciones a ningún criterio moral. He sido arrastrado en otra dirección.

Realmente, la chusma juega de manera muy sucia. Incluso llego a creer que los latrocinios más vulgares se cometen frecuentemente aquí, en torno a la mesa de juego. Los *croupiers* que están sentados a los extremos de la mesa vigilan las posturas y hacen cuentas, lo que supone un trabajo abrumador. ¡Y qué gentuza ésta también! La mayoría son franceses. Además, si hago estas observaciones no es para dar una descripción de la ruleta; me adapto, con la intención de saber cómo comportarme en el porvenir. He observado, por ejemplo, que no hay nada más trivial que ver una mano tenderse bruscamente por encima de la mesa y apropiarse de lo que uno acaba de ganar. Surge una dispúta, con frecuencia gritos..., y os desafío a demostrar, invocando testigos, que es precisamente vuestra postura.

Al principio, toda esta comedia era indescifrable para mí. Comprendía, bien que mal, que las puestas se colocaban sobre las cifras, sobre pares o impares y sobre colores. Aquella noche decidí arriesgar cien florines del dinero de Paulina Alexandrovna. Me desorientaba la idea de que iba a jugar por otros y no por mí. Era una sensación extremadamente penosa y deseaba librarme de ella lo más rápidamente posible. Durante todo el tiempo tuve la impresión de que empezando por Paulina malograba mi propia suerte. ¿Es realmente imposible acercarse a la mesa de juego sin experimentar el punto de contagio de la superstición?

Para empezar saqué cinco federicos, es decir, cincuenta florines, y los puse sobre los pares. Giró la rueda y salió el trece... Había perdido. Poseído por una dolorosa sensación, con el solo deseo de terminar e irme, puse otros cinco federicos al rojo. Salió el rojo. Puse los diez federicos..., y volvió a salir el rojo.

No toqué el dinero... Y de nuevo salió el rojo. Recibí cuarenta federicos y puse veinte sobre los doce números del medio, sin saber lo que saldría. Me pagaron el triple. Mis diez federicos se habían convertido bruscamente en ochenta. Pero entonces experimenté una extraña sensación que se me hizo tan intolerable, que decidí marcharme. Me pareció que no habría jugado de esa forma si hubiese jugado por mí. Sin embargo, coloqué los ochenta federicos en los pares. Esta vez salió el cuatro: me dieron otros ochenta federicos. Me metí en el bolsillo los ciento sesenta federicos y salí en busca de Paulina Alexandrovna.

Se paseaban todos por el parque y no la vi hasta la hora de cenar. Aquella vez, el francés no estaba allí, y el general se movía a sus anchas. Entre otras cosas consideró necesario hacerme observar una vez más que no deseaba verme en la mesa de juego. Según él, se vería muy comprometido si yo perdía mucho.

—Y si gana usted mucho, también me veré comprometido—añadió dándose importancia—. Claro que yo no tengo el derecho de disponer de sus actos, pero convenga usted...

Según su costumbre, dejó la frase sin terminar.

Le respondí secamente que tenía muy poco dinero y que, en consecuencia, no podía perder de manera muy ostensible, ni siquiera empezando a jugar como principiante. Al irme a casa tuve ocasión de entregar a Paulina la suma que ella había ganado, y le dije que no volvería a jugar por ella.

—¿Por qué? —me preguntó con inquietud.

—Porque quiero jugar por mí —respondí, mirándola con asombro, y esto me lo estorba.

—¿De modo que usted persiste en creer que la ruleta es su única salida, su única posibilidad de salvación? —me preguntó con tono de burla.

Le respondí seriamente que era verdad. En cuanto a mi certeza de ganar infaliblemente, admitía que esto podía parecer ridículo, «pero que me dejaran en paz».

Paulina Alexandrovna insistió en que compartiera con ella la ganancia de aquella noche y me ofreció ochenta federicos, diciéndome que continuara jugando con esta condición. Me negué categóricamente, y le aseguré que si no podía jugar por los demás, no era porque no quisiese, sino porque estaba seguro de perder.

—Sin embargo, por estúpido que parezca —me dijo ella pensativa—, casi no tengo otra esperanza que la ruleta. Por eso no tiene usted más remedio que continuar jugando a medias conmigo, y usted lo hará, naturalmente.

Dijo estas palabras y me dejó sin escuchar mis protestas.

Sin embargo, ayer no me ha hablado ni una sola vez del juego. En general, ha evitado dirigirme la palabra. No ha cambiado de actitud con respecto a mí. La misma absoluta indiferencia cuando nos encontramos, con un no sé qué despreciativo y rencoroso. La verdad es que no trata de disimular la aversión que le inspiro, lo veo bien claro. A pesar de eso, no me oculta que tiene necesidad de mí y que me reserva para un fin que yo ignoro. Entre nosotros se han establecido extrañas relaciones que en buena parte me son incomprensibles si se considera el orgullo y desdén que testimonia a todo el mundo. Sabe, por ejemplo, que la amo con locura, e incluso me permite hablarle de mi pasión. No podría manifestar mejor su desprecio que autorizándome a hablarle de mi amor libremente y sin obstáculos.

«Hago tan poco caso de tus sentimientos —parece indicarme—, que todo lo que puedas decirme, todo la que puedas sentir por mí, me es perfectamente indiferente.»

En otros tiempos me hablaba a menudo de sus asuntos, pero jamás era enteramente sincera. Además, en su desdén hacia mí hacía aparecer refinamientos de este tipo: sabía, por ejemplo, que yo estaba al corriente de tal circunstancia de su vida o de una coyuntura que le inspiraba serios temores. Me contaba ella misma en parte esos acontecimientos, si tenía necesidad de utilizarme para alcanzar sus fines, como esclavo o como mensajero, pero no me revelaba más que lo justo que debe saber un hombre empleado en un encargo, y si todo el encadenamiento de los hechos me era todavía desconocido, si ella veía que me atormentaba e inquietaba por su sufrimiento y sus inquietudes, jamás se dignaba tranquilizarme completamente con una amistosa franqueza. Sin embargo, como me encargaba a menudo misiones delicadas e incluso peligrosas, habría debido, a mi entender, ser franca conmigo. Pero ¡buena era ella para preocuparse de mis sentimientos, de la parte que tomaba en sus preocupaciones y angustias, tres veces peores que las suyas quizá, que me hacían experimentar sus inquietudes y sus contrariedades!

Hacía tres semanas que conocía sus intenciones de jugar a la ruleta. Incluso me había prevenido diciéndome que había de jugar en su lugar porque no era conveniente que ella lo hiciera por sí misma. En el tono de sus palabras había observado que tenía una seria preocupación y no el simple deseo de jugar. El dinero en sí no le interesa. Hay un propósito, circunstancias que puedo adivinar, pero que ignoro todavía. Evidentemente, la humillación y

esclavitud en que me tiene me darían (y me dan a menudo) la posibilidad de interrogarla sin ambages y sin miramientos. Puesto que soy para ella un esclavo, puesto que no existo a sus ojos, no pueden ofenderla ni mi descortesía ni mi curiosidad. Pero la verdad es que, aun permitiéndome hacerle preguntas, ella no las contesta. Muchas veces ni siquiera me presta atención. Éstas son nuestras relaciones.

Ayer se habló mucho de un telegrama enviado a Petersburgo hace cuatro días y que ha quedado sin respuesta. El general está visiblemente agitado y preocupado. No hay duda de que es algo con respecto a la abuela. También está agitado el francés. Ayer, por ejemplo, después de comer, hablaron seriamente un buen rato. El francés adopta hacia nosotros una actitud increíblemente altiva e indiferente. Como dice el proverbio, «se sentó a la mesa y puso las patas en ella». Incluso con Paulina está impertinente hasta la grosería. Por lo demás, toma parte muy a gusto en los paseos en familia por el parque del casino o en las cabalgatas y excursiones por los alrededores. Desde hace algún tiempo estoy al corriente de las circunstancias que han puesto en relación al francés con el general: en Rusia tuvieron intención de montar juntos una fábrica. Ignoro si este proyecto ha sido abandonado ahora o continúan hablando de él. Además, he sorprendido por casualidad una parte de su secreto de familia: el francés sacó, efectivamente, al general del apuro adelantándole treinta mil rublos para completar la suma que debía a la corona cuando dimitió de su cargo. El general está en sus manos, pero ahora es mademoiselle Blanche quien representa el papel principal en esta comedia, y estoy seguro de que no me equivoco diciendo esto.

¿Quién es mademoiselle Blanche? Aquí se dice entre nosotros que es una francesa distinguida que viaja con su madre y que posee una colosal fortuna. Se sabe también que es una parienta lejana de nuestro marqués, algo así como la hija de una prima hermana. Se dice que antes de mi viaje a París, el francés y mademoiselle Blanche tenían relaciones más ceremoniosas, más delicadas. Ahora su amistad y su parentesco se muestran de manera más directa y como más íntima. Quizá nuestros asuntos les parezcan hallarse tan mal, que consideren ya inútil disimular y andarse con cumplidos. Anteayer observé la manera como míster Astley miraba a mademoiselle Blanche y a su madre. Me pareció que las conocia. Incluso he creído ver que nuestro francés no era la primera vez que veía a míster Astley. Por lo demás, míster Astley es tan tímido, tan pudibundo y taciturno que no es posible fundar sobre él ninguna esperanza. Se continuará sacando a relucir los trapos sucios en familia... De todos modos, el francés apenas lo saluda y casi no le concede ninguna

atención. Esto quiere decir que no le teme. Se comprende, pero ¿por qué mademoiselle Blanche también parece ignorarlo? Tanto más cuanto que ayer el marqués se traicionó: en el curso de la conversación declaró de pronto, no recuerdo sobre qué motivo, que míster Astley era fabulosamente rico y que él lo sabía. ¡Entonces mademoiselle Blanche debió haber mirado a míster Astley! En resumen, el general está inquieto. Se comprende la importancia que puede tener para él un telegrama anunciando la muerte de su tía.

Aunque yo estuviese convencido de que Paulina evitaba intencionadamente una conversación conmigo, adopté un aire frío e indiferente. Pensé que se decidiría de pronto a acudir a mí. En cambio, ayer y hoy he dirigido toda mi atención a mademoiselle Blanche. ¡Pobre general; está irremisiblemente perdido! Enamorarse con tal violencia a los cincuenta y cinco años es sin duda una desgracia. Añadid a esto su viudez, sus hijos, la ruina, las deudas y, para terminar, la mujer de quien está enamorado. Mademoiselle Blanche es hermosa. Pero no sé si sabré hacerme comprender si digo que tiene uno de esos rostros que inspiran espanto. Al menos, siempre he sentido miedo de ese género de mujeres. Tiene alrededor de veinticinco años. Es alta, tiene unos hermosos hombros, pecho opulento, piel bronceada, cabellos negros como el ébano y muy abundantes: habría suficientes para dos peinados. Ojos negros, con el blanco de la córnea amarillento; mirada descarada, dientes deslumbrantes, labios siempre pintados; huele a almizcle. Se viste de una manera efectista, con lujo y elegancia, pero con mucho gusto. Sus pies y sus manos son admirables. Su voz es la de una contralto un poco ronca. Ríe a veces a carcajadas, mostrando todos los dientes, pero por lo general permanece silenciosa, con aire insolente, al menos en presencia de Paulina y de María Filippovna. (Circula un extraño rumor: María Filippovna regresa a Rusia). Me parece que mademoiselle Blanche no tiene ninguna cultura; hasta es posible que sea tonta, pero, como contrapartida, es desconfiada y astuta. Creo que su vida no carece de aventuras. Digámoslo todo, es posible que el marqués no sea su pariente ni que tampoco su madre sea su verdadera madre. Pero parece que en Berlín, donde nos encontramos con ellas, mademoiselle Blanche y su madre tenían algunas relaciones importantes. En cuanto al marqués, aun cuando hasta el presente dude de que sea marqués, el hecho de que pertenezca a la buena sociedad tanto entre nosotros, en Moscú, por ejemplo, como en Alemania, parece fuera de duda. Ignoro lo que es en Francia. Se dice que posee un castillo. Yo creía que durante estos quince días pasarían muchas cosas, y, sin embargo, todavía no sé si mademoiselle Blanche y el general han cambiado palabras decisivas. En suma, todo depende ahora de nuestra situación,

es decir, de la cantidad de dinero que el general pueda hacer espejar ante sus ojos. Si, por ejemplo, se supiera que la abuela todavía vive, estoy seguro de que mademoiselle Blanche desaparecería inmediatamente. Hasta me parece asombroso y ridículo que me haya vuelto tan chismoso. ¡Oh, cómo me repugna todo esto! ¡Con qué alegría dejaría a toda esta gente y estas cosas! Pero ¿puedo alejarme de Paulina, puedo dejar de espiar en torno a ella? El espionaje es algo abyecto, pero me da igual.

Ayer y también hoy, míster Astley me ha parecido extraño. Sí, estoy convencido de que está enamorado de Paulina. Es curioso y cómico todo lo que a veces puede expresar la mirada de un hombre enamorado, tímido y de una pudibundez enfermiza, en el momento preciso en que este hombre preferiría hundirse a cien pies bajo tierra que traicionarse por una palabra o una mirada. A menudo nos cruzamos con míster Astley en el paseo. Se descubre y sigue caminando muriéndose de deseo de reunirse con nosotros. Y si se le ruega que lo haga, inmediatamente declina el ofrecimiento. En los lugares de descanso, en el casino, en el concierto, o ante el surtidor, se para siempre cerca de nuestro banco. Allí donde nos sentemos, en el parque, en el bosque, en el Schlangenberg, basta mirar en torno para ver aparecer inevitablemente, en el sendero más próximo o tras un matorral, la silueta de míster Astley. Tengo la impresión de que busca la oportunidad de hablar particularmente conmigo. Esta mañana nos hemos encontrado y hemos cambiado algunas palabras. A veces habla con frases entrecortadas. Incluso antes de darme los buenos días exclamó:

—¡Ah, mademoiselle Blanche...! ¡He visto muchas mujeres como mademoiselle Blanche!

Se calló y me miró con aire significativo. Ignoro qué quería dar a entender con esto, porque a mi pregunta: «¿Qué quiere usted decir?», inclinó la cabeza con una maligna sonrisa y dijo:

—Pues eso... ¿Es que a la señorita Paulina le gustan mucho las flores?

—No lo sé —respondí.

—¡Cómo! ¿No sabe usted esto? —exclamó en el colmo de la sorpresa.

—No, no sé nada. No me he dado cuenta —repetí riendo.

—¡Hum! Esto me da una idea.

Y diciendo esto me hizo una inclinación de cabeza y prosiguió su camino. Por lo demás, parecía muy satisfecho. Los dos hablábamos un francés execrable.

El día ha sido ridículo, escandaloso y absurdo. Son las once de la noche. Sentado en mi pequeña alcoba, intento poner en orden mis recuerdos. Todo empezó esta mañana: tuve que ir a la ruleta para jugar por Paulina Alexandrovna. Tomé sus ciento sesenta federicos, pero con dos condiciones: la primera, que no aceptaba jugar a medias, de manera que si ganaba no tomaría nada para mí, y la segunda, que por la noche Paulina me diría por qué tenía tanta necesidad de ganar y qué cantidad en total. No puedo creer que sea sólo por afán de dinero. Evidentemente lo necesita de una manera apremiante, ignoro con qué fin. Me prometió explicaciones y me fui.

La gente se apretujaba en las salas de juego. ¡Qué insolentes y ávidos todos! Me abrí paso entre la muchedumbre y me coloqué al lado del *croupier*. Luego empecé a jugar tímidamente, no arriesgando sino dos o tres monedas a la vez. Mientras tanto, observaba y hacía mi composición de lugar. Me parecía que todos aquellos cálculos no significaban gran cosa y que no tienen más importancia que la que le atribuyen muchos jugadores. Se han sentado a la mesa con papeles cubiertos de números, observan las jugadas, cuentan, calculan las posibilidades, hacen una última operación, apuestan por último... y pierden, exactamente igual que los simples mortales que juegan sin calcular. En cambio, extraje una conclusión que parece justa: de hecho, en la sucesión de suertes fortuitas, hay, si no un sistema, al menos una especie de orden. Esto es evidentemente muy extraño. Por ejemplo, sucede que después de las doce cifras centrales salen las doce últimas cifras. Dos veces, por ejemplo, sale una de estas doce últimas cifras y pasa a las doce primeras. Una vez ha caído en las doce primeras, vuelve sobre las centrales; tres, cuatro veces más, salen las cifras centrales, y después vuelven a salir las doce últimas. Después de dos vueltas, cae sobre las primeras, que no salen más que una vez, y las cifras centrales salen tres veces sucesivas. Esto continúa así durante hora y media o dos horas. Uno, tres y dos; uno, tres y dos. Es muy curioso. Una tarde o una mañana, el negro alterna con el rojo, casi sin orden y constantemente; cada color no sale más que dos o tres veces sucesivas. Al día siguiente o por la tarde, sale sólo el rojo, por ejemplo hasta veintidós veces sucesivas, y esto continúa así algún tiempo, a veces un día entero. Debo una buena parte de estas observaciones a míster Astley, que se pasa toda la mañana ante las mesas de juego, pero no juega jamás.

Por lo que a mí se refiere, he perdido hasta el último céntimo y en muy

poco rato. Primero puse veinte federicos a los pares y gané, los dejé y volví a ganar. Así dos o tres veces. Creo que la cantidad que tuve en las manos llegó a ser de cuatrocientos federicos en cinco minutos. En ese instante debí de haberme retirado, pero una sensación extraña se apoderó de mí: un deseo de provocar al destino, de gastarle una broma, de sacarle la lengua. Arriesgué la mayor cantidad autorizada, cuatro mil florines, y perdí. Me calenté y saqué todo el dinero que quedaba, lo coloqué como la vez anterior y perdí de nuevo. Entonces, aturdido, dejé la mesa. No comprendía lo que había ocurrido, y no conté mi mala suerte a Paulina Alexandrovna hasta justamente antes de comer. Hasta entonces anduve errante por el parque.

Durante la comida me sentí de nuevo excitado como tres días antes. El francés y mademoiselle Blanche comían aún con nosotros. Ocurrió que mademoiselle Blanche había estado por la mañana en el casino y asistió a mis hazañas. Aquella vez me dirigió la palabra con mayor consideración. El francés fue al grano y me preguntó sin rodeos si el dinero que había perdido era mío. Creo que sospecha de Paulina. En una palabra, aquí hay gato encerrado. Improvisé una mentira y dije que era dinero mío.

El general estaba extraordinariamente asombrado: ¿de dónde había sacado yo una cantidad semejante? Le expliqué que había comenzado con diez federicos, y que, doblando la postura seis o siete veces seguidas, llegué a tener cinco mil o seis mil florines y que lo había perdido todo en dos jugadas.

Todo esto era, sin duda, verosímil. Mientras daba esta explicación, miré a Paulina, pero nada pude descubrir en su rostro. Sin embargo, me dejó continuar sin decirme nada. Deduje que había que mentir y ocultar que jugaba por ella. De todos modos, me dije, me debe la explicación que me ha prometido.

Creí que el general iba a hacerme alguna observación, pero permaneció en silencio. En cambio, vi en su rostro que se sentía agitado e inquieto. Acaso en las dificultades en que se encontraba le resultaba penoso oír decir que un montón de oro tan respetable se había escabullido, en el espacio de un cuarto de hora, de las manos de un imbécil tan imprudente como yo.

Supongo que ayer por la tarde tendría un vivo altercado con el francés. Hablaron mucho rato animadamente; habían cerrado la puerta con llave. El francés salió furioso. Esta mañana volvió muy temprano a ver al general, sin duda para continuar la conversación de ayer.

Al saber que yo había perdido, el francés, con tono sarcástico y cierta malignidad, observó que convenía ser razonable. No sé por qué añadió que aunque los rusos sean con frecuencia jugadores, no son ni siquiera capaces de jugar.

—A mi entender, la ruleta ha sido inventada por los rusos —repliqué.

Y como el francés sonriera despreciativo, le hice observar que la verdad estaba ciertamente de mi parte; diciendo que los rusos eran jugadores, los censuraba más que los elogiaba, y así se me podía creer.

—¿En qué funda su opinión? —me preguntó el francés.

—En el hecho de que en el curso de la Historia la facultad de adquirir capital figura en el catecismo de las virtudes y méritos del hombre occidental civilizado, y es posible que hasta se haya convertido en su artículo principal. Mientras que el ruso no solamente es incapaz de adquirir capitales, sino que los derrocha estúpidamente sin el menor sentido de las conveniencias. Sea como sea, nosotros los rusos tenemos también necesidad de dinero —añadí—. En consecuencia, necesitamos procedimientos tales como la ruleta, con la que se puede hacer fortuna en dos horas y sin trabajar. Esto nos seduce, y como jugamos a tontas y a locas, sin tomarnos el menor trabajo, perdemos.

—En parte, eso es cierto —convino el francés, con suficiencia.

—No, es falso, y usted debería avergonzarse de hablar así de su país— observó el general con tono severo y sentencioso.

—Permítame —le respondí—, todavía está por demostrar qué es más abyecto, si la indecencia de los rusos o la del sistema alemán que consiste en amontonar gracias a un trabajo honrado.

—¡Qué idea más indecente! —exclamó el general.

—¡Como que es rusa! —replicó el francés.

Me eché a reír. Ardía en deseos de encizañarlos.

—Preferiría vivir toda mi vida en una tienda quirguiz que adorar al ídolo alemán—exclamé.

—¿Qué ídolo? —gritó el general, que esta vez empezaba a molestarse seriamente.

—La manera alemana de acumular riquezas. Hace poco tiempo que estoy aquí, pero las observaciones que he podido hacer y comprobar sublevan mi naturaleza tártara. A fe mía que no quiero virtudes como ésas. Ayer recorrí una docena de verstas[9] por los alrededores. Es exactamente como esos libritos alemanes de moral ilustrados: aquí cada casa tiene su *Vater* [10] horriblemente virtuoso y extraordinariamente honrado. Tan honrado, que uno tiene miedo de acercarse a él. No puedo sufrir a esas gentes honradas a quienes uno tiene miedo de acercarse. Cada *Vater* tiene una familia, y por la noche leen

[9] *Versta*: medida itineraria rusa, equivalente a1.067 metros

[10] *Vater*: en alemán, «padre».

todos en alta voz libros edificantes. Por encima de la casita rumorean los olmos y los castaños. La puesta del sol, una cigüeña en el tejado... Todo esto es extremadamente poético y conmovedor... No se enfade usted, general, y permítame que le hable de algo emocionante. Recuerdo que mi difunto padre nos leía libros semejantes, a mi madre y a mí, por las noches, bajo los tilos de nuestro jardincito. Por tanto, puedo juzgar las cosas. Aquí cada familia está al servicio del *Vater*. Todos trabajan como bueyes y ahorran como judíos. Supongamos que el padre haya amasado ya una determinada cantidad y piensa en transmitir a su primogénito su oficio o su tierra: no dará dote a su hija, que no se casará. Venderán al pequeño como criado o como soldado y se aumentará así el dinero del patrimonio. Es cierto, esto se hace así: me he informado. Todo esto no tiene otro origen que la honestidad, una honestidad llevada al extremo, de tal manera que el hijo pequeño, que ha sido vendido, cree firmemente que lo han vendido por honestidad. Aquí está el ideal: cuando la propia víctima se regocija de ser llevada al sacrificio. ¿Y después? Pues bien, el primogénito no se pasa la vida de rositas: allí hay una tal Amalchen, la vida de su vida, pero con quien no puede casarse porque no ha amasado todavía suficientes florines. Esperan, también virtuosamente, sinceramente, y van al sacrificio con la sonrisa en los labios. Las mejillas de Amalchen comienzan a ahondarse, la joven se marchita. Por último, al cabo de veinte años, ha llegado a la prosperidad y los florines han sido amontonados honesta y virtuosamente. El *Vater* bendice a su primogénito cuadragenario, y Amalchen, que ha cumplido treinta y cinco, tiene el pecho marchito y la nariz roja... En esta ocasión, llora, hace moral y expira. El primogénito se transforma a su vez en un *Vater* virtuoso, y la historia vuelve a empezar. Al cabo de cincuenta o sesenta años, el nieto del primer *Vater* realiza, efectivamente, un capital importante y lo transmite a su hijo, éste al suyo, y, al cabo de cinco o seis generaciones, aparece el barón de Rotshchild en persona o Hoppe y Compañía,[11] o el diablo sabe qué. Éste es realmente un espectáculo grandioso: uno o dos siglos de trabajo, paciencia, inteligencia, honestidad, energía, firmeza, previsión y la cigüeña en el tejado. ¿Qué falta más? No hay nada más sublime: desde este punto de vista comienzan a juzgar al mundo entero y a castigar a los culpables, es decir, a los que difieren de ellos, por poco que sea. Y aquí está el quid de la cuestión: prefiero sumirme en el libertinaje a la manera rusa o hacer fortuna en la ruleta. No quiero ser Hoppe y Compañía al cabo de cinco generaciones. Necesito dinero para mí mismo, y en modo alguno me

[11] Banco de Amsterdam.

siento función de un capital. Sé que he dicho muchas tonterías, pero tanto peor. Éstas son mis convicciones.

—Ignoro si hay una gran parte de verdad en lo que usted dice—dijo el general, pensativo—, pero hay algo de lo que estoy seguro, y es que usted demuestra una presunción insoportable desde que se le da un poco de pie y...

Según su costumbre, no acabó la frase. Cuando nuestro general aborda un tema un poco más vasto que los de la conversación ordinaria, jamás acaba sus frases. El francés escuchaba con una actitud de indolencia, abriendo mucho los ojos. Paulina tenía una actitud de altiva indiferencia. Parecía no haber oído ni una palabra de lo que en aquella ocasión se había dicho en la mesa.

Estaba más pensativa que de costumbre, pero en cuanto se levantó de la mesa me dijo que la acompañara en el paseo. Nos hicimos cargo de los niños y nos fuimos al parque junto al surtidor.

Como estaba muy excitado, le pregunté estúpida y groseramente, a quemarropa, por qué nuestro marqués Des Grieux, el francés, no solamente no la acompañaba ya cuando salía, sino que se quedaba días enteros sin dirigirle la palabra.

—Porque es un miserable —me respondió con voz extraña.

Nunca le había oído hablar de esta forma de Des Grieux, y me callé, temiendo comprender esta irritación.

—¿Observó usted que hoy está en desacuerdo con el general?

—Usted quiere enterarse de lo que pasa —me respondió con tono seco y exasperado—. Usted sabe que ha prestado dinero al general contra hipoteca de todos sus bienes.

Si la abuela no muere, el francés entrará inmediatamente en posesión de todo lo que le corresponde.

—¿De manera que es verdad que todo está hipotecado? Lo había oído decir, pero no estaba seguro.

—Puede estarlo.

—Entonces, ¡adiós mademoiselle Blanche! —observé—. ¡No será generala! ¿Sabe usted? Me parece que el general está de tal manera enamorado que se suicidará si mademoiselle Blanche lo abandona. A su edad es peligroso enamorarse tan violentamente.

—También yo creo que le sucederá algon —dijo Paulina Alexandrovna con aire pensativo.

—¡Qué admirable es esto! —exclamé—. No se puede demostrar más brutalmente que sólo consentía en casarse con él por dinero. Ni siquiera ha guardado las formas; se ha dejado de toda clase de ceremonias. ¡Es maravilloso! Y, por lo que se refiere a la abuela, nada más cómico y más bajo que enviar telegrama tras telegrama para preguntar: «¿Ha muerto? », «¿Está bien muerta?» ¿Qué piensa usted de todo esto, Paulina Alexondravna?

—No son más que estupideces —dijo con disgusto, interrumpiéndome—. En cambio, me sorprende que esté usted de humor tan alegre. ¿Qué le regocija? ¿Acaso haber perdido mi dinero?

—¿Por qué me lo dio usted para que lo perdiera? Le dije que no podía

jugar por los demás, y con mayor razón por usted. Obedezco, sea lo que sea lo que usted me ordene, pero el resultado no depende de mí. Ya le había prevenido que no saldría nada bueno. Dígame, ¿le ha afectado mucho haber perdido de este modo el dinero? ¿De qué le habría servido?

—¿Por qué estas preguntas?

—Usted me había prometido explicarme... Escuche: estoy convencido de que cuando empiece a jugar por mí (tengo doce federicos), ganaré. Entonces le daré todo el dinero que quiera.

Hizo una mueca desdeñosa.

—No se enfade conmigo —dije—si le hago este ofrecimiento. Estoy plenamente convencido de ser una nulidad a sus ojos para que usted pueda aceptar de mí ni siquiera dinero. No puede usted ofenderse si le hago un regalo. Además, he perdido su dinero.

Me dirigió una mirada rápida y, observando que le hablaba con irritación y con un tono sarcástico, volvió a cambiar de conversación.

—Nada hay en mis asuntos que pueda interesarle. Si insiste en saberlo, sepa que tengo deudas. He pedido prestado dinero y quisiera devolverlo. Tenía la idea absurda y extraña de que ganaría aquí en el juego. ¿Por qué? No lo sé, pero creía en eso. Quién sabe, acaso tuve esa esperanza porque no me quedaba otro recurso y ésa era mi última posibilidad.

—O bien porque ERA PRECISO[12] ganar costase lo que costase. Exactamente como un hombre que se ahoga y se agarra a una pajita. Convenga usted conmigo en que si no estuviera a punto de ahogarse no confundiría una pajita con la rama de un árbol.

Paulina se sorprendió.

—¡Cómo! ¿No tiene usted las mismas esperanzas? —me preguntó—. Hace quince días me habló largamente de que estaba seguro de ganar a la ruleta y me rogó que no lo considerase un loco. ¿Acaso bromeaba? Sin embargo, recuerdo que hablaba tan en serio que no pude considerar una broma lo que decía.

—Es cierto —respondí pensativamente—; todavía estoy convencido de que ganaré. Le confesaré también que usted me fuerza a hacerme una pregunta: ¿por qué esta pérdida estúpida y escandalosa que he tenido hoy no ha hecho que la duda surja en mi alma? Estoy convencido de que ganaré en cuanto juegue por mi cuenta y riesgo.

—¿Por qué está usted tan convencido?

[12] Los pasajes subrayados por el autor van en versalitas.

—Si quiere que le diga la verdad, no lo sé. Sé únicamente que es preciso que gane, que es para mí la única salida. Quizá por esto también yo tengo la impresión de que debo ganar infaliblemente.

—Por tanto, es preciso también que usted gane cueste lo que cueste, ya que tiene esa fanática certidumbre.

—Apostaría algo a que usted duda de que yo tenga también una necesidad seria.

—Me tiene sin cuidado —dijo Paulina con tono tranquilo e indiferente—. Puesto que me lo pregunta, sí, dudo que algo pueda atormentarlo profundamente. Usted es capaz de atormentarse, pero no en serio. Usted es un hombre desordenado e inestable. ¿Para qué necesita dinero? En ninguna de las razones que me expuso usted el otro día hallé nada serio.

—A propósito —le interrumpí—, me dijo usted que tenía necesidad de pagar una deuda. Una deuda importante, me parece. ¿Acaso al francés?

—¿Qué significa esto? ¡Se siente usted muy caballero hoy! ¿Acaso ha bebido?

—Usted sabe que me permito decirlo todo y hacer a veces preguntas muy directas. Le repito que soy su esclavo. Un esclavo no puede confundirla, no puede ofenderla.

—¡Qué absurdo! No puedo sufrir su teoría de la «esclavitud».

—Observe que no hablo de mi esclavitud porque desee ser su esclavo. Hablo de ella simplemente como de un hecho independiente de mi voluntad.

—Dígame francamente: ¿para qué necesita dinero?

—Y usted ¿por qué desea saberlo?

—Como quiera —repuso con altivez.

—Usted no soporta la teoría de la esclavitud, pero exige que sea su esclavo: «¡Responda sin replicar!» Muy bien, sea. Me pregunta usted por qué tengo necesidad de dinero. ¡Qué pregunta! El dinero... lo es todo.

—Comprendo, pero no hay que caer en semejante locura deseándolo. Porque usted va justamente al delirio, hasta el fatalismo. En ello hay algo, una finalidad precisa. Quiero que me hable sin rodeos, vamos.

Hubiérase dicho que empezaba a enojarse. Me encantaba que continuase haciéndome preguntas con ese tono colérico.

—Naturalmente, tengo una finalidad, pero no sabría explicarle cuál. Es simplemente que con dinero me convertiré en otro hombre, hasta a sus propios ojos, y dejaré de ser un esclavo.

—¿Cómo? ¿Cómo lo conseguirá?

—¿Que cómo lo conseguiré? ¡Ni siquiera puede usted comprender que yo pueda llegar a que usted me mire de manera distinta que a un esclavo! Esto

es justamente lo que yo no quiero, no quiero esos asombros ni esas incomprensiones.

—Usted decía que esa esclavitud le resultaba deliciosa. Yo también lo creía.

—Usted lo creía —exclamé con una extraña voluptuosidad—. ¡Qué bella ingenuidad la suya! Pues bien, sí, la esclavitud que usted me hace sufrir es una delicia para mí. Se halla un deleite en el último grado de bajeza y de humillación —continué, como si desvariase—. ¡Quién sabe! Es posible que se sienta ese mismo deleite cuando el *knut* se abate sobre la espalda y lacera la carne... Pero acaso yo quiero experimentar otros goces. Hace un momento, en la mesa, el general me regañó ante usted por setecientos rublos al año que acaso nunca llegará a pagarme. El marqués Des Grieux, frunciendo las cejas, me miró fingiendo al mismo tiempo que ignoraba mi presencia. Y yo, por mi parte, acaso desee apasionadamente agarrar de la nariz al marqués Des Grieux ante usted.

—¡Eso son bravatas! En cualquier situación, uno puede comportarse con dignidad. La lucha eleva, no humilla.

—Habla usted con máximas. Supone solamente que no sé mostrar mi dignidad. Que, aun cuando sea un hombre digno, no sé comportarme con dignidad. ¿Cree usted que esto puede ser? Pero todos los rusos son así, ¿y sabe usted por qué? Porque los rusos están dotados demasiado rica y diversamente para encontrar en seguida una forma que les convenga. Aquí lo que importa es la forma. Nosotros los rusos estamos, por lo común, tan ricamente dotados, que nos falta genio para encontrar una forma conveniente. Y con frecuencia carecemos de genio, porque el genio, por lo general, es muy raro. En los franceses, y acaso también en algunos otros europeos, la forma está tan bien determinada, que se pueden tener actitudes extremadamente dignas aun siendo el hombre más indigno del mundo. He aquí por qué la forma tiene tanta importancia para ellos. El francés soporta sin parpadear una ofensa, una ofensa profunda, verdadera, pero no soportará un pellizco en la nariz, porque significa una derogación de los convencionalismos admitidos y de la forma tradicional. Si los franceses tienen tanto éxito con nuestras muchachas es porque tienen buenas formas. En cuanto a mí, por lo demás, no veo en ello forma alguna, sino un gallo, *le coq gaulois*. Sin embargo, no puedo comprender esto: no soy mujer. Quizá los gallos tengan algo bueno. Pero estoy diciendo tonterías y usted no me detiene. Deténgame con más frecuencia. Cuando hablo con usted, tengo deseos de decir todo lo que se me ocurre, todo, todo. Pierdo toda clase de formas. Reconozco incluso que no solamente no tengo formas, sino que estoy desprovisto de todo mérito. Lo confieso. Ni siquiera

me preocupa ningún mérito. Ahora todo se ha inmovilizado en mí. Usted sabe la causa. No tengo en la cabeza ni una sola idea. Hace mucho tiempo que no sé lo que pasa en el mundo, ni en Rusia, ni aquí. Vea usted: he pasado por Dresde y he olvidado a qué se parece esa ciudad. Usted sabe perfectamente qué era lo que me absorbía. Como no tengo ninguna esperanza y no significo nada para usted, le hablo con toda franqueza: solamente veo a usted en todas partes y lo demás me tiene sin cuidado. Por qué y cómo la quiero, no lo sé. ¿No sabe usted que acaso no tenga nada de hermosa? ¿Puede imaginarse que ni siquiera sé si es usted bella o no, ni siquiera de rostro? Seguramente su corazón es malo, y muy verosímilmente su alma carece de nobleza.

—¿Acaso porque no cree usted en mi nobleza piensa comprarme con dinero?

—¿Cuándo he pensado comprarla? —pregunté.

—Se ofusca y pierde el hilo. Si no a mí, espera comprar mi consideración.

—No, no es exactamente eso. Le he dicho que me era difícil explicarme. Usted me abruma. No tome a mal mi charla. Comprende usted muy bien por qué no es posible enojarse conmigo: sencillamente, estoy loco. Además, esto no me importa, enójese si quiere. Arriba, en mi cuarto, me basta recordar o imaginar el roce de sus ropas para estar dispuesto a morderme los dedos. ¿Por qué se enfada usted conmigo? ¿Porque me declaro su esclavo? ¡Aprovéchese, aprovéchese de mi esclavitud! ¿Sabe usted que un día la mataré? No por celos, ni porque haya dejado de quererla, no. La mataré simplemente porque hace días que tengo deseos de devorarla. Ríase...

—No me río en absoluto —dijo ella, furiosa—. Le ordeno que se calle.

Se detuvo, sofocando su cólera. Dios es testigo de que no sé si es bonita o no, pero me gusta mirarla cuando se detiene así ante mí; por eso me gusta provocar su cólera. Quizás ella lo había advertido y se enojaba intencionadamente. Se lo dije.

—¡Qué infamia! —exclamó con repugnancia.

—Me tiene sin cuidado —repliqué—. Sepa que es peligroso que nos paseemos juntos: a veces siento el deseo irresistible de pegarle, de desfigurarla, de estrangularla. ¿Cree usted que no llegaré a tanto? Me saca usted de quicio. ¿Supone que temo el escándalo? ¿Su cólera? ¡Me río de su cólera! La amo sin esperanza y sé que después de esto la amaré mil veces más. Si la mato un día, será preciso que me mate también. Pues bien, me mataré lo más tarde posible, para experimentar sin usted este sufrimiento intolerable. Sepa usted una cosa increíble: la amo cada día más, y, sin embargo, es casi imposible. ¡Y quiere usted que no sea fatalista! Recuérdelo: anteayer, en el Schlangenberg, le dije

en voz baja cuando me provocó usted: «Diga una palabra y me arrojo por el precipicio.» Si usted hubiese dicho la palabra, habría saltado. Lo cree, ¿verdad?

—¡Qué charla tan estúpida! —exclamó.

—¡Me importa un bledo que sea estúpida o no! —dije—. Sé que cuando usted está delante necesito hablar, hablar, hablar..., y hablo. En su presencia pierdo todo amor propio y todo me tiene sin cuidado.

—¿Por qué tenía que obligarle a arrojarse desde lo alto del Schlangenberg? —me dijo secamente con un tono particularmente ofensivo—. Era completamente inútil.

—¡Admirable! —exclamé—. Ha empleado usted ese admirable «inútil» con el propósito de abrumarme. La veo como es. ¿Inútil, dice? Pero el placer es siempre útil, y un poder absoluto, sin límites, aunque sea sobre una mosca, es también una especie de goce. El hombre es déspota por naturaleza: le gusta hacer sufrir. A usted le gusta esto por encima de todo.

Recuerdo que me examinaba con una atención particular. Sin duda mi rostro expresaba entonces todas las sensaciones absurdas y extravagantes que yo experimentaba. Recuerdo ahora que nuestra conversación se desarrolló casi exactamente en los términos que traslado aquí. Mis ojos estaban inyectados en sangre. La espuma subía a mis labios. Y por lo que se refiere al Schlangenberg, juro por mi honor, hasta en este momento, que si me hubiese ordenado que me arrojara abajo, lo habría hecho. Incluso si lo hubiera dicho por broma, con desprecio y escupiéndome, también me habría arrojado.

—No, ¿por qué? Le creo —dijo, pero con ese tono que sólo ella sabe emplear, con tanto desprecio y malicia y tanta arrogancia que, por Dios, habría sido capaz de matarla en aquel instante. Ella se arriesgaba a eso. Yo no había mentido cuando se lo dije.

—¿No es usted cobarde?—me preguntó de pronto.

—No lo sé, quizás sí. No sé... Hace mucho tiempo que no me he hecho esta pregunta.

—Si yo le dijera: «Mate a ese hombre», ¿lo haría?

—¿A quién?

—A quien yo quisiera.

—¿Al francés?

—No me pregunte, responda. A quien yo le diga. Quiero saber si está usted hablando en serio.

Esperaba mi respuesta con tanta gravedad e impaciencia, que me pareció extraño.

—¡Dígame de una vez de qué se trata! —exclamé—. ¿Acaso tiene miedo de mí? Veo perfectamente todas las complicaciones en que usted se debate aquí. Usted es la hijastra de un hombre arruinado y loco, consumido de pasión por ese demonio... Blanche. Además, está el francés, con su secreta influencia sobre usted. Y ahora... viene usted a hacerme esa pregunta. Por lo menos, que yo lo sepa. Si no, me volveré loco y cometeré cualquier locura. ¿O acaso le avergüenza a usted honrarme con su franqueza? Pero no puede usted sentir vergüenza delante de mí.

—No le hablo a usted de nada de eso. Le he hecho una pregunta y espero la respuesta.

—Naturalmente —exclamé—, mataré a quien usted me indique. Pero ¿es que usted podría..., es que usted me ordenaría una cosa semejante?

—¿Cree usted que yo le tendría compasión? Le daría una orden y me mantendría al margen. ¿Soportaría usted eso? No, ¡no tiene usted esa talla! Mataría quizá si yo se lo ordenase, pero inmediatamente vendría a matarme a mí por haberme atrevido a impulsarle a cometer un crimen.

Me sentí como anonadado por esas palabras. Naturalmente, incluso entonces consideré su pregunta mitad en broma, mitad una provocación, pero, sin embargo, había hablado demasiado seriamente. Estaba sorprendido de que se hubiese expresado así, que afirmase tal derecho sobre mí, que se reconociera semejante poder y dijese con tanta franqueza: «Ve a tu perdición; yo me mantengo al margen.» Había en estas palabras tal cinismo, tal franqueza, que, a mi entender, ella pasaba de la raya. ¿Y cómo se comportaría conmigo después de eso? Esto superaba los límites de la esclavitud y la bajeza. Esta manera de ser me elevaba hasta ella. Por absurda e increíble que fuera nuestra conversación, me sentía desfallecer.

De pronto se echó a reír. Estábamos sentados en un banco, ante los niños que se disponían a jugar, justamente frente al lugar donde los coches se detenían para dejar a los pasajeros en la alameda que conduce al casino.

—Fíjese en esa gorda —exclamó—. Es la baronesa Wurmerhelm. Hace sólo tres días que está aquí. Mire a su marido: ese prusiano flaco y escuchimizado que lleva un bastón en la mano. ¿Recuerda usted cómo nos miraba anteayer? Acérquese en seguida a la baronesa, descúbrase y dígale algo en francés.

—¿Para qué?

—Usted me juró que se habría arrojado desde lo alto del Schlangenberg,

y me ha jurado que estaba dispuesto a matar si yo se lo ordenase. En lugar de todas esas muertes y tragedias, solamente tengo deseos de divertirme un poco. Obedezca sin réplica. Quiero ver al barón dándole a usted de bastonazos.

—Me provoca usted. ¿Cree que no lo haré?

—Sí, le provoco. Hágalo; lo quiero.

—Bueno, voy, pero conste que es un capricho bien extraño. No faltaría más sino que esto le acarrease un contratiempo al general y, de rechazo, a usted. Por Dios, no me preocupo por mí, sino por usted... y por el general. ¡Qué idea la de ir a insultar a una mujer!

—Bien, ya veo que es usted un charlatán —me dijo con desprecio—. Hace un momento tenía los ojos inyectados en sangre..., pero es posible que fuera porque había bebido mucho vino en la mesa. Sé perfectamente que es absurdo y trivial y que el general se pondrá furioso. Sólo tengo ganas de divertirme. Esto es todo. No tiene necesidad de insultar a una mujer. Antes le pegarán a usted.

Me levanté y partí, sin decir nada, a ejecutar mi misión. Evidentemente, era absurdo y no había sabido salir del paso, pero, mientras me acercaba a la baronesa, recuerdo que me sentí impulsado por el deseo de cometer una pillería. Además, estaba tan excitado como si hubiese bebido.

Hace ya dos días de esto. ¡Qué estúpido día aquel! ¡Cuántos gritos, ruido, alboroto y comentarios! ¡Y fui yo la causa de todo aquel escándalo, de toda aquella tontería y vulgaridad! Por lo demás, a veces resulta cómico, por lo menos en mi opinión. No puedo darme cuenta de lo que me sucedió. ¿Me hallo en un período de exaltación, o sencillamente me he descarriado y estoy a punto de cometer insensateces, en espera de que me encierren? A veces creo que voy a perder la razón. Y a veces me parece que apenas he salido de la infancia, de la escuela, y que cometo groserías de colegial.

¡La culpa es de Paulina, toda la culpa es suya! Quizá ni siquiera hubiese llegado a pensar en cometer esas pillerías si ella no hubiese estado allí.¡Quién sabe! Quizás hice todo eso por desesperación (aunque es estúpido razonar así) y no comprendo, no puedo comprender lo que ella tiene de bueno. Es bonita, por lo menos yo así lo creo. Y yo soy el único a quien vuelve loco. Es alta y bien formada. Pero es muy delgada. Tengo la impresión de que se podría hacer un nudo con ella o doblarla en dos. La huella de sus pies es larga y estrecha..., torturante. Torturante, ésta es la palabra. Tiene reflejos rojos en los cabellos. Verdaderos ojos de gata, ¡Y cuánto orgullo y arrogancia sabe poner en ellos! Hace unos cuatro meses, cuando acababa de entrar a su servicio, tuvo una noche, en el salón, una larga conversación con Des Grieux. Estaban muy animados. Ella le miraba de tal manera... que cuando subí a acostarme más tarde, me imaginé que ella le había dado una bofetada, que acababa de dársela, y que estaba de pie ante él, mirándolo... Aquella noche me enamoré de ella.

Pero volvamos a los hechos.

Tomé un sendero que daba a la alameda, me detuve en medio de ésta y esperé al barón y a la baronesa. A cinco pasos de distancia, me descubrí y los saludé.

Recuerdo que la baronesa llevaba un vestido de seda gris claro, asombrosamente ancho, adornado con volantes, miriñaque y cola. Es una mujer de corta estatura, muy robusta, con una barbilla grasa y hundida que se confunde con sus mejillas. Es carirroja y tiene ojillos malignos y desvergonzados. Sus andares están llenos de condescendencia. El barón es flaco y alto. Su rostro está cruzado de través por numerosas arrugas. Como es costumbre en Alemania, lleva lentes. Tiene cuarenta y cinco años. Sus piernas le nacen casi en el pecho: señal de casta. Es vanidoso como un pavo real. Un poco pesado.

Tiene algo de aborregado en la expresión, lo que él considera una característica de profundidad.

Advertí todo esto en pocos segundos.

Mi saludo y mi sombrero en la mano apenas llamaron al principio su atención. El barón se contentó con fruncir ligeramente el ceño. La baronesa vino directamente hacia mí con paso majestuoso.

— *Madame la baronne* —dije en voz alta e inteligible, marcando cada sílaba—, *j'ai l'honneur d'être votre esclave.*

A continuación me incliné, me puse el sombrero, me coloqué al lado del barón y lo miré con afable sonrisa.

Paulina me había ordenado que me descubriera, pero aquella reverencia y la travesura fueron de mi cosecha. Dios sabe lo que me impulsaba. Me parecía que estaba cayendo desde lo alto de una montaña.

—*Hein!*—gritó, o mejor dicho gruñó el barón volviéndose a mí con furioso asombro.

Me volví y me detuve con respetuosa expectación, sin dejar de mirarle sonriendo. Estaba visiblemente perplejo y fruncía el ceño hasta el *nec plus ultra.* Su rostro se ensombrecía cada vez más. También la baronesa se volvió a mirarme con un aire de indignado asombro. Los transeúntes comenzaron a mirarnos. Algunos se detuvieron.

—*Hein?* —gruñó de nuevo el barón, con una voz dos veces más chillona y más airada.

—*Ja wohl!* [13] —dije, arrastrando las palabras y sin dejar de mirarle a los ojos.

—*Sind Sie rasend?* [14] — gritó blandiendo su bastón.

Hubiérase dicho que comenzaba a temblar. Quizá le desconcertó mi traje. Yo vestía muy bien, incluso con elegancia, como un hombre que pertenece a la mejor sociedad.

—*Ja wo-o-ohl!* —grité de súbito con todas mis fuerzas, arrastrando la o, como hacen los berlineses, que emplean a cada instante este *ja wohl!* en la conversación, alargando más o menos la letra *o* según quieran expresar tal o cual matiz del pensamiento o del sentimiento.

El barón y la baronesa se volvieron bruscamente y se alejaron casi corriendo. Tenían mucho miedo. Entre el público, algunos se pusieron a hablar, otros me miraron con asombro. Por otra parte, no lo recuerdo bien.

13 *Ja wohl!*: en alemán, «sí» enfático, con el sentido de «desde luego», «ciertamente», «¿cómo no?».

14 *Sind Sie rasend?* : en alemán, «¿está usted loco?».

Di media vuelta y me dirigí con mi paso acostumbrado hacia Paulina Alexandrovna. Pero apenas estuve a un centenar de pasos de su banco, cuando vi que se levantaba y se dirigía al hotel con los niños.

La alcancé en la escalinata.

—He cumplido... esa absurdidad —le dije cuando estuve a su lado.

—¿Si? Bien, despabílese ahora —me respondió.

Y sin mirarme siquiera, subió los peldaños.

Durante toda la tarde me paseé por el parque. Lo atravesé y después el bosque, e incluso pasé a otro principado. En casa de unos campesinos comí una tortilla y bebí vino. Este idilio me costó un tálero y medio.

No regresé hasta las ocho de la noche. Inmediatamente me llamaron de parte del general.

Nuestros amigos ocupan en el hotel dos apartamentos y disponen de cuatro habitaciones. La primera es el salón: una habitación muy grande con un piano de cola, que comunica con otra gran habitación: el gabinete del general. Allí era donde me esperaba, de pie en medio de la estancia, en una actitud extremadamente majestuosa. Des Grieux estaba muellemente tendido en el diván.

—¿Me permite usted, señor mío, que le pregunte qué ha hecho? —comenzó el general.

—Me gustaría que fuera usted al grano, general —respondí—. Sin duda quiere usted hablarme de mi reciente encuentro con un alemán.

—¡Con un alemán! ¡Ese alemán es el barón Wurmerhelm, un gran personaje! Usted se ha comportado groseramente con él y con la baronesa.

—De ningún modo.

—Usted los ha asustado, señor mío —exclamó el general.

—Nada de eso. En Berlín he oído constantemente la frase *ja wohl!*, que la gente coloca a cada palabra y que arrastran de una manera exasperante. Cuando me crucé con él en la avenida, no sé por qué ese *ja wohl!* me vino a la memoria y me sacó de quicio... Además, hace ya tres veces que la baronesa, cuando me encuentro con ella, se dirige a mí como si yo fuese una lombriz a la que pudiese aplastar con el pie. Convenga usted conmigo en que también yo puedo tener mi amor propio. Me quité el sombrero y cortésmente (le aseguro a usted que fui muy cortés) le dije: «*Madame, j'ai l'honneur d'être votre esclave.*» Cuando el barón se volvió gritando: «*Hein?*», yo sentí el deseo de gritar a mi vez: «*Ja wohl!*» Y lo dije dos veces. La primera vez, de manera habitual, y la segunda, arrastrando las sílabas lo más posible. Esto es todo.

Confieso que me encantó esta explicación tan digna de un pillete. Me

moría de deseos de adornar esta historia de la manera más absurda.

Y, ya metido en ella, iba tomándole gusto.

—Me parece que se está usted burlando de mí —dijo el general.

Se volvió hacia el marqués y le dijo en francés que, realmente, yo había tratado de provocar un incidente. Des Grieux sonrió despreciativo y se encogió de hombros.

—¡Oh, no lo crea, no es nada! —exclamé—. Reconozco sinceramente que lo que hice no estuvo bien. Puede decirse que es absurdo, que fue una chiquillada indecente y estúpida, pero... nada más. Y sepa, general, que siento un profundo arrepentimiento. Pero hay una circunstancia que a mis ojos me dispensa casi de arrepentirme. En estos últimos tiempos, desde hace quince días, tres semanas quizá, no me siento muy bien: estoy enfermo, nervioso, irritable, voluntarioso, y en ciertas ocasiones pierdo el dominio de mí mismo. Es cierto, varias veces he sentido un terrible deseo de dirigirme bruscamente al marqués Des Grieux y... Mas ¿para qué seguir? Probablemente se ofendería. En una palabra, todo esto son síntomas de enfermedad. No sé si la baronesa Wurmerhelm tomará en consideración esta circunstancia cuando le presente mis excusas (porque ésta es mi intención). Creo que no, tanto más cuanto que sé cómo se ha empezado a abusar de esta circunstancia en el mundo jurídico en estos últimos tiempos: los abogados, en los procesos criminales, tratan de justificar a sus clientes pretendiendo que eran inconscientes en el momento en que cometieron el crimen y que esto es una enfermedad. «Golpeó —dicen—, y no se acuerda de nada.» Imagínese, general, que la medicina les da la razón... Sostiene a machamartillo que existe una enfermedad de este género, una locura pasajera, durante la cual el hombre no se acuerda de nada o lo recuerda sólo a medias. Pero el barón y la baronesa pertenecen a la vieja generación. Además, son *junker*s prusianos y propietarios. Desconocen sin duda esa evolución de la medicina legal y no aceptarían mis explicaciones. ¿Qué cree usted, general?

—¡Basta, caballero, basta! —dijo bruscamente el general con una indignación contenida—. Intentaré, de una vez para siempre, protegerme contra sus chiquilladas. No se excusará ante el barón y la baronesa. Toda relación con usted, aunque se limite a sus excusas, les parecería demasiado humillante. El barón, cuando supo que usted formaba parte de mi casa, tuvo una explicación conmigo en el casino, y, se lo confieso, faltó muy poco para que me pidiera una satisfacción. ¿Comprende usted a lo que me ha obligado, señor? He tenido que presentar excusas al barón y darle mi palabra de que hoy mismo dejaría usted de pertenecer a mi casa.

—Permítame, permítame, general. ¿Es él quien le ha exigido que deje de formar parte de su casa, según su propia expresión?

—No, pero me he sentido obligado a concederle esta reparación, y, naturalmente, el barón se ha mostrado satisfecho con ella. Vamos a separarnos, señor. Tiene usted que cobrar cuatro federicos y tres florines. Aquí tiene su dinero; cuéntelo. Puede usted comprobarlo. Adiós. En lo sucesivo somos dos extraños. No tengo que agradecerle más que molestias y disgustos. Voy a llamar al camarero para decirle que a partir de mañana yo no me hago responsable de sus gastos de hotel. Tengo el honor de ser su servidor.

Tomé el dinero, el papel donde figuraba mi cuenta, saludé al general y le dije muy seriamente:

—General, esto no puede terminar así. Deploro que haya tenido que soportar las impertinencias del barón, pero, perdóneme, la culpa es de usted. ¿Por qué se creyó usted obligado a responder por mí al barón? ¿Qué significa la expresión «yo pertenezco a su casa»? Soy el preceptor de sus hijos, y nada más. No soy su hijo ni estoy bajo su tutela, y usted no tiene que responder de mis actos. Tengo una personalidad jurídica. Tengo veinticinco años, soy bachiller universitario, soy noble y no tengo nada que ver con usted. Sólo mi infinito respeto para con sus méritos me impide exigirle una reparación por haberse irrogado el derecho de responder en mi lugar.

El general se quedó tan desconcertado, que dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo. Luego, bruscamente, se volvió al francés y le dijo en pocas palabras que yo casi acababa de desafiarlo. El francés se echó a reír a carcajadas.

—No estoy dispuesto a que el barón se quede tan tranquilo —dije con plena sangre fría, sin turbarme lo más mínimo por la hilaridad de monsieur Des Grieux—, y puesto que usted, permitiéndose hoy escuchar las quejas del barón y representar sus intereses, se ha inmiscuido en cierto modo en este asunto, tengo el honor de informarle, general, que no más tarde que mañana exigiré al barón, en mi nombre, una explicación formal de las razones que le impulsaron, teniendo una cuestión conmigo, a ignorarme y dirigirse a un tercero, como si yo fuera incapaz o indigno de responder de mis actos.

Sucedió lo que yo había previsto. El general se asustó al oír este nuevo absurdo.

—¡Cómo! ¿Tiene usted la intención de llevar más lejos este maldito asunto? —exclamó—. ¡Me está usted metiendo en un atolladero! ¡Ah, señor! No se le ocurra, no se le ocurra, señor, o le doy mi palabra... Aquí también hay autoridades, y yo... yo... En resumidas cuentas, en consideración a mi cargo oficial..., y al barón también... En resumen, será usted detenido y se hará que

lo expulse la policía, para evitar que dé usted un escándalo. ¡Se lo garantizo!

Aunque la cólera lo ahogaba, tenía un miedo espantoso.

—General —respondí con una calma exasperante—, no se puede detener a nadie por escándalo antes de que el escándalo haya ocurrido. Todavía no me he explicado con el barón, y usted ignora aún totalmente en qué aspecto y sobre qué bases tengo intención de abordar este asunto. Sólo deseo disipar la suposición, injuriosa para mí, de que me encuentro bajo la tutela de una persona que tiene poder sobre mi libre voluntad. Se alarma y se preocupa usted inútilmente.

—¡En nombre del cielo, en nombre del cielo, Alexis Ivanovitch, abandone ese absurdo proyecto! —balbuceó el general, que, bruscamente, sustituyó su aparatosidad por un tono suplicante e incluso me cogió las manos—. ¿Se imagina usted lo que ocurriría? Más disgustos. Reconozca que debo proceder aquí de una manera particular, sobre todo ahora... ¡Sobre todo ahora! ¡No conoce usted verdaderamente la situación! Estoy dispuesto a tomarle de nuevo cuando nos vayamos de aquí. Ahora solamente hay que cubrir las apariencias. ¡Comprenda usted las razones que me obligan a ello! —exclamó con desesperación—. ¡Alexis Ivanovitch, Alexis Ivanovitch!

Al retirarme, todavía le rogué insistentemente que no se preocupara; le prometí que todo iría bien y me apresuré a abandonar la estancia.

En el extranjero, los rusos son a veces exageradamente cobardes; tienen un miedo terrible a lo que se diga de ellos, a la manera como los miran, y temen faltar a los convencionalismos. En una palabra, diríase que llevan un corsé, sobre todo los que pretenden ser importantes. Estiman necesario adoptar servilmente en los hoteles, en el paseo, en las reuniones, en el viaje, una actitud preconcebida y establecida de una vez para siempre... Pero al general se le había escapado que ciertas circunstancias le obligaban «a proceder de una manera particular». Por esto, de pronto, había tenido miedo y cambiado de tono conmigo. Tomé de ello buena nota. Era lo bastante estúpido para recurrir a las autoridades, y, por tanto, yo tenía que obrar con prudencia.

Por lo demás, tampoco quería molestar al general. Era a Paulina a quien me hubiese gustado encolerizar ahora. Me había tratado tan cruelmente y lanzado por un camino tan absurdo, que deseaba hacer que ella misma me rogase que me detuviera. Mis chiquilladas, al final, también podían comprometerla a ella. Además, nacían en mí sensaciones, deseos nuevos: si, por ejemplo, me aniquilaba voluntariamente ante ella, esto no significaba ni mucho menos que yo fuese ante los demás una gallina mojada, y seguramente el barón no me apalearía con el bastón. Quería burlarme de toda aquella gente

y quedar como un héroe. ¡Ya verían quién era yo! No había nada que temer. Ella tendrá miedo del escándalo y me llamará. Y aun cuando no me llame, también verá que no soy una gallina mojada.

Una sorprendente noticia: acabo de saber por la nodriza de los niños, con la que me he encontrado en la escalera, que María Filippovna se ha ido hoy sola a Carlsbad, en el tren de la tarde, a casa de su prima. ¿Qué significa esto? La nodriza me ha dicho que desde hacía tiempo tenía esa intención. Pero ¿cómo no se ha enterado nadie? Por otra parte, es posible que yo sea el único que lo haya ignorado. La nodriza me ha dado a entender que María Filippovna tuvo anteayer una bronca con el general. Comprendo. Seguramente... mademoiselle Blanche. Sí, algo decisivo se prepara.

Esta mañana he llamado al camarero y le he dicho que me abran una cuenta aparte. Mi habitación no es tan cara como para que deba tener miedo y haya de abandonar definitivamente el hotel. Tenía dieciséis federicos, y abajo... abajo, ¡quizá la fortuna! Cosa extraña: todavía no he ganado, pero ya me comporto, siento y pienso como un hombre rico, y no sé verme de otra manera.

A pesar de que era temprano, tenía el proyecto de ir a ver a míster Astley al hotel de Inglaterra, muy cerca del nuestro, cuando Des Grieux entró súbitamente en mi habitación. Nunca sucedió cosa semejante, y, además, en estos últimos tiempos, había tenido con este caballero relaciones extremadamente distanciadas y tirantes. No sólo no disimulaba su desdén para conmigo, sino que se esforzaba en mostrármelo sin rebozo. Y yo... yo tenía mis razones particulares para no considerarlo grato. En una palabra, lo odiaba. Su llegada me sorprendió mucho. Adiviné inmediatamente que ocurría algo singular.

Se mostró muy amable y me dedicó unos cumplidos por mi habitación. Al ver que tenía el sombrero en la mano, manifestó su sorpresa de que me fuera de paseo tan temprano.

Cuando le dije que iba a ver a míster Astley para una cuestión de negocios, reflexionó un instante y en su rostro se reflejó una expresión de inquietud.

Des Grieux era como todos los franceses, es decir, afable y alegre cuando le convenía y le era útil, e insoportablemente molesto cuando la necesidad de ser alegre y afable había desaparecido. El francés es raramente amable al principio. Diríase que es amable por orden, por cálculo. Si, por ejemplo, ve la necesidad de ser, contrariamente a lo habitual, fantástico y original, la fantasía más absurda y artificiosa adquiere en él formas admitidas de antemano y desde hace tiempo situadas en la categoría de la trivialidad. En su estado natural, el francés se integra en el positivismo más burgués, más mezquino y más vulgar. Es, en resumen, el ser más molesto que hay en el mundo. A mi juicio, sólo los novatos y sobre todo las jovencitas rusas pueden caer bajo el encanto de los franceses. Todo hombre como debe ser advierte inmediatamente y siente aversión por esa repetición en serie de las formas, establecidas de una vez para siempre, de la amabilidad de salón, de la desenvoltura y la jovialidad.

—He venido a verle para un asunto —comenzó con desenfado, aunque muy cortés—. No le ocultaré que vengo de parte del general, en calidad de

embajador, o, mejor dicho, de mediador. Como no sé muy bien el ruso, ayer casi no comprendí nada, pero el general me lo ha contado todo detalladamente, y confieso...

—Escuche, señor Des Grieux —le interrumpí—, ¿también en este asunto asume usted el papel de mediador? Soy evidentemente un *uchítel*,[15] y jamás he pretendido el honor de ser un amigo íntimo de esta casa ni tener relaciones más estrechas. Además, hay circunstancias que ignoro. Pero dígame una cosa: ¿acaso se considera usted ahora miembro de la familia? Porque, en fin, se toma usted tanto interés por esto y en todo interviene como mediador...

Mi pregunta no le gustó. Era demasiado clara y no quería traicionarse.

—Estoy relacionado con el general en parte por negocios y en parte por ciertas circunstancias particulares —me dijo secamente—. El general me envía a que le ruegue que renuncie a sus intenciones de ayer. Todo lo que a usted se le ha ocurrido es, con toda evidencia, muy inteligente, pero me ruega que le indique que no conseguirá nada. Es más..., el barón no querrá recibirle, y, por último, posee en todo caso los medios de evitarse ulteriores molestias por parte de usted. Convendrá usted en ello. Y dígame: ¿para qué ponerse testarudo? El general le promete volver a tomarlo a su servicio cuando las circunstancias le permitan readmitirlo y pagarle hasta entonces sus honorarios, *vos appointements*. Es ventajoso, ¿no lo cree usted?

Le repliqué muy tranquilamente que se equivocaba un poco, que quizás el barón no me echara, sino al contrario, me escuchase. Le rogué que reconociera que había venido a saber qué estaba dispuesto a hacer.

—¡Dios mío, como el general se interesa tanto por este asunto, le agradaría realmente saber lo que usted piensa! ¡Es muy natural!

Comencé a explicárselo. Me escuchaba arrellanado en su asiento, con la cabeza ligeramente inclinada hacia mí y un brillo de ironía no disimulada en sus ojos. En resumen, me trataba con mucha altanería. Me esforcé cuanto pude en aparentar que consideraba este asunto con la mayor seriedad. Le dije que el barón, al quejarse de mí al general como si hubiese sido criado de éste, en primer lugar me había hecho perder mi colocación, y en segundo me había tratado como a un individuo incapaz de responder de sus actos, a quien ni era necesario dirigir la palabra. Me sentía, por tanto, justamente ofendido. Sin embargo, teniendo en cuenta la diferencia de edad, la situación social, etc. (me costó mucho contener la risa al llegar a esto), no quería cargar sobre mí otra insensatez, es decir, exigir francamente del barón, o aunque sólo fuera ofrecérsela, una reparación. Sea como fuera, consideraba que tenía perfecto derecho a presentarle (sobre todo a la baronesa) mis excusas, tanto más cuanto que, realmente, en estos últimos tiempos me sentía enfermo, estaba deprimido y, digámoslo así, de humor caprichoso, etc. Sin embargo, el barón, al dar este paso tan ofensivo para mí e insistir en que el general me pusiera en la calle, me había colocado en tal situación que me impedía ya presentarle mis excusas tanto como a la baronesa, porque él y la baronesa y todo el mundo pensarían sin duda alguna que yo había ido a excusarme por temor y para recuperar mi plaza. De todo ello resultaba que me veía ahora obligado a rogar al barón que me diera sus excusas en los términos más moderados, diciendo, por ejemplo, que en modo alguno había querido ofenderme. Y cuando el barón hubiese accedido a mi demanda, entonces, con las manos libres, le presentaría mis excusas sinceramente y de todo corazón. En resumen, concluí, todo lo que pido es que el barón me deje libres las manos.

—¡Qué susceptibilidad y qué refinamientos! ¿Por qué excusarse? Vamos, convenga conmigo, *monsieur... monsieur...*, en que usted complica todo esto con el deseo de disgustar al general... Es posible que le guíe alguna mira personal..., *mon cher monsieur..., pardon, j'ai oublié votre nom, monsieur Alexis, n'est-ce-pas?*

—Permítame, *mon cher marquis*, ¿en qué le atañe a usted todo esto?

—*Mais le général...*

—¿Qué tiene que ver el general? Me dijo ayer que se ve obligado a mantenerse sobre no sé qué línea de conducta... Parecía preocupado, pero yo no comprendí nada.

—Justamente se trata de una circunstancia particular —replicó Des Grieux con tono implorante en el que se adivinaba cada vez más su enojo—. *Vous connaissez mademoiselle de Cominges?*

—¿Se refiere usted a *mademoiselle Blanche*?

—Sí, *mademoiselle Blanche de Cominges..., y madame sa mère...* Reconocerá usted que el general... En una palabra, el general está enamorado..., y hasta es muy posible que la boda se celebre aquí. Imagínese lo que, en una ocasión como ésta, significan los escándalos, los chismes...

—No veo escándalos ni chismes con respecto a este matrimonio.

—Pero el *baron est si irascible, un caractère prussien, vous savez, enfin il fera une querelle d'Allemand.*

—A mí, pero no a usted, puesto que yo no formo parte de la casa —me esforzaba en parecer lo más estúpido posible—. Pero permítame: ¿se ha decidido ya que mademoiselle Blanche se case con el general? Entonces, ¿qué

[15] Véase la nota núm. 3.

están esperando? Quiero decir, ¿por qué se ocultan, al menos ante nosotros, ante las gentes de la casa?

—No le puedo... Por otra parte, no todo..., sin embargo..., usted sabe que esperan noticias de Rusia. El general ha de poner en orden sus asuntos.

—¡Ja, ja! ¡La *babulinka*! [16]

Des Grieux me lanzó una mirada de rencor.

—En pocas palabras —me interrumpió—, cuento firmemente con su innata delicadeza, con su inteligencia y su tacto... Sé que hará usted eso por esta familia que le ha acogido como a un pariente, lo ha mimado y considerado...

—Perdone usted, pero me han puesto en la calle. Usted dice ahora que ha sido por guardar las apariencias, pero convenga conmigo en que si le dijeran: «Naturalmente, no quiero tirarte de las orejas, pero permíteme que te tire de ellas para guardar las apariencias»... ¿No es lo mismo?

—Si es así, si ningún ruego puede conmoverlo —comenzó con tono arrogante—, permítame que le diga que se tomarán las oportunas medidas. Aquí hay autoridades, le expulsarán hoy mismo..., *que diable! Un blanc-bec comme vous* quiere provocar a un duelo a un personaje tan importante como el barón. ¡Y supone usted que van a dejarlo tranquilo! Tenga la seguridad de que aquí nadie le teme. Si le dirijo esta súplica es más bien por mi propia voluntad, porque usted ha hecho que el general se preocupase. ¿Cómo puede usted creer que el barón no hará que le eche tranquilamente un lacayo?

—No seré yo quien vaya en persona —respondí, perfectamente tranquilo—. Se equivoca usted, *monsieur* Des Grieux. Todo esto se llevará a cabo de la manera más correcta que pueda usted imaginar. Me voy ahora a ver a míster Astley para rogarle que me sirva de intermediario; en una palabra, que sea mi second. Este caballero me tiene afecto, y sin duda no se negará. Irá a ver al barón, y el barón lo recibirá. Aunque yo sea un *uchitel* y aparentemente un subalterne, un ser sin defensa, míster Astley es sobrino de un lord, de un verdadero lord, todo el mundo lo sabe, de lord Peabroke, y ese lord está aquí. Tenga la seguridad de que el barón será cortés con míster Astley y le escuchará. Y si no le escucha, míster Astley considerará esto una ofensa personal (usted sabe cómo son los ingleses). Enviará a uno de sus amigos al barón, y los tiene muy buenos. Vea usted ahora que el desenlace puede ser muy distinto del que usted se imagina.

El francés estaba positivamente asustado. De hecho, todo esto rozaba muy

16 Véase la nota núm. 5.

de cerca la verdad, y parecía realmente que yo me hallaba en condiciones de armar un escándalo.

—Se lo ruego —dijo con tono enteramente suplicante—, no haga nada de eso. Cualquiera diría que tiene usted interés en provocar un escándalo. No es una reparación lo que usted quiere, sino un escándalo. Le digo que todo esto será divertido e incluso ingenioso, y hasta es posible que lo logre usted, pero..., en una palabra —concluyó al ver que me levantaba y tomaba el sombrero—, he venido para hacerle entrega de estas palabras de una persona... Lea... Me ha rogado que aguarde la respuesta.

Sacó del bolsillo un pliego doblado y sellado y me lo entregó.

La mano de Paulina había escrito:

«Parece que usted proyecta llevar más lejos esta historia. Se ha enfadado usted y empieza a hacer chiquilladas. Pero hay circunstancias particulares que acaso yo le explique algún día. Por favor, sea usted razonable. ¡Qué estupidez todo esto! Me es usted necesario y me ha prometido obedecerme. Acuérdese del Schlangenberg. Le pido que sea obediente, y, si es preciso, le doy la orden de que lo sea.

»Suya, P.

»P. S.: Si se ha molestado conmigo por lo que sucedió ayer, perdóneme.»

Me pareció que todo danzaba ante mis ojos cuando leí estas líneas. Mis labios palidecieron y me puse a temblar. El maldito francés había adoptado un aire de discreción y volvía los ojos como si no quisiera ver mi turbación. Habría preferido que se hubiese reído en mis barbas.

—Bueno —dije—, dígale usted a la señorita que se tranquilice. Sin embargo, permítame que le pregunte—añadí bruscamente—por qué ha esperado usted tanto tiempo para entregarme esta nota. En lugar de decir tonterías, creo que debió usted de haber empezado por ahí..., si realmente vino para cumplir este encargo.

—¡Oh! Quise... En realidad, todo esto es tan extraño que usted sabrá disculpar mi natural impaciencia. Deseaba saber lo antes posible, y a través de sus propias palabras, cuáles eran sus intenciones. Por otra parte, ignoro lo que dice esa nota, y pensé que siempre estaría a tiempo de entregársela.

—Comprendo; le ordenaron a usted sencillamente que me la entregara sólo en último extremo y que no lo hiciera si de viva voz podía solucionar el asunto. ¿No es esto? Respóndame francamente, señor Des Grieux.

—*Peut-être* —dijo afectando una extrema reserva y observándome con una extraña mirada.

Tomé el sombrero, él me hizo un saludo con la cabeza y salió. Creí ver en sus labios una sonrisa burlona. ¿Cómo podía ser de otro modo?

—Ya ajustaremos las cuentas, pisaverde; mediremos nuestras fuerzas —murmuré mientras bajaba la escalera.

Todavía no podía poner en orden mis ideas. Me parecía que me habían dado un mazazo. El aire fresco me sentó bien.

Dos minutos más tarde, en cuanto pude comenzar a reflexionar, se me ocurrieron claramente dos ideas: la primera era que una diversión pueril y algunas amenazas inverosímiles pronunciadas el día anterior por un muchacho habían provocado una alarma UNIVERSAL. La segunda fue: ¿qué Influencia tiene ese francés sobre Paulina? Una palabra suya..., y ella hace todo lo que sea, escribe una nota, llega hasta ROGARLE. Evidentemente, sus relaciones, desde el momento en que los conocí, habían sido siempre un enigma para mí. Pero, no obstante, en estos últimos días yo había observado en ella una verdadera repulsión, incluso desprecio por su parte, hacia el francés. En cuanto a él, ni siquiera la miraba, e incluso se comportaba con ella groseramente. Así lo había advertido yo. La propia Paulina me había confesado su aversión. Había dejado escapar dos confesiones extremadamente significativas. Por tanto, él la tiene dominada, la tiene bajo su férula.

En el «paseo», como aquí lo llaman, es decir, en la alameda de los castaños, encontré a mi inglés.

—¡Oh, oh! —exclamó al verme—. Yo iba a su casa y usted a la mía. ¿De manera que ha dejado a sus amigos?

—En primer lugar, ¿cómo está usted al corriente de todo esto? —le pregunté asombrado—. ¿Así que todo el mundo lo sabe?

—¡Oh, no todo el mundo! No vale la pena. Nadie habla de esto.

—Entonces, ¿cómo lo sabe usted?

—Lo sé, o, mejor dicho, he tenido la ocasión de saberlo. ¿Adónde irá usted ahora? Le tengo amistad, y por eso iba a verlo.

—Es usted extraordinario, míster Astley —le dije. Estaba asombrado: ¿cómo había podido enterarse?—. Y como todavía no he tomado café y sin duda usted se ha desayunado mal, vamos al casino. Fumaremos, se lo contaré todo y... Usted también tendrá algo que contar.

El café estaba a cien pasos. Nos sirvieron, nos instalamos cómodamente y encendí un cigarrillo. Míster Astley no fumaba, y, con la mirada fija en mí, se dispuso a escucharme.

—No me voy a ninguna parte. Me quedo aquí —comencé.

—Estaba convencido de que se quedaría —dijo míster Astley con tono aprobador.

Cuando iba a ver a míster Astley no tenía la menor intención de hablarle de mi amor por Paulina. Incluso deseaba evitar este tema. En aquellos últimos días no le había dicho una palabra. Además, él era muy tímido. En seguida observé que Paulina le había causado una viva impresión, pero jamás pronunció su nombre. Cosa extraña: en cuanto se hubo sentado y fijó en mí su apagada e insistente mirada, tuve, Dios sabe por qué, el deseo de contárselo todo, es decir, todo mi amor con todos sus matices. Hablé durante media hora, y esto me hizo un extraordinario bien: era la primera vez que hacía a alguien confidente de esto. Habiendo observado que él se turbaba en los pasajes particularmente apasionados, aumenté intencionadamente el ardor de mi relato. Hay una cosa de la que me arrepiento: quizás he hablado demasiado del francés.

Sentado frente a mí, míster Astley me escuchaba inmóvil, sin pronunciar una palabra o un sonido, fijos sus ojos en los míos. Pero cuando hice alusión al francés, me detuvo bruscamente y con tono severo me preguntó si

yo tenía el derecho de mencionar esta circunstancia secundaria. Míster Astley tiene siempre una manera muy extraña de hacer preguntas.

—Tiene usted razón: me temo que no —le repuse.

—Sobre el marqués y miss Paulina, ¿no puede decir nada en concreto, aparte manifestar simples suposiciones?

—No, nada en concreto, claro está —respondí.

—Si es así, usted se ha equivocado no sólo al hablarme de esto, sino incluso al pensar en ello.

—Bueno, bueno. Estoy de acuerdo. Pero por el momento no se trata de esto —le interrumpí, sorprendido.

Entonces le conté todo lo ocurrido el día anterior, con todos sus detalles: la ocurrencia de Paulina, mi aventura con el barón, mi despido, la extraordinaria cobardía del general, y por último le conté minuciosamente la visita de Des Grieux. Al final le mostré la carta.

—¿Qué deduce usted de esto? —le pregunté—. Iba a verle precisamente para preguntarle su opinión. Por lo que a mí respecta, mataría con gusto a ese pisaverde francés, y quizá lo haré.

—Yo también —dijo míster Astley—. Por lo que se refiere a Paulina..., ya sabe usted que muchas veces nos relacionamos con personas a quienes execramos, si la necesidad nos obliga a ello. Es posible que entonces haya relaciones que usted ignore y que dependen de circunstancias accidentales. Creo que puede usted estar tranquilo..., en parte, claro está. En cuanto a su gesto de ayer, es evidentemente extraño, no porque ella haya querido deshacerse de usted exponiéndolo al bastón del barón (y no comprendo por qué no lo empleó, puesto que lo tenía a mano), sino porque una ocurrencia semejante es indecente para... para una muchacha tan notable. Evidentemente, ella no pudo suponer que llevaría a cabo esa caprichosa travesura.

—¿Sabe usted? —pregunté de pronto, mirando con atención a míster Astley—. Tengo la impresión de que usted ya ha oído hablar de todo esto, y ¿sabe por quién? Por la propia Paulina.

Míster Astley me miró con asombro.

—Sus ojos brillan y veo en ellos el recelo —dijo, recobrando inmediatamente la calma—. No tiene usted el menor derecho a dejar transparentar sus recelos. No puedo reconocerle este derecho y me niego formalmente a responder a su pregunta.

—Bueno, dejémosla. Por otra parte, es inútil —exclamé, singularmente agitado y no comprendiendo por qué se me había ocurrido eso.

¿Y cuándo, dónde y cómo míster Astley había sido elegido como confidente por Paulina? En estos últimos tiempos había perdido un poco de vista a míster Astley. En cuanto a Paulina, sería siempre un enigma para mí, hasta tal punto que ahora, por ejemplo, decidido a contarle a míster Astley toda la historia de mi amor, me sorprendía, en el momento de abordar mi relato, no poder decir casi nada concreto y positivo de mis relaciones con ella. Al contrario, todo era fantástico, extraño, inconsistente y no se parecía a nada.

—Bueno, bueno. He perdido el hilo de la conversación, y todavía hay muchas cosas sobre las que no estoy en condiciones de reflexionar —respondí casi anhelante—. Además, usted es un hombre extraordinario. Pasemos ahora a otro tema. Voy a pedirle no un consejo, sino su opinión.

Me callé un momento y continué:

—¿Por qué cree usted que el general tiene tanto miedo? ¿Por qué han hecho un verdadero drama de mi ridícula chiquillada? Hasta el punto que el propio Des Grieux ha considerado indispensable intervenir, y él no interviene sino en circunstancias muy graves. Ha venido a verme, ¡sí!, me ha rogado y suplicado, él, ¡Des Grieux! Observe, además, que vino un poco antes de las nueve, y ya tenía en las manos la carta de miss Paulina. ¿Cuándo la escribió? Se lo podría preguntar. ¿Acaso despertaron expresamente a miss Paulina? Además, deduzco de ello que miss Paulina es su esclava (¡porque me ha pedido perdón a mí!), y, por otra parte, ¿qué papel representa ella en todo esto, ella personalmente? ¿Por qué se toma tanto interés? ¿Por qué tienen miedo del primer barón que llega? ¿Acaso esto puede hacer que el general se case con mademoiselle Blanche de Cominges? Dicen que hay que proceder de una MANERA ESPECIAL a causa de esta circunstancia, pero ¡reconozca usted que es demasiado especial! Veo en sus ojos que también sabe usted de esto más que yo.

—Sí, creo realmente que, también sobre este tema, sé mucho más que usted —me dijo—. Todo esto no concierne más que a mademoiselle Blanche, y estoy convencido de que es la absoluta verdad.

—¿Qué tiene que ver con esto mademoiselle Blanche? —exclamé, impaciente. De pronto esperé descubrir algo sobre Paulina.

—Creo que mademoiselle Blanche tiene en este momento un interés particular en evitar a toda costa un encuentro con el barón y la baronesa, y con mayor razón un encuentro desagradable y, lo que es peor, escandaloso.

—¡Vaya!

—Mademoiselle Blanche viene aquí, a Roulettenburg, desde hace dos años, durante la temporada. También yo estaba al principio. En aquella época no se llamaba *mademoiselle de Cominges*, y su madre, *madame veuve Cominges*,

no existía. Por lo menos no se hablaba de ella. Tampoco estaba Des Grieux. Tengo la íntima convicción de que no sólo no son parientes, sino que se conocen desde hace poco tiempo. Des Grieux es un marqués reciente; una circunstancia me ha dado esta seguridad. Incluso se puede suponer que no hace mucho tiempo que se llama Des Grieux. Conozco aquí a quien lo ha conocido con otro nombre.

—Sin embargo, posee un círculo de relaciones importantes.

—Es posible. También mademoiselle Blanche puede tener amigos. Pero hace dos años, mademoiselle Blanche, a ruegos de esa misma baronesa, fue invitada por la policía a abandonar la ciudad, cosa que hizo.

—¿Cómo fue eso?

—Al principio compareció por aquí con un italiano, un príncipe de nombre histórico, Barberini o algo parecido, un hombre lleno de sortijas y diamantes auténticos. Se paseaban en un coche deslumbrante. Mademoiselle Blanche jugaba al *trente et quarante*. Ganó al principio. Luego, por lo que recuerdo, cambió. Me acuerdo de que una tarde perdió una cantidad fabulosa. Pero lo peor fue que un *beau matin* su príncipe desapareció y nadie supo adónde se fue: los caballos, los coches, todo desapareció. Ella debía cantidades enormes al hotel. Mademoiselle Zelma (de Barberini, bruscamente se transformó en mademoiselle Zelma) estaba en el colmo de la desesperación. Sollozaba y daba gritos por todo el hotel y, en su furor, se desgarraba la ropa. Había entonces en el hotel un conde polaco (todos los polacos que viajan son condes), y mademoiselle Zelma, desgarrándose el traje y arañándose el rostro como una gata con sus lindas manos blancas y perfumadas, le causó cierta impresión. Tuvieron una conversación y a la hora de comer ya se había consolado. Por la noche compareció en el casino cogida de su brazo. Mademoiselle Zelma reía a carcajadas, como tiene por costumbre, y mostraba un poco más de desenvoltura en sus modales. Se situó inmediatamente en esa categoría de damas habituadas a la ruleta que, para abrirse paso hacia la mesa, apartan a un jugador con el hombro para hacerse sitio. Es un *chic* especial de las damas de aquí. Sin duda ya lo habrá observado usted.

—¡Oh, sí!

—Pero esto no vale la pena. A pesar del público decente, aquí se las soporta, por lo menos a aquellas que cada día cambian billetes de mil francos. Pero si dejan de cambiar billetes de mil francos, se les ruega que se vayan del casino. Mademoiselle Zelma continuó cambiándolos, pero fue todavía más desgraciada en el juego. Observe que con frecuencia estas damas tienen suerte en el juego y poseen un extraordinario dominio de sí mismas. Por lo demás, aquí

se acaba mi historia. Un día el conde desapareció, lo mismo que el príncipe. Mademoiselle Zelma jugó sola aquella noche. Esta vez no acudió nadie a ofrecerle el brazo. En dos días perdió todo lo que poseía. Cuando hubo jugado y perdido su último luis de oro, miró en torno y vio a su lado al barón Wurmerhelm, que la miraba con una indignación profunda. Pero mademoiselle Zelma no sabía distinguir la indignación y, dirigiéndose al barón con una sonrisa sin equívoco, le rogó que pusiera por ella diez luises de oro al rojo. En consecuencia, a una queja de la baronesa, fue invitada a no comparecer en el casino. Si le sorprende a usted que yo conozca todos estos detalles mezquinos y poco decorosos, ha de saber que me los ha proporcionado míster Fieder, un pariente mío que aquella misma noche llevó a Spa a mademoiselle Zelma en su coche. Ahora comprenderá que mademoiselle Blanche quiera ser generala, sin duda para no recibir en el futuro invitaciones semejantes. No juega, pero es porque ahora, según todos los indicios, tiene un capital que ha prestado con intereses a los jugadores de aquí. Es mucho más prudente. Hasta sospecho que el desdichado general es uno de sus deudores. Es posible que Des Grieux le deba también dinero. A menos que no esté asociado con ella. Reconocerá que, por lo menos hasta que se haya casado, no quiera atraer sobre sí la atención del barón y la baronesa. En una palabra, es un escándalo que puede perjudicarla en la situación en que se encuentra. Usted está vinculado a su casa, y sus actos pueden provocar un escándalo, tanto más cuanto que cada día ella se muestra en público del brazo del general o de miss Paulina. ¿Ha comprendido ahora?

—No, en absoluto —exclamé golpeando tan violentamente la mesa que el camarero acudió asustado—. Dígame, míster Astley —continué, poseído de furor—, si usted conocía ya toda esta historia y sabía perfectamente quién era mademoiselle Blanche de Cominges, ¿cómo no me puso usted en guardia a mí o al general, y sobre todo a la señorita Paulina, que comparece aquí en el casino, en público, del brazo de mademoiselle Blanche? ¿Cómo es posible?

—No podía ponerle en guardia porque usted no podía hacer nada —respondió tranquilamente míster Astley—. Además, ¿ponerle en guardia contra qué? Tal vez el general sepa mucho más que yo sobre mademoiselle Blanche, y esto no impide que se pasee con ella y con miss Paulina. El general es un desdichado. Ayer vi a mademoiselle Blanche galopar en un caballo magnífico en compañía del señor Des Grieux y de ese principito ruso, y el general los seguía en un alazán. Por la mañana se había quejado que le dolían las piernas, y, sin embargo, se mantuvo firme en la silla. En ese preciso instante se me ocurrió bruscamente la idea de que era un hombre definitivamente

perdido. Por lo demás, nada de esto me incumbe, y hace muy poco tiempo que conozco a miss Paulina. Por si fuera poco —dijo de pronto míster Astley—, yo le he dicho ya a usted que no podía reconocerle el derecho de hacerme ciertas preguntas, aunque sienta por usted una sincera amistad.

—Basta —dije levantándome—; ahora veo claramente que miss Paulina sabe también a qué atenerse sobre mademoiselle Blanche, pero que no puede separarse de su francés y que por eso acepta pasear con ella. Esté seguro de que ninguna otra influencia la obligaría a pasearse con mademoiselle Blanche y a suplicarme en una carta que no me metiera con el barón. En esto precisamente hemos de ver esa influencia ante la cual todo se inclina. Y, sin embargo, ha sido justamente ella quien me lanzó contra el barón. ¡Diantre, no entiendo nada!

—En primer lugar, olvida usted que esa señorita de Cominges es la prometida del general, y en segundo, que miss Paulina, la hijastra del general, tiene un hermano y una hermana más jóvenes, hijos del general, a quienes ese insensato ha abandonado por completo y sin duda arruinado.

—Sí, sí, es exacto; dejar a esos niños equivale a abandonarlos por completo. Quedarse es defender sus intereses y quizá salvar un pellizco de su fortuna. Sí, sí, todo esto es verdad, pero, no obstante, no obstante... ¡Oh, comprendo por qué todos se interesan tanto por la abuela!

—¿Por quién? —preguntó míster Astley.

—Por esa vieja bruja de Moscú que no se decide a morir. Esperan el telegrama que les anuncie su fallecimiento.

—Naturalmente, todo el interés está concentrado sobre ella. Todo depende de la herencia. En cuanto se resuelva lo de la herencia, el general se casa. Paulina también tendrá las manos libres, y Des Grieux...

—¿Des Grieux, qué?

—Des Grieux cobrará lo que se le debe. Es todo lo que espera.

—¿Usted cree que es todo lo que espera?

—No lo sé —dijo míster Astley, que se encerró en un obstinado silencio.

—Pues yo sí lo sé —repetí, furibundo—. También espera la herencia, porque Paulina recibirá una dote, y en cuanto la reciba le echará las manos al cuello al francés. ¡Todas las mujeres son iguales! Las más orgullosas se convierten en esclavas de los más viles. Paulina no puede amar sino con pasión, esto es todo. Ésta es mi opinión. Mírela sobre todo cuando está sentada, sola y pensativa: parece predestinada, condenada, víctima propiciatoria de todos los horrores de la vida y de la pasión... Ella... ella..., pero ¿quién me llama? He oído que alguien decía en ruso: «¡Alexis Ivanovitch!» Es una voz de mujer. ¿No la oye?

En ese momento nos acercábamos a nuestro hotel. Hacía mucho rato que habíamos salido del café, casi sin darnos cuenta.

—He oído llamar a una mujer, pero no sé a quién llamaba: hablaba en ruso. Ahora veo quién llamaba —dijo míster Astley tendiendo la mano—. Es esa mujer sentada en ese sillón a quien todos esos lacayos han sacado a la terraza. Detrás de ella viene un montón de baúles, señal de que acaba de llegar.

—Pero ¿por qué me llamaba? Empieza a gritar; ¿ve?, nos hace señas con la mano.

Ya veo —dijo míster Astley.

—¡Alexis Ivanovitch! ¡Alexis Ivanovitch! ¡Oh Dios mío, qué imbécil!

Estas exclamaciones, pronunciadas con voz aguda, nos llegaron desde la terraza del hotel.

Corrimos casi hasta la escalinata. Subí los peldaños... El estupor me hizo aflojar los brazos y mis pies parecieron clavarse en el suelo.

En el rellano superior de la amplia escalinata donde la habían transportado en su sillón, rodeada de lacayos, de criados y de la innumerable y obsequiosa servidumbre del hotel, en presencia del *maître d'hôtel*, que había acudido a recibir a esta visita de tanta trascendencia que llegaba de manera tan alborotadora, con sus criados y un montón de maletas y baúles, clamaba la ABUELA. Sí, era ella, la terrible y rica Antonina Vassilievna Tarassevitch, de setenta y cinco años, propietaria y gran dama de Moscú, la *babulinka*, objeto de esas idas y venidas de telegramas, moribunda y siempre viva y que, bruscamente, surgía entre nosotros, en persona, como el que no quiere la cosa. Privada del uso de sus piernas, era llevada en una butaca, como siempre desde hacía cinco años, pero estaba, según su costumbre, alerta, se mostraba agresiva y satisfecha de sí misma, manteníase erguida, hablaba en voz alta y con un tono de mando ordenaba a todo el mundo. En resumen, era tal cual yo había tenido el honor de verla dos veces en mi vida en la época en que entré como preceptor en la casa del general. Era natural que me quedase ante ella petrificado por la sorpresa. Con sus ojos de lince me había visto a cien pasos mientras la colocaban en su butaca, me había reconocido y llamado por mi nombre y patronímico, que, como de costumbre, se le habían quedado bien impresos en la mente.

«¿Y a una mujer así esperan ver en la tumba y dan por descontada su herencia? —pensé—. Es ella quien nos enterrará a todos, incluso a la gente del hotel. ¡Señor! ¿Qué les va a suceder ahora a los demás, qué hará ahora el general? ¡Ella va a poner la casa patas arriba!»

—Bien, querido, ¿qué te pasa que estás ahí como un pasmarote, con los ojos como platos? —me gritó la abuela—. ¿No sabes saludar ni dar los buenos días? ¿Acaso eres demasiado orgulloso para esto? ¿Comprendes, Potapytch —dijo dirigiéndose a un viejecito de cabellos blancos, con traje y corbata también blancos y calva rosada, su mayordomo, que la acompañaba en el viaje—, comprendes que no nos reconozca? ¡Ya me había enterrado! Mandaban telegrama tras telegrama: «¿Ha muerto? ¿No ha muerto?» ¡Porque lo sé todo! Y ya ves como todavía me corre la sangre por las venas.

—Por favor, Antonina Vassilievna, ¿por qué había yo de desearle ningún mal? —respondí alegremente cuando recobré el ánimo—. Únicamente estaba sorprendido... ¿Y cómo no sorprenderme? ¡Ha sido tan inesperado...!

—¿Por qué tienes que sorprenderte? Me metí en un vagón y he venido. Se va bastante bien, no hay apreturas. ¿Ibas de paseo?

—Sí, fui a dar una vuelta por el casino.

—Se está bien aquí —dijo la abuela mirando en torno suyo—. Hace calor y los árboles son magníficos. ¡Es lo que me gusta! ¿Y mi gente? ¿Y el general?

—A estas horas están todos en sus habitaciones.

—¿También aquí cumplen sus horarios y sus convencionalismos? Menudo tono se dan. Según me han dicho, les seigneurs russes tienen un coche. Después de haber malgastado su fortuna, se han largado al extranjero. ¿También está Prascovia con ellos?

—Sí, Paulina Alexandrovna está también aquí.

—¿Y el francés? Pero ya los veré a todos, Alexis Ivanovitch, llévame a ver al general. ¿Y tú, estás bien aquí?

—Muy bien, Antonina Vassilievna.

—Tú, Potapytch, di a ese camarero memo que me dé una habitación cómoda, agradable, en el primer piso, y que lleven allí todas mis maletas. Pero ¿por qué se desviven todos en llevarme? ¿Por qué se apresuran así? ¡Qué servilismo! ¿Quién es el que está contigo? —preguntó dirigiéndose de nuevo a mí.

—Es míster Astley —repuse.

—¿Qué míster Astley?

—Un viajero, un buen amigo mío. También conoce al general.

—Un inglés. Por eso me mira tan fijamente sin soltar prenda. Además, me gustan los ingleses. Bueno, llevadme arriba, llevadme en seguida a sus habitaciones. ¿Dónde se han instalado?

Levantaron a la abuela; yo la había precedido y subía la amplia escalera del hotel. Nuestro cortejo causó sensación. Todos aquellos con quienes nos encontrábamos se detenían y nos miraban descaradamente. Nuestro hotel está considerado como el más bello, el más caro y el más aristocrático de la ciudad. En la escalera, en los pasillos, uno se cruza siempre con hermosas damas e imponentes ingleses. Muchos fueron a pedir informes al *maître d'hôtel*, que, por su parte, se hallaba muy impresionado. A todos los que le preguntaban, respondía con naturalidad, diciendo que era una extranjera de categoría, «*une Russe, une comtesse, grande dame*», y que iba a ocupar las habitaciones que ocho días antes había ocupado la *grande-duchesse de N...* El aire imperioso y dominante de la abuela sentada en su butaca causaba una profunda sensación. Cada vez que alguien se cruzaba con ella, la anciana lo examinaba con mirada escrutadora y en voz alta me hacia preguntas sobre todo el mundo. La abuela tenía un fuerte temperamento, y aunque no dejara su sillón, adivinábase al mirarla que era de alta estatura. Siempre estaba erguida como una i, sin

apoyarse en el respaldo. Levantaba su gran cabeza, de cabellos blancos y rasgos fuertes y acentuados. Miraba con aire altivo y provocador. Veíase que su mirada y sus ademanes eran completamente naturales. A pesar de sus setenta y cinco años, su rostro conservaba frescura todavía y su dentadura no estaba demasiado estropeada. Llevaba un traje de seda negra y un sombrero blanco.

—Me interesa enormemente—me susurró míster Astley subiendo a mi lado.

«Sabe lo de los telegramas —pensé—, conoce a Des Grieux, pero parece ignorar todavía a mademoiselle Blanche.»

Llamé aparte a míster Astley.

Le confesé, para vergüenza mía, que, una vez se hubo disipado mi asombro, me regocijaba excesivamente por el golpe que en aquel instante íbamos a dar al general. Esto me producía un efecto estimulante, y caminaba en cabeza, muy alegre.

Los nuestros tenían sus habitaciones en el tercer piso. Sin avisar ni llamar, abrí la puerta de par en par, y la abuela hizo una entrada triunfal. Todos, como a propósito, estaban reunidos en el gabinete del general. Era mediodía y, según me pareció, proyectaban una excursión en común, unos en coche y otros a caballo. Había también algunos invitados. Además del general, Paulina, los niños y su nodriza, se encontraban en el gabinete Des Grieux, mademoiselle Blanche, otra vez vestida de amazona; su madre, la señora viuda de Cominges; el principito y un sabio alemán a quien ya había visto una vez con ellos.

Llevaron la butaca de la abuela hasta el centro del gabinete, a tres pasos del general. ¡Dios mío, jamás olvidaré la impresión que produjo! En el momento en que entramos, el general contaba algo y Des Grieux le replicaba. Hay que observar que mademoiselle Blanche y Des Grieux se mostraban desde hacía muchos días muy solícitos con el principito *à la barbe du pauvre général*, y la reunión había adoptado un tono quizá ficticio, pero divertido, cordial e íntimo. A la vista de la abuela, el general se quedó con la boca abierta, pero no fue capaz de decir nada. La miraba con ojos desorbitados, como fascinado por la vista de un basilisco. La abuela lo contemplaba también sin decir palabra, inmóvil, pero ¡con qué mirada triunfante, provocadora y burlona! Se observaron así durante unos segundos en medio de un silencio general. Des Grieux se quedó primero estupefacto, pero a poco una viva inquietud apareció en su rostro. Mademoiselle Blanche frunció las cejas; tenía la boca entreabierta y miraba con aire estúpido a la abuela. El príncipe y el sabio contemplaban el cuadro muy intrigados. En la mirada de Paulina se leía un asombro y una perplejidad extremos; luego, de pronto, se puso blanca como el

papel. Al cabo de un instante, la sangre afluyó a su rostro y enrojeció sus mejillas. Sí, era una catástrofe para todo el mundo. Yo no hacía más que mirar a la abuela y a los asistentes. Míster Astley, según su costumbre, se mantenía aparte, digno y tranquilo.

—Bien, ya estoy aquí. He sustituido al telegrama —dijo por fin la abuela—. ¿Verdad que no me esperabais?

—Antonina Vassilievna..., querida tía..., qué casualidad.. .—murmuró el desdichado general.

Si la abuela hubiese tardado en hablar unos segundos, le habría dado un ataque.

—¿Cómo qué casualidad? Me metí en un vagón, y aquí estoy. ¿Para qué sirven los ferrocarriles? Todos pensaríais que ya había salido con los pies por delante y que os dejaba la herencia, ¿no es eso? Porque sé que has enviado telegramas. Esto debió costarte muy caro. Ésta no es una ciudad barata. Pero me he liado la manta a la cabeza y aquí estoy. ¿Ése es el francés? ¿No es el señor Des Grieux?

—*Oui, madame* —respondió Des Grieux—, *et croyez que je suis si enchanté... votre santé... c'est un miracle... vous voir ici... une suprise charmante...*

—Sí, sí, *charmante*; pero ya te conozco, farsante, y a mí no me la das— dijo, mostrándole el meñique—. ¿Y quién es ésa?—continuó, señalando a mademoiselle Blanche. Era evidente que le había chocado la francesa vestida de amazona—. ¿Es de aquí?

—Es mademoiselle Blanche de Cominges, y ésta es su madre, la señora de Cominges. Viven en nuestro hotel —expliqué yo.

—¿Está casada?—dijo la abuela, sin cumplidos.

—No, es una señorita—repuse lo más respetuosamente que pude, bajando intencionadamente la voz.

—¿Alegre?

No comprendí la pregunta.

—¿No se aburre uno con ella? ¿Sabe el ruso? En Moscú, Des Grieux lo chapurreaba un poco.

Le dije que la señorita de Cominges no había estado nunca en Moscú.

—*Bonjour!*—dijo la abuela con brusquedad dirigiéndose sin más preámbulos a mademoiselle Blanche.

—*Bonjour, Madame* —respondió mademoiselle Blanche con una reverencia ceremoniosa y estudiada, dejando ver, bajo la apariencia de una extrema cortesía, en toda la expresión de su rostro y de su persona, su asombro ante una pregunta y conducta tan extrañas.

—¡Oh! Baja la vista y hace remilgos. En seguida se echa de ver la clase de pájara que es: una actriz o algo semejante. Me quedo en este hotel, en el piso de abajo—dijo volviéndose bruscamente hacia el general—. Vamos a ser vecinos. ¿Estás contento o no?

—¡Oh tía! Crea en mis sinceros sentimientos... de satisfacción —replicó el general. Ya se había repuesto un poco, y como, cuando llegaba el caso, sabía encontrar los graves términos que convenían a una determinada circunstancia, comenzó a perorar—. Estábamos tan alarmados, tan trastornados a causa de las noticias de su indisposición...; habíamos recibido telegramas tan pesimistas, y de pronto...

—Mientes, mientes —le interrumpió la abuela.

—¿Cómo —le atajó a su vez el general, elevando el tono de voz y aparentando no haberla entendido bien— cómo se decidió usted a hacer semejante viaje? Convenga conmigo en que a su edad y con su estado de salud... Al menos todo esto es tan inesperado que nuestro asombro es comprensible. Pero estoy tan contento... Todos vamos a esforzarnos— aquí sonrió con una expresión de tierna alegría— a hacerle su estancia aquí lo más agradable...

—Bueno, basta. Todo esto son ganas de hablar por hablar, palabrería inútil, como tienes por costumbre. Ya sabré arreglármelas para pasar el rato. Además, no os quiero mal, no soy rencorosa. Me preguntabas cómo me había decidido a emprender este viaje. Pues de la manera más sencilla. ¿Y esto les sorprende a todos ustedes? Hola, Prascovia,[17] ¿qué haces aquí?

—Buenos días, abuela —dijo Paulina, acercándose—. ¿Ha estado de viaje mucho tiempo?

—¡Vaya! Al menos ésta es una pregunta inteligente, en lugar de todos esos «¡oh!» y esos «¡ah!». Bueno, el caso es que hacía una eternidad que estaba en cama y que me hacía cuidar. Entonces mandé al diablo a todos los médicos y llamé al sacristán de San Nicolás. Él ya había curado con polvo de heno a una buena mujer que tenía mi enfermedad. A mí también me ha aliviado. A los dos días empecé a sudar por todas partes y me levanté. Luego mis alemanes se reunieron otra vez, se calaron los anteojos y deliberaron: «Si hace usted ahora una cura de aguas en el extranjero —me dijeron—, la obstrucción desaparecerá por completo.» «¿Por qué no?», pensé. Los Dour-

17 Frecuentemente, a los niños rusos educados a la francesa o a la inglesa se les atribuía patronímicos franceses o ingleses parecidos a sus nombres rusos. Aquí Prascovia se ha convertido en Paulina (Pauline, en francés).

Zajiguin empezaron a dar gritos: « ¡Es una locura ir allí! » Y decidido. En veinticuatro horas mis maletas estuvieron listas, y la semana pasada tomé a una doncella y a Potapytch, y a Fedor lo envié a Berlín, porque vi que no tenía tanta necesidad de él y que muy bien hubiese podido viajar sola... Tomé un compartimiento especial. En todas las estaciones hay portadores que por veinte *kopeks* te llevan adonde quieras... ¡Tenéis unas bonitas habitaciones! —concluyó mirando en torno—. ¿De dónde has sacado el dinero, querido? Si no me equivoco, lo tienes todo hipotecado. Seguro que a ese francesito le debes un montón de dinero. Lo sé todo, no te disgustes, lo sé todo.

—Tía —comenzó el general, en el colmo de la confusión—, estoy sorprendido... Creo que puedo, sin la fiscalización de nadie... Además, mis gastos no superan mis medios, y aquí, nosotros...

—No sobrepasan tus medios... ¡Qué audacia tienes! De manera que has despojado a tus hijos del dinero que les quedaba, tú, su tutor.

—Después de semejantes palabras... —replicó el general, indignado—. No sé...

—¿Qué es lo que no sabes? ¡Supongo que no dejas la ruleta! Estás a dos velas.

El general estaba tan aterrado, que parecía a punto de ahogarse a causa de la emoción.

—¿Yo, la ruleta? ¡Un hombre de mi importancia...! Serénate, tía; todavía no estás restablecida...

—Todo eso son mentiras. Apostaría a que no puedes salir de ahí. Estás diciendo desatinos. Hoy mismo iré a ver qué es esa ruleta. Prascovia, dime lo que hay que ver aquí. Alexis Ivanovitch me acompañará. Tú, Potapytch, haz una lista de todos los lugares que hay que visitar. ¿Qué hay que ver aquí? —repitió dirigiéndose a Paulina.

—En los alrededores, las ruinas de un castillo; luego el Schlangenberg.

—¿Qué es el Schlangenberg? ¿Un bosque?

—No, una montaña. Hay una *pointe*?

—¿Qué es una *pointe*?

—El lugar más alto de la montaña. Lo han rodeado de un seto. La vista desde allí es incomparable.

—¿Habría que llevar hasta allí mi butaca? ¿Te parece que se podrá?

—¡Oh! Se pueden encontrar porteadores —repuse.

En aquel momento, Fedosia, la nodriza, vino a saludar a la abuela. Venía con los hijos del general.

—¡Ah! ¡Nada de besos! No me gusta besar a los niños. Están sucios. ¿Cómo estás aquí, Fedosia?

—Aquí se está muy bien, señora Antonina Vassilievna —respondió Fedosia—. Y a usted, ¿cómo le ha ido? Nos tenía usted tan preocupados a todos...

—Lo sé. Tú, al menos, eres un alma sencilla. ¿Todos éstos son vuestros invitados?—dijo dirigiéndose de nuevo a Paulina—. ¿Quién es ese esmirriado de los lentes?

—El príncipe Nilski, abuela —dijo Paulina en voz baja.

—¡Ah! ¿Un ruso? Creí que no me comprendería. Tal vez no me haya entendido. Ya he visto a míster Astley. Pero veo que está aquí —dijo la abuela al verlo—. Buenos días —añadió dirigiéndose bruscamente a él.

Míster Astley se inclinó sin decir nada.

—Vamos, ¿qué cosa agradable va usted a decirme? Diga algo. Tradúceselo, Paulina.

Paulina tradujo.

—Le diré que tengo un gran placer en verla y que estoy muy contento de que goce usted de buena salud —respondió míster Astley con tono serio pero con extrema solicitud.

Se tradujeron estas palabras a la abuela, y le gustaron visiblemente.

—¡Estos ingleses siempre tienen respuesta para todo! No sé por qué, siempre me han gustado los ingleses. No pueden compararse con los franceses. Venga a verme —dijo a míster Astley—. Trataré de no aburrirle demasiado. Tradúcele esto y dile que vivo aquí en el primer piso. En el primer piso, ¿comprende? Abajo —repitió a míster Astley, señalando el suelo con el dedo.

A míster Astley le encantó la invitación.

La anciana envolvió a Paulina de pies a cabeza en una mirada atenta y satisfecha.

—Te querré, Paulina —dijo de pronto—. Eres una buena chica, la mejor de todos, pero tienes un carácter... También yo lo tengo... Vuélvete un poco. ¿Llevas postizos en la cabeza?

—No, abuela, el pelo es mío.

—¡Qué suerte! Me horroriza esa moda estúpida. Eres muy bonita. Me enamoraría de ti si fuese un hombre joven. ¿Por qué no te casas? Pero ya es hora de que me vaya. Tengo ganas de pasear, después de tanto tiempo metida en un vagón. Bueno, ¿sigues enfadado? —le preguntó al general.

—Por favor, tía, basta ya —replicó el general, ya sereno—. Comprendo que a su edad...

—*Cette vieille est tombé en enfance* —me murmuró Des Grieux.

—Quiero ver todo esto. ¿Me cedes a Alexis Ivanovitch? —preguntó la abuela al general.

—Todo el tiempo que quieras, pero yo... Paulina y el señor Des Grieux... tendremos un gran placer en acompañarte.

—*Mais, Madame, cela sera un plaisir...* —dijo Des Grieux con una sonrisa encantadora.

—¡Hum, un placer! Me haces reír, querido. Además, no te daré dinero —añadió de pronto la abuela dirigiéndose al general—. Que me lleven a mis habitaciones. Voy a echarles una ojeada y nos vamos en seguida. Llévenme.

De nuevo levantaron a la abuela, y todos en procesión bajamos por la escalera detrás de su butaca. El general caminaba aturdido como si le hubiesen dado un mazazo. Des Grieux, pensativo. Mademoiselle Blanche quiso, al principio, quedarse; luego consideró que era preferible seguirnos. El príncipe iba pisándole los talones. En las habitaciones del general se quedaron solamente el alemán y la señora viuda de Cominges.

En los balnearios, y verosímilmente en toda Europa, los gerentes y los *maîtres d'hôtel,* cuando asignan una habitación a un cliente, se inspiran menos en sus exigencias y deseos que en la opinión que se forman de él. Y hay que reconocer que raras veces se equivocan. Pero Dios sabe por qué le asignaron a la abuela unas habitaciones tan fastuosas que esta vez se pasaron de la raya: cuatro piezas magníficamente amuebladas con cuarto de baño, dependencias para la servidumbre, habitación aparte para la doncella, etc. *Une grande-duchesse* había, efectivamente, ocupado aquellas habitaciones ocho días antes, y, como es natural, se apresuraron a comunicárselo a los nuevos ocupantes, a fin de darle mayor valor a los compartimientos. Transportaron, o, mejor dicho, hicieron rodar a la abuela por todas las habitaciones, que ella examinó atenta y severamente. El *maître d'hôtel,* hombre de cierta edad, de cráneo calvo, la acompañó cortésmente en este reconocimiento de propietaria.

No sé por quién habrían tomado todos a la abuela. Sin duda, por una persona de gran distinción y, sobre todo, muy rica. En el registro escribieron: «*Madame la Générale, princesse de Tarassevitcheva*», aunque la abuela jamás había sido princesa. Su servidumbre, el compartimiento reservado, el montón de paquetes inútiles, de maletas e incluso de baúles que habían acompañado a la anciana sirvieron sin duda de pedestal para su prestigio. Y el sillón, el tono cortante y la voz de la abuela, sus preguntas impertinentes, hechas con un aire completamente desenvuelto y no soportando la menor réplica, en resumen, la figura toda de la abuela, erguida, brusca, autoritaria, acabaron por conquistarle la veneración de todos. Mientras pasaba revista a su apartamento, la anciana hacía detener bruscamente su sillón, señalaba algún objeto del mobiliario y hacía inesperadas preguntas al *maître*, que sonreía respetuosamente pero que comenzaba ya a temblar. Ella lo interrogaba en francés, lengua que hablaba muy mal, de manera que yo había de traducir con frecuencia lo que decía. Las respuestas del *maître* no le gustaban en su mayor parte y le parecían insuficientes. Además, hacía preguntas desprovistas de sentido e inspiradas en la más exagerada fantasía. Por ejemplo, se detuvo bruscamente ante un cuadro: una copia muy mala de un original célebre, de tema mitológico.

—¿De quién es ese retrato?

El *maître* le respondió que probablemente se trataba del retrato de una condesa.

—¿Cómo? ¿No lo sabes? ¡Vives aquí y no lo sabes! ¿Por qué está aquí ese cuadro? ¿Por qué bizquea?

A todas estas preguntas, el *maître* no pudo responder satisfactoriamente y se quedó aturdido.

—¡Qué imbécil! —dijo la abuela en ruso.

La llevaron a otro lado. El mismo incidente se reprodujo con una figurilla de Sajonia que la anciana contempló largo rato y dijo luego que se la llevaran, sin que se sepa porqué. Por último anonadó al *maître* a preguntas: ¿cuánto habían costado las alfombras de la alcoba y dónde las fabricaban? El *maître* le prometió informarse.

—¡Qué bestias! —gruñó ella, y dedicó toda su atención al lecho.

—Magnífico baldaquino. Deshágalo.

Deshicieron la cama.

—Más, más, deshágala del todo. Quite las almohadas, las fundas; saque el edredón.

Todo lo sacaron, y la abuela lo examinó atentamente.

—Por fortuna, no hay chinches. Llévese toda la ropa de cama. Utilizaré la mía y mis almohadas. Además, todo esto es demasiado lujoso. ¿Acaso a mi edad necesito un apartamiento como éste? Para aburrirme, yo sola. Alexis Ivanovitch, ven a verme con frecuencia cuando hayas terminado de dar clase a los niños.

—Desde ayer no estoy ya al servicio del general—repuse—, y vivo en el hotel por cuenta propia.

—¿Por qué?

—El otro día llegó de Berlín con su mujer un alemán importante, un barón. Ayer, durante el paseo, le dirigí la palabra en alemán sin tener en cuenta la pronunciación berlinesa.

—¿Y qué?

—Consideró esto una impertinencia y se quejó al general. Me despidió inmediatamente.

—Pero ¿injuriaste al barón? Aunque lo hubieras hecho, la cosa no es para tanto.

—¡Oh, no! Al contrario, él me amenazó con el bastón.

—Y tú, cobardón, le has permitido que tratara así al preceptor de tus hijos —dijo ella bruscamente al general—, y, por si fuera poco, le has despedido. Está visto que todos vosotros no servís para nada.

—No se preocupe, tía —respondió el general con unmatiz de altiva familiaridad—. Sé lo que debo hacer con mis cosas. Además, Alexis Ivanovitch no le ha informado con exactitud.

—¿Y cómo pudiste soportar esto? —me preguntó ella.

—Quería provocar al barón a un duelo —repuse con actitud modesta y tranquila—, pero el general se ha opuesto.

—¿Por qué? —preguntó la abuela—. Tú, amigo mío, vete. Ya vendrás cuando te llame—dijo al *maître*—. No puedo soportar a este pelma nuremburgués.

El otro saludó y salió sin comprender, naturalmente, el cumplido de la abuela.

—Permítame, tía, ¿acaso es posible el duelo? —preguntó el general con una risita.

—¿Por qué no? Todos los hombres son gallos. Se habrían batido y nada más. Pero vosotros sois gallinas mojadas y, naturalmente, eres incapaz de defender el honor de tu país. Vamos, llévame, Potapytch. Da órdenes para que siempre haya dos porteadores a mi disposición. Contrátalos y fija las condiciones. Bastan dos. Solamente tendrán que llevarme por las escaleras. En terreno llano, harán rodar mi silla. Explícaselo. Y dales un adelanto. Se portarán mejor. Tú estarás siempre cerca de mí, y tú, Alexis Ivanovitch, muéstrame a ese barón del paseo. Quiero conocer, por lo menos de vista, a ese «von barón». Vamos, ¿dónde está la ruleta?

Le expliqué que las ruletas estaban instaladas en los salones del casino. A continuación vinieron las preguntas: «¿Hay muchas?», «¿Juega mucha gente?», «¿Juegan todo el día? », «¿Cómo funcionan?». Por último le respondí que lo mejor sería ver todo aquello con sus propios ojos y que era muy difícil describirlo así.

—Bueno, que me lleven inmediatamente allí. Ve tú delante, Iván Ivanovitch.

—¿Cómo, tía, sin tomarse un poco de descanso? —preguntó el general con solicitud.

Parecía un poco agitado. Por otra parte, todos parecían un poco embarazados y se miraban de reojo. Probablemente les incomodaba e incluso les avergonzaba acompañar a la abuela al casino, donde sin duda cometería algunas excentricidades, y esta vez en público. Sin embargo, se propusieron acompañarla.

—¿Por qué he de descansar? No estoy cansada. Hace cinco días que estoy inmóvil. Luego nos iremos a ver las fuentes, las aguas termales. Y después..., esa..., ¿cómo dijiste que se llamaba, Prascovia? Esa *pointe*, ¿verdad?

—Sí, abuela

—Bien por la *pointe*. ¿Y qué cosas más hay?

—Muchas, abuela —dijo Paulina, apurada.

—Resulta que no sabes nada. Marta, ven tú también conmigo —dijo a la camarera.

—¿Por qué has de llevártela, tía? —preguntó, súbitamente inquieto, el general—. No es posible. No creo que dejen entrar siquiera a Potapycht en el casino.

—¡Tonterías! ¿La van a dejar fuera porque es una criada? Sin embargo, es una persona viva. Hace ocho días que estamos viajando juntas, y también ella tiene deseos de ver algo. ¿Con quién podría ir si no conmigo? Ni siquiera se atreve a dar sola un paso por la calle.

—Pero, abuela...

—¿Acaso te da vergüenza ir conmigo? Pues quédate en casa, que nadie te reclama. ¡Un general, qué cosa! También yo soy generala. Además, tampoco tengo necesidad de arrastrar tras de mí a toda esta procesión. Ya me arreglaré con Alexis Ivanovitch.

Pero Des Grieux insistió para que todos formasen parte de la expedición y se extendió en frases amables sobre el placer de acompañarla, etc. Todos se pusieron en marcha.

—*Elle est tombée en enfance* —repitió Des Grieux al general—. No hará sino tonterías.

No pude oír más, pero era evidente que lo guiaba alguna intención, y hasta es posible que se hiciera ilusiones.

Había unos quinientos metros hasta el casino. Tomamos la alameda de los castaños hacia el *square*, donde dimos la vuelta, y entramos directamente en el casino. El general estaba un poco más tranquilo, porque nuestro cortejo, aunque muy excéntrico, no carecía de dignidad. Y no había nada de sorprendente en el hecho de que una persona enferma y débil, privada del uso de sus piernas, visitara el balneario. Pero, evidentemente, el general le tenía miedo al casino. ¿Por qué una inválida, y vieja por añadidura, iba a la ruleta? Paulina y mademoiselle Blanche caminaban una a cada lado del sillón rodante. Mademoiselle Blanche reía, mostrando una discreta alegría, y de vez en cuando cambiaba palabras triviales con la abuela, de tal manera que ésta acabó llenándola de cumplidos. Por otra parte, Paulina se veía obligada a responder a las innumerables e incesantes preguntas de la anciana, preguntas como éstas: «¿Quién es ése?», «¿Quién es esa mujer del coche?», «¿Es muy grande la ciudad?», «¿Es grande el jardín», «¿Qué árboles son ésos?», ¿Cómo se llaman esas montañas?», «¿Hay águilas aquí?» «¡Qué tejado tan ridículo!». Míster Astley, que iba a mi lado, me dijo que esperaba mucho de aquella mañana.

Potapycht y Marta seguían detrás, pegados al sillón: Potapycht, de frac y corbata blanca, pero con gorra, y Marta, una mujer de unos cuarenta años, de rojas mejillas, cuyos cabellos encanecían ya, con cofia, traje de paño y crujientes zapatos de piel de cabritilla. A menudo, la abuela se volvía a ellos para dirigirles la palabra. Des Grieux y el general se habían quedado un poco rezagados y charlaban animadamente. El general estaba muy abatido. Des Grieux hablaba con aire resuelto. Quizás intentaba levantar los ánimos de su compañero. Era evidente que le daba consejos. Pero la abuela había pronunciado ya la frase fatal: «No te daré dinero.» Es posible que esta noticia le pareciera inverosímil a Des Grieux, pero el general conocía a su tía. Yo había observado que Des Grieux y mademoiselle Blanche continuaban cambiando guiños de ojos. Vi al príncipe y al alemán al final de la alameda: nos habían dejado tomar la delantera y partieron en otra dirección.

En el casino hicimos una entrada triunfal. El suizo y los criados nos testimoniaron la misma solicitud que la servidumbre del hotel. Sin embargo, nos miraban con curiosidad. La abuela ordenó que primero se le diera una vuelta por todas las salas. Cuantos más cumplidos se le hacían, más indiferente se mostraba, pero se informaba de todo. Por último llegamos a los salones de juego. El criado apostado como centinela ante la puerta cerrada la abrió inmediatamente de par en par como desconcertado por la sorpresa.

La aparición de la abuela en el salón de la ruleta causó una profunda impresión en el público. En torno a las mesas de la ruleta y en otra que había al final del salón donde se jugaba al *trente et quarante* se apretujaban unos ciento cincuenta o doscientos jugadores, alineados en varias filas. Los que habían conseguido deslizarse hasta las mesas, consenvaban firmemente sus posiciones, según la costumbre, y no cedían su sitio antes de haber perdido todo su dinero, porque no está permitido quedarse allí como simple espectador y ocupar gratuitamente el lugar de un jugador. Aunque había muchas sillas colocadas en torno a la mesa, poca gente se sentaba en ellas, sobre todo cuando la multitud era compacta, porque permaneciendo de pie se ocupa menos sitio y se está más cómodo para efectuar las posturas. Las personas de la segunda y tercera filas apretujábanse tras las de la primera, esperando su turno. Pero a veces, en su impaciencia, deslizaban la mano entre los jugadores para colocar sus posturas. También desde la tercera fila se las componían de la misma manera para colocar posturas sobre el tapete verde. Así, cada diez o incluso cada cinco minutos surgía una discusión en uno de los extremos de la mesa. Por lo demás, la policía del casino era bastante buena. Evidentemente, no podían evitar la aglomeración. Al contrario, estaban contentos cuando

había mucha afluencia de público, porque con ello salían ganando. Pero ocho *croupiers,* sentados en torno de la mesa, vigilaban con atención las posturas. Eran ellos los que pagaban, y cuando surgía alguna discusión la cortaban en seguida. En casos extremos se recurría a la policía, y la cuestión se solucionaba inmediatamente. Los agentes estaban en la sala vestidos de paisano, mezclados entre los espectadores, de manera que no se los podía reconocer. Vigilaban sobre todo a los ladronzuelos y a los profesionales, que son muy numerosos en la ruleta, el ejercicio de cuya industria les es particularmente fácil. En efecto, en todas partes hay que robar metiendo la mano en los bolsillos o fracturando las cerraduras, y, en caso de fracasar, cae sobre uno un montón de molestias. Mientras que aquí basta simplemente acercarse a la ruleta, comenzar a jugar y, de pronto, ostensiblemente, en las narices de todos, meter mano a la ganancia de otro y embolsársela tranquilamente. En caso de altercado, el ladrón proclama en voz alta e inteligible que la postura era suya. Si el golpe se ejecuta con habilidad y los testigos vacilan, el ladrón, con frecuencia, suele conservar el dinero, cuando la cantidad, naturalmente, es poco importante; de otro modo, habría sido observado por los *croupiers* o por otro jugador. Si la cantidad no es muy elevada, el verdadero propietario renuncia a veces a continuar la disputa y se retira, temeroso de un escándalo. Pero si se consigue desenmascarar al ladrón, se le expulsa inmediatamente sin miramientos.

La abuela contemplaba todo esto desde lejos, con una curiosidad ávida. Estaba encantada cuando expulsaron a un ladrón. El *trente et quarante* picó poco su curiosidad. Era la ruleta lo que le gustaba, sobre todo cuando la bolita giraba. Por último, quiso ver el juego más de cerca. No sé cómo lo hizo, pero los criados y algunos individuos solícitos (casi siempre polacos arruinados en el juego, que imponen sus servicios a los jugadores afortunados y a todos los extranjeros) le hicieron sitio en seguida cerca del centro de la mesa, al lado del *croupier* principal, y arrastraron hasta allí su sillón. Una gran cantidad de visitantes, que no jugaban sino miraban (principalmente ingleses con sus familias), acudieron inmediatamente hacia la mesa a contemplar a la abuela por encima de los hombros de los jugadores. Los *croupiers* concibieron esperanzas: una jugadora tan excéntrica prometía, efectivamente, algo extraordinario. Una mujer de setenta años, inválida, que deseaba jugar... Era un hecho poco común. Me deslicé hasta la mesa y me instalé al lado de la abuela. Potapytch y Marta se quedaron aparte, entre la multitud. El general, Paulina, Des Grieux y mademoiselle Blanche se unieron también a los espectadores.

Al principio, la abuela miró a los jugadores que la rodeaban. A media voz me hizo rápidas preguntas: «¿Quién es ése? », «¿Quién es ésa?» Le interesó

sobre todo un hombre joven sentado al extremo de la mesa y que jugaba fuerte, haciendo posturas de millares de francos, y ya había ganado, según murmuraban los vecinos, unos cuarenta mil francos, que tenía ante él en un montón de monedas de oro y billetes de banco. Estaba pálido. Sus ojos brillaban y temblaban sus manos. Jugaba sin contar el dinero y lo recogía a puñados, y, no obstante, no dejaba de ganar y el oro se amontonaba ante él. Los criados se desvivían en torno suyo; le llevaron una butaca y despejaron el lugar en torno a él, para que la multitud no le molestara, todo esto con vistas a una espléndida recompensa. Algunos jugadores afortunados la dan a veces sin contarla, sacando a manos llenas el dinero del bolsillo. Al lado del joven se había instalado ya un polaco que, con actitud respetuosa, le hablaba constantemente al oído, sin duda para aconsejarle y dirigir su juego y, naturalmente, esperando una remuneración. Pero el jugador apenas le prestaba atención, apostaba a la buena de Dios y continuaba amontonando dinero. Manifiestamente había perdido la cabeza.

La abuela lo observó durante algunos minutos.

—Dile —dijo de pronto, dándome con el codo—, dile que abandone ya, que recoja su dinero y se largue. Lo va a perder, lo va a perder todo en seguida —añadió inquieta y casi jadeante de emoción—. ¿Dónde está Potapytch? ¡Que le manden a Potapytch! Díselo, díselo—repetía, dándome codazos—. Pero ¿dónde está Potapytch? *Sortez! Sortez!* —comenzó a gritar al joven.

Me incliné sobre ella y le dije en voz baja y con energía que no estaba permitido gritar así en aquel lugar, que incluso estaba prohibido hablar como no fuera en voz baja, porque esto molestaba a los que calculaban y haría que nos echaran de allí.

—¡Qué lástima! ¡Ese hombre está perdido! Pero él lo quiere... No puedo mirarlo, porque me da pena. ¡Qué estúpido!

Y la abuela se volvió a mirar a otra parte.

Allí, a la izquierda, veíase entre los jugadores a una joven dama acompañada de una especie de enano. Ignoro quién era este enano: ¿sería acaso un pariente de ella o lo había llevado por causar sensación? Ya había observado a esta joven. Todos los días iba al casino a la una de la tarde y se iba a las dos horas justas. Cada día jugaba durante una hora. La conocían y le acercaron una butaca. Sacó del bolsillo algunas monedas de oro y algunos billetes de mil francos, y los colocó tranquilamente, con frialdad, apuntando los números sobre una hoja de papel y esforzándose en descubrir el sistema según el cual se concentrarían las posibilidades en un momento dado. Jugaba grandes cantidades. Ganaba cada día mil, dos mil y a veces tres mil francos, nunca más,

y, en cuanto los había ganado, se retiraba. La abuela la observó largo rato.

—Ésa no perderá. ¡Ésa no perderá! ¿Sabes quién es?

—Probablemente una francesa —murmuré.

—¡Ah, se reconoce al pájaro en su vuelo! Se ve que tiene afiladas las garras. Explícame ahora lo que significa cada tirada y cómo hay que jugar.

Como pude le expliqué a la abuela el sentido de las numerosas combinaciones de posturas: el *rouge et noir*, *pair et impair*, *manque et passe*, y por último algunos matices en el sistema de los números. La anciana me escuchaba con atención, retenía lo que le decía, hacía nuevas preguntas y se informaba bien. Podía proporcionarle un ejemplo inmediato de cada sistema de posturas, de manera que la lección la retenía fácilmente. La abuela se mostró muy satisfecha.

—¿Y qué significa *zéro*? El *croupier* principal, el del pelo crespo, acaba de gritar *zéro*. ¿Por qué recoge todo lo que hay sobre la mesa? ¡Se ha quedado con todo el montón! ¿Qué significa esto?

—*Zéro*, abuela, es el beneficio de la banca. Si la bola cae en *zéro*, todo lo que hay sobre la mesa pertenece, sin distinción, a la banca. A decir verdad, puede salvarse la postura, pero la banca no paga nada.

—¿Cómo? ¿De manera que no me dan nada?

—No, pero si usted ha puesto antes al *zéro* y sale este número, le pagan treinta y cinco veces lo que haya apostado.

—¡Cómo, treinta y cinco veces! ¿Sale a menudo? ¿Por qué esos imbéciles no ponen?

—Porque tienen en contra treinta y seis posibilidades.

—¡Qué absurdo! ¡Potapytch! ¡Potapytch! Espera, yo llevo dinero. ¡Aquí está! —Sacó de su bolsillo un hinchado monedero y tomó de él un federico—. Toma, pon esto en seguida al *zéro*.

—Abuela, acaba de salir el *zéro* — le dije—, y ya tardará en salir. Arriesga usted demasiado. Espere un poco.

—¡No digas tonterías! Pon esto.

—Permítame; no saldrá antes de la noche, ni aun cuando apueste usted mil veces. Está visto.

—¡Tonterías, tonterías! El que tiene miedo al lobo no va al bosque. ¿Qué? ¿Perdiste? Vuelve a poner.

Perdimos también el segundo federico. Pusimos el tercero. La abuela apenas podía estar quieta en su sitio. Seguia con ojos brillantes la bola que saltaba entre los huecos del platillo giratorio. Perdimos el tercer federico. La abuela estaba fuera de sí. No podía estar tranquila y golpeaba la mesa con el puño, cuando el *croupier* anunció *trente-six* en lugar de *zéro*.

—¡Vaya! —dijo, molesta, la abuela—. ¿Saldrá de una vez este maldito *zéro*? Que me ahorquen si no me quedo hasta que ese *zéro* salga. La culpa la tiene ese maldito *croupier* de pelo rizado. Con él nunca sale. Alexis Ivanovitch, pon dos monedas a la vez. Pones tan poco que si sale el *zéro* no ganarás nada.

—¡Abuela!

—Pon, pon. No es tu dinero.

Puse dos federicos. La bola rodó largo rato sobre el platillo, y por último se poso a saltar sobre las casillas. La abuela se estremeció y me apretó el brazo, y de pronto...

—*Zéro*! —exclamó el *croupier*.

—¡Lo ves, lo ves! —dijo la abuela volviéndose vivamente hacia mí—. !Yo te lo había dicho, ya te lo había dicho! El propio Señor me ha sugerido que colocara las dos monedas de oro ¿Cuánto me van a dar ahora? ¿Por qué no pagan? Potapytch, Marta... ¿Dónde se han metido? Y los nuestros, ¿dónde están? ¡Potapytch, Potapytch!

—Luego, abuela—murmuré—. Potapytch está a la puerta y no le dejarán entrar. Mire, abuela, le pagan. Cójalo.

Entregaron a la abuela un pesado cartucho con cincuenta federicos, sellados en un papel azul oscuro, y le entregaron otros veinte federicos sin envolver. Con la raqueta acerqué todo esto a la abuela.

—*Faites le jeu, Messieurs! Faites le jeu, Messieurs! Rien ne va plus!* —dijo el *croupier* invitando a jugar y disponiéndose a lanzar la bolita.

—Señor, nos hemos retrasado. Van a empezar enseguida. Pon, pon —dijo la abuela, agitada—. Pronto, no pierdas tiempo —añadió, fuera de sí, dándome violentos codazos.

—Pero ¿dónde, abuela?

—¡Al *zéro*! ¡Al *zéro*! ¡Otra vez al *zéro*! Pon lo más que puedas. ¿Cuánto tenemos? ¿Setenta federicos? No vayamos con remilgos y pon veinte de golpe.

—Abuela, sea razonable. A veces está doscientas veces sin salir. Le digo que va a perder todo su dinero.

—¡Tonterías, tonterías! ¡Ponlo en seguida! Sé lo que hago —dijo la abuela, que temblaba de nerviosismo.

—El reglamento prohíbe poner más de doce federicos al *zéro*. Ya los he puesto.

—¿Cómo? ¿De veras? *Mousié! Mousié!* —dijo dando un codazo al *croupier* sentado a su izquierda y que se disponía a lanzar la bolita—. *Combien zéro? Douze? Douze?*

Me apresuré a explicar la pregunta en francés.

—*Oui, Madame*—respondió cortésmente el *croupier*—, del mismo modo que ninguna postura individual debe pasar de los cuatro mil florines. Es el reglamento —añadió como aclaración.

—Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Pon los doce.

—*Le jeu est fait!*—exclamó el *croupier*.

Giró la rueda y salió el trece. Habíamos perdido.

—¡Más! ¡Más! ¡Sigue poniendo! —decía la abuela.

Esta vez no le opuse ninguna resistencia y, encogiéndome de hombros, aposté otros doce federicos. La rueda giró largo rato. La abuela temblaba siguiéndola con los ojos.

«¿Cree realmente que va a volver a ganar el *zéro*?», me dije mirándola con asombro.

En su rostro brillaba la convicción absoluta de ganar, la firme esperanza de volver a oír gritar el *zéro*. La bola saltó en una casilla.

—*Zéro*! —gritó el *croupier*.

—¿Qué te parece?—dijo la abuela volviéndose a mí con aire triunfante y agresivo.

Yo era jugador; lo sentí en aquel preciso momento. Mis brazos y mis piernas temblaban, y me palpitaban las sienes. Evidentemente, era extraño que en diez tiradas hubiese salido el *zéro* tres veces. Pero no había nada particularmente sorprendente. Yo mismo, la víspera, había visto salir el *zéro* TRES VECES SEGUIDAS, y en aquella ocasión, uno de los jugadores, que había anotado cuidadosamente las tiradas en una hoja de papel, observó en alta voz que el día anterior, sin ir más lejos, el *zéro* no había salido más que una vez en veinticuatro horas.

Entregaron el dinero a la abuela con la deferencia y atención particulares debidas a la persona que ha ganado fuerte. Recibió exactamente cuatrocientos veinte federicos, o sea cuatro mil florines y veinte federicos. Le dieron los veinte federicos en monedas de oro y los cuatro mil florines en billetes de banco.

Pero esta vez la abuela no llamó a Potapytch: tenía otra cosa metida en la cabeza. Ni siquiera se rebullía ni temblaba exteriormente. Pero, si puedo expresarme así, interiormente estaba temblando. Toda su atención se había concentrado en un punto, como si tuviese una intención determinada.

—Alexis Ivanovitch, ¿dijo que no se podían apostar más de cuatro mil florines a la vez? Toma, pon estos cuatro mil florines al rojo —decidió.

Era inútil tratar de disuadirla. El platillo comenzó a girar.

—*Rouge!*—exclamó el *croupier*.

De nuevo cuatro mil florines, o sea un total de ocho mil.

—Deja cuatro mil aquí y coloca el resto al rojo —me ordenó la abuela.

Una vez más arriesgué cuatro mil florines.

—*Rouge!*—anunció de nuevo el *croupier*.

—En total, doce mil. Dámelo todo. ¡Ya basta! Vámonos. Empuja el sillón.

Condujeron el sillón hacia la puerta, al otro extremo de la sala. La abuela estaba radiante. Todos los nuestros corrieron al punto hacia ella para felicitarla. Por excéntrica que hubiera sido la conducta de la anciana, su triunfo compensaba muchas cosas, y el general ya no temía que le comprometiera en público su parentesco con una mujer tan original. Felicitó a la abuela con una sonrisa condescendiente y una jovialidad familiar, como se hace con un niño. Por otra parte, estaba visiblemente impresionado, como todos los demás espectadores. Se comentaba lo ocurrido y todos señalaban a la abuela. Muchos pasaban por su lado para verla más de cerca. Míster Astley, un poco apartado, hablaba de ella a dos ingleses amigos suyos. Algunas damas imponentes la contemplaban con un asómbro majestuoso, como un fenómeno. Des Grieux se deshacía en felicitaciones y sonrisas.

—*Quelle victoire!*—dijo.

—*Mais, Madame, c'était du feu!*—añadió mademoiselle Blanche con una pícara sonrisa.

—Sí, he ganado por las buenas doce mil florines. ¿Qué dije doce mil? Hay que contar además las monedas de oro. Esto ya son casi trece mil. ¿Cuánto suma en rublos? ¿Seis mil?

Le concreté que sumaba más de siete mil y que tal vez llegaría a ocho mil al cambio actual.

—¡Qué broma, ocho mil rublos! Pero ¿qué hacéis ahí como pasmarotes? Potapytch, Marta, ¿lo visteis?

—Pero ¿qué ha hecho usted, señora? ¡Ocho mil rublos! —exclamaba Marta, obsequiosa.

—Tomad, aquí tenéis cinco monedas de oro cada uno.

Potapytch y Marta se precipitaron a besarle las manos.

—Y dad también un federico a cada porteador. Dales una moneda a cada uno, Alexis Ivanovitch. ¿Qué quiere decir ese criado con sus reverencias, y ese otro? ¿Lo hacen para felicitarme? Dales también un federico.

—*Madame la princesse... un pauvre expatrié... malheur continuel... les princes russes sont si généreux...* —clamó junto al sillón un individuo de redingote raído, chaleco multicolor, que llevaba bigote y que se había quitado el sombrero con una sonrisa servil.

—Dale también un federico. No, dale dos. Bueno, ya basta, porque, si no, no acabaremos nunca. Vamos, llevadme. Prascovia —dijo a Paulina Alexan-

drovna—, mañana te compraré un traje, y a la señorita..., ¿cómo se llama? Mademoiselle Blanche, ¿verdad? También le daré para que se compre un vestido. Traduce esto, Prascovia.

—Merci, Madame —dijo mademoiselle Blanche haciendo una reverencia y con una sonrisa irónica en dirección a Des Grieux y al general.

Éste se sentía un poco molesto y experimentó un gran alivio cuando llegamos a la avenida.

—¿Y Fedosia, Fedosia? Se negará a creerlo —dijo la abuela acordándose de la nodriza de los niños—. También hay que darle algo para que se haga un traje. ¡Eh, Alexis Ivanovitch, dele algo a ese mendigo!

Por el camino pasaba un vagabundo con la espalda encorvaba, que se nos quedó mirando.

—¡Dale, dale! ¡Dale un florín!

Me acerqué y le ofrecí la moneda. Me miró con asombro, pero cogió el dinero sin decir nada. Olía a vino.

—¿Y tú, Alexis Ivanovitch? ¿No has tentado todavía la suerte?

—Todavía no, abuela.

—Vi que tus ojos brillaban.

—Lo intentaré sin duda alguna, abuela, pero más tarde.

—¡Apuesta sin vacilar al cero! ¡Ya lo verás! ¿Cuánto dinero tienes?

—Veinte federicos, abuela.

—No es mucho. Si quieres, te prestaré cincuenta federicos. Toma este paquete... En cuanto a ti, querido, no te hagas ilusiones, ¡no te daré nada! —le espetó al general.

Éste pareció trastornado, pero se calló. Des Grieux frunció el ceño.

—*Que diable, c'est une terrible vieille!*—murmuró al general entre dientes.

—Un mendigo, un mendigo, otro mendigo más —exclamó la abuela—. Alexis Ivanovitch, da también un florin a ese hombre.

Esta vez venía a nuestro encuentro un anciano de cabellos blancos, con una pata de palo, vestido con una especie de larga capa azul oscuro y con un enorme bastón en la mano. Parecía un viejo soldado. Pero cuando le ofrecí el florín, dio un paso atrás y me miró con aire amenazador.

—*Was ist's, der Teufel* [18] —exclamó, añadiendo a esta exclamación una docena de injurias.

—¡Qué imbécil! —dijo la abuela, haciendo con la mano un ademán desdeñoso—. Sacadme de aquí. Me estoy muriendo de hambre. Voy a comer en seguida; luego descansaré un poco y volveré abajo.

—¿Quiere usted volver a jugar, abuela? —pregunté.

—¿Qué te suponías? Porque tú estás ahí aburriéndote, ¿he de aburrirme yo también?

—*Mais, Madame!* —dijo Des Grieux, acercándose—. *Les chances peuvent tourner; une seule mauvaise chance, et vous perdrez tout, surtout avec votre jeu... c'était terrible!*

—*Vous perdrez absolument* —susurró mademoiselle Blanche.

—Y a vosotros, ¿qué os importa? Lo que voy a perder no es vuestro dinero, sino el mío. Pero ¿dónde está míster Astley? —me preguntó.

—Se ha quedado en el casino, abuela.

—Lástima; es realmente un buen muchacho.

De regreso a casa, la abuela, al cruzarse con el *maître d'hôtel* en la escalera, lo llamó y alardeó de su triunfo. Luego llamó a Fedosia, le dio tres federicos y le ordenó que le sirviese la comida. Durante ésta, Fedosia y Marta se deshicieron en exclamaciones.

—La miraba a usted, querida —charloteaba Marta—, y le dije a Potapytch: «¿Qué quiere hacer nuestra señora?» ¡Y cuánto dinero sobre la mesa, santo cielo! ¡En mi vida había visto tanto! Y alrededor, señores, solamente señores. Y entonces voy y pregunto: «¿De dónde vienen todos estos señores, Potapytch?» Y pienso: «¡Que la Virgen santísima la ayude!» Rogaba por usted, señora, y mi corazón se negaba a latir, se detenía y yo temblaba como una hoja. «Señor, ayúdala», decía para mí. Y el Señor la ha ayudado. Todavía estoy temblando, querida, todavía estoy temblando.

—Alexis Ivanovitch, prepárate para después de comer. Hacia las cuatro volveremos allá. Ahora, adiós, y no olvides mandarme a uno de esos medicuchos. Además, también he de tomar las aguas. Podrías olvidarlo.

Aturdido, dejé a la abuela. Trataba de imaginarme qué iba a ser ahora de todos nosotros y qué cariz tomarían las cosas. Veía claramente que todavía ellos no se habían repuesto de la primera sorpresa (sobre todo el general). La aparición de la abuela, en lugar del telegrama esperado cada hora anunciando su muerte (y, en consecuencia, la apertura del testamento), había reducido de tal manera a la nada todo el sistema de proyectos y decisiones, que, con verdadera perplejidad y una especie de estupor, seguían las ulteriores hazañas de la anciana en la ruleta. Y, sin embargo, este segundo hecho era más importante que el primero, porque, aunque la abuela hubiese declarado en dos ocasiones que no daría dinero al general, ¡quién sabe!, no había por qué perder toda la esperanza. Des Grieux, mezclado en todas las cosas del

18 *Was ist's, der Teufel?*: en alemán, «¿qué diablos es esto?».

general, no renunciaba, evidentemente. Yo estaba convencido de que mademoiselle Blanche, muy interesada también (no había para menos: generala y una buena herencia), no se desanimaba y emplearía todas las seducciones de su coquetería para influir sobre la abuela, contrariamente a la orgullosa Paulina, que no sabía ni ceder ni tratar de complacer. Pero ahora, ahora que la abuela había realizado semejantes hazañas en la ruleta, ahora que su personalidad se había afirmado ante ellos con semejante nitidez (una anciana terca, autoritaria y *tombée en enfance*), ahora, quizá, todo estaba perdido, porque ella era feliz como una colegiala en libertad y fatalmente iba a dejarse desplumar en el juego.

«Señor —pensé con maligna alegría, Dios me perdone—, Señor, seguramente cada federico de oro jugado por la abuela hería el corazón del general, encolerizaba a Des Grieux y enfurecía a la señorita de Cominges, a quien ya le habían puesto la miel en la boca.»

Incluso debía sucederles lo mismo cuando, con la alegría de haber ganado, la abuela distribuía el dinero a todo el mundo y tomaba a cada transeúnte por un mendigo, pero aun entonces no pudo evitar decir al general: «Pero a ti no te daré nada.» Esto daba a entender que se había emperrado en esta idea y se mantenía en ella y se había hecho esa promesa. Era peligroso, ¡muy peligroso!

Todas estas reflexiones se agitaban en mi cabeza mientras subía desde la habitación de la abuela, por la gran escalera, hasta mi pequeña habitación del último piso. Todo esto me interesaba prodigiosamente. Aunque hubiese podido de antemano adivinar los más sólidos hilos que ligaban a los actores bajo mis ojos, ignoraba los resortes y secretos de este juego. Paulina jamás me había demostrado una completa confianza. Bien es verdad que a veces, y como a pesar suyo, me había abierto su corazón, pero yo había observado que a menudo e incluso casi siempre, después de estas confidencias, o bien ridiculizaba todo lo que me había dicho o bien lo embrollaba todo y presentaba las cosas a su capricho con una falsa apariencia. ¡Oh, me ocultaba muchas cosas! En todo caso, presentía que se acercaba el final de aquella situación misteriosa y tirante. Un golpe más, y todo quedaría terminado y desenmascarado. En cuanto a mi destino, igualmente interesado en todo esto, apenas me preocupaba.

Extraño estado de ánimo el mío: no tengo en el bolsillo más que veinte federicos, estoy lejos de mi país, sin colocación, sin medios de vida, sin esperanzas, sin proyectos, y... me tiene sin cuidado. Si no fuese por la idea de Paulina, me entregaría simplemente al interés cómico del próximo desenlace y me reiría a mandíbula batiente. Pero Paulina me preocupa. Me doy cuenta

de que su suerte va a decidirse. Sin embargo, confieso que no es esto lo que me preocupa. Quisiera penetrar en sus secretos. Quisiera que viniese a mí y me dijera: «Sabes que te amo», y, si no, si esta locura es irrealizable, entonces... ¿qué desear? ¿Acaso yo mismo sé lo que deseo? Estoy como trastornado. Todo lo que quiero es estar cerca de ella, en su aureola, en su fulgor, para siempre, durante toda mi vida. ¡No sé nada más! ¿Acaso puedo alejarme de ella?

En el tercer piso, en el pasillo, experimenté como un choque. Me volví y a unos veinte pasos vi a Paulina que salía al corredor. Parecía mirarme, espiarme, y en seguida me hizo una señal para que me acercara.

—Paulina Alexandrovna...

—Más bajo —me recomendó.

—Figúrese —le dije en voz baja—que en este instante acabo de sentir como un golpe en el costado. ¡Me vuelvo y era usted! Como si de usted irradiara un fluido.

—Tome esta carta —me dijo Paulina con aire sombrío y preocupado, sin duda no habiendo oído lo que yo le había dicho— y entréguesela en seguida personalmente a míster Astley. Pronto, por favor, se lo ruego. No tiene contestación. Él...

No concluyó.

—¿A míster Astley? —repetí, asombrado.

Pero Paulina ya había desaparecido.

Bueno, bueno, ¿de manera que se cartean? Naturalmente, corrí en seguida en busca de míster Astley, primero a su hotel, donde no estaba; luego al casino, donde recorrí todas las salas, y, por último, volví a casa despechado, casi desesperado, cuando lo encontré por casualidad, mezclado en una cabalgata de ingleses e inglesas. Le hice una señal, se detuvo y le entregué la carta. Ni siquiera tuvimos tiempo de cambiar una mirada. Pero sospecho que con toda intención míster Astley espoleó a su caballo.

¿Me atormentaban los celos? Estaba completamente abatido. Ni siquiera deseaba enterarme del sentido de aquella correspondencia. ¡De modo que él era su hombre de confianza! Su amigo, naturalmente. ¿Desde cuándo? Pero ¿esto es amor? «Evidentemente, no», me decía la razón. Pero la sola razón tiene poco peso en semejante circunstancia. En todo caso, tenía que poner esto en claro. La cosa se complicaba desagradablemente.

Apenas hube entrado en el hotel, el portero y el *maître d'hôtel* acudieron a mi encuentro y me anunciaron que preguntaban por mí y que me buscaban, que ya por tres veces habían ido a informarse de dónde me encontraba y que me rogaban que fuera lo antes posible a las habitaciones del

general. Yo estaba de malísimo humor. Encontré al general en su gabinete, en compañía de Des Grieux y de mademoiselle Blanche, sola, sin su madre. Esta madre era indudablemente postiza y se utilizaba sólo para cubrir las apariencias. Cuando se trataba de un verdadero negocio mademoiselle Blanche operaba sola. Dudo incluso que aquella mujer estuviese al corriente de los asuntos de su pretendida hija.

Los tres discutían con gran animación y la puerta del gabinete estaba cerrada con llave, lo que no sucedía nunca. Al acercarme, advertí las voces, el tono impertinente y sarcástico de Des Grieux, las vociferaciones sarcásticas y groseras de mademoiselle Blanche y el tono lloricón del general, que. visiblemente, trataba de justificarse. A mi entrada se serenaron y cambiaron de actitud. Des Grieux rectificó su peinado y adoptó una expresión sonriente: esa sonrisa francesa, cortés y oficial que tanto detesto. El general, abrumado, trastornado, se irguió, pero casi maquinalmente. Sólo mademoiselle Blanche apenas cambió su expresión de cólera y se calló, fijando en mí una mirada impaciente. Debo decir que hasta entonces me había tratado con un desdén increíble, no respondiendo ni siquiera a mis saludos, ignorándome simplemente.

—Alexis Ivanovitch —comenzó el general, con tono de afectuoso reproche—, permítame que le haga observar que es extraño, muy extraño... En resumen, que su comportamiento para conmigo y mi familia... En una palabra, es muy raro.

—Eh! *Ce n'est pas ça* —le interrumpió Des Grieux con una irritación despreciativa. Verdaderamente, intervenía en todo—. *Mon cher monsieur, notre cher général se trompe* adoptando ese tono —prosigo en ruso su conversación—; quiere decirle... Es decir, le pone en guardia, o mejor dicho le ruega muy encarecidamente que no le pierda, sí, que no le pierda. Empleo precisamente esta expresión...

—¿Cómo, cómo? —interrumpí.

—Permítame; usted se ha convertido en el guía, ¿cómo diría yo?, de esa anciana, *cette pauvre terrible vieille* —hasta Des Grieux se embrollaba—, pero va a perder, perderá hasta su último céntimo. Usted mismo ha visto de qué manera juega, ¡usted ha sido testigo! Si empieza a perder, no dejará la mesa de juego, por terquedad, por despecho, y se lo jugará todo, ¡todo! En estos casos nunca llega el desquite, y entonces..., entonces...

—Y entonces —apoyó el general—, entonces usted habrá perdido a toda la familia. Mi familia y yo somos sus herederos, no tiene parientes más cercanos. Se lo digo francamente: mis asuntos no van bien, nada bien. Ya está usted informado en parte... Si ella pierde una cantidad importante o incluso acaso toda su fortuna (¡Dios mío!), ¿qué será de mis hijos —el general miró de reojo a Des Grieux y de mí mismo?—miró a mademoiselle Blanche, que se volvió con desdén—. Alexis Ivanovitch, ¡sálvenos!

—Pero ¿cómo, general? Dígame cómo puedo... ¿Qué influencia tengo sobre ella?

—Niéguese, niéguese, ¡déjela!

—Entonces buscará a otro—exclamé.

—*Ce n'est pas ça, ce n'est pas ça , que diable!* — interrumpió de nuevo Des Grieux—. No, no la abandone, pero, al menos, exhórtela, aconséjela, apártela. En fin, no le deje perder demasiado. Distráigala de una manera o de otra.

—Pero ¿cómo puedo hacerlo? ¿Por qué no se encarga usted mismo, señor Des Grieux? —añadí con mi expresión más ingenua.

Observé entonces una mirada rápida, ardiente e interrogante de mademoiselle Blanche a Des Grieux. El rostro de éste adquirió, en el espacio de un segundo, una expresión singular, sincera, que no pudo disimular.

—No me aceptaría ahora, esto es lo malo —exclamó Des Grieux haciendo con la mano un ademán de impotencia—. Si... más tarde...

Des Grieux dirigió una mirada significativa a mademoiselle Blanche.

—*Oh, mon cher monsieur Alexis, soyez si bon*—dijo la propia mademoiselle Blanche acercándose a mí con una sonrisa encantadora.

Me cogió las manos y las estrechó en las suyas. ¡Diantre! Ese rostro diabólico sabía transformarse instantáneamente. En aquel momento adoptó un aire suplicante, gracioso, con una sonrisa infantil, incluso traviesa. Al final de la frase me hizo, a hurtadillas, un guiño picaresco. ¿Pretendía engatusarme en aquel momento? No le salió demasiado mal, pero el procedimiento era excesivamente grosero.

El general surgió (ésta es la palabra) detrás de ella.

—Alexis Ivanovitch, perdóneme que me haya expresado como lo hice hace un momento. No dije lo que quería decir... Le ruego, le suplico, me inclino hasta la cintura, a la rusa. Sólo usted, sólo usted puede salvarnos. La señorita de Cominges y yo se lo suplicamos. Lo comprende, lo comprende, ¿verdad? —imploró, indicándome con la mirada a mademoiselle Blanche.

Realmente infundía lástima.

En ese momento, alguien dio tres golpes respetuosos en la puerta. Abrieron. Era el camarero del piso. Tras él, a algunos pasos, estaba Potapytch. Habían sido enviados por la abuela. Les había ordenado que me buscaran y me llevasen inmediatamente a su presencia.

—Está incomodada —me notificó Potapytch.

—Pero si no son más que las tres y media...

—No ha podido dormir, no hace más que dar vueltas. De pronto se ha incorporado y me ha pedido el sillón y que viniera a buscarle. Está ya en la escalinata.

—*Quelle mégère!* [19] —exclamó Des Grieux.

En efecto, la abuela se encontraba en la escalinata, irritada a causa de mi ausencia. No había podido esperar hasta las cuatro.

—Vamos, llévenme—exclamó, y volvimos a la ruleta.

[19] *Mégère:* Megera, nombre propio de una de las tres Furias. Mujer furiosa o de muy mala índole.

La abuela estaba nerviosa, irritada. Era evidente que la obsesionaba la ruleta. No prestaba atención a nada más y estaba, por lo general, muy distraída. Por ejemplo, durante el camino no hizo preguntas como por la mañana. Al advertir un lujoso carruaje que pasó a toda velocidad ante nosotros hizo con la mano un ademán y me preguntó quién era el propietario, pero sin duda no oyó mi respuesta. Su ensoñación estaba constantemente interrumpida por bruscos movimientos de impaciencia y por salidas de tono. Cuando le mostré a lo lejos, al acercarme al casino, al barón y la baronesa Wurmerhelm, los miró con aire distraído, totalmente indiferente, y dijo.

—Ah!

Y volviéndose vivamente a Potapytch y Marta, que la seguían, les espetó:

—¿Por qué habéis de andar pegados a mí? ¡No os voy a llevar conmigo cada vez! ¡Volveos! Me basta contigo —añadió cuando los otros, después de haberla saludado apresuradamente, hubieron dado media vuelta.

En el casino esperaban ya a la abuela. Inmediatamente le cedieron el mismo sitio al lado del *croupier*. Tuve la impresión de que estos *croupiers*, siempre tan correctos, que tienen la apariencia de simples funcionarios a quienes más o menos les da lo mismo que la banca gane o pierda, no son en modo alguno indiferentes a la suerte de la banca. Sin duda tienen sus instrucciones en cuanto a atraer a los jugadores y velar por los intereses del fisco, lo que les vale primas y gratificaciones. Al menos miraban ya a la abuela como a una víctima.

En seguida sucedió lo que los nuestros habían previsto. He aquí cómo:

La abuela puso inmediatamente sus miras en el *zéro* y me ordenó que jugara diez federicos de una vez. Jugamos una vez, dos veces, tres veces..., y el *zéro* no salía.

—¡Continúa, continúa! —repetía la abuela, dándome con el codo, en su impaciencia.

Yo me limitaba a obedecer.

—¿Cuántas veces hemos jugado? —me preguntó por último, rechinando los dientes de desesperación.

—Doce veces, abuela. Hemos perdido ciento cuarenta y cuatro federicos. Le repito que quizás hasta esta noche...

—¡Cállate! —me interrumpió—. Pon en el *zéro* y mil florines más en el rojo. Toma, aquí tienes un billete.

Salió el rojo, pero falló el *zéro* también esta vez. Recogí mil florines.

—¿Lo ves, lo ves? —me dijo en voz baja la abuela—. Lo hemos recuperado casi todo. Vuelve a poner al *zéro*. Diez veces más y nos vamos.

Pero a la quinta vez la anciana tuvo suficiente.

—¡Manda al diablo a ese maldito *zéro*! Toma, pon cuatro mil florines al rojo—me ordenó.

—Abuela, es demasiado. ¿Y si no sale el rojo?—imploré, pero faltó poco para que me pegase. Además, sus codazos eran verdaderos golpes.

No había nada que hacer. Puse en el rojo los cuatro mil florines ganados por la mañana. Giró la ruleta. La abuela estaba tranquila y erguíase con aire altivo, segura de ganar.

—*Zéro!*—gritó el *croupier*.

La abuela no comprendió al principio, pero cuando vio que el *croupier* recogía sus cuatro mil florines con todo lo que había sobre la mesa y supo que el *zéro*, que había tardado tanto tiempo en salir y al cual habíamos jugado más de doscientos federicos, había salido, como expresamente, en el momento en que ella acababa de insultarlo y abandonarlo, lanzó una exclamación y golpeó ruidosamente una mano contra otra. A su alrededor se echaron a reír.

—¡Santo Dios! ¡Ahora sale este bestia! —chilló la abuela—. ¡Ah, miserable! ¡Tú tienes la culpa! ¡De todo esto tienes tú la culpa!—dijo lanzándose sobre mí y dándome golpes—. Tú eres quien me ha disuadido.

—Abuela, quisiera que fuese usted razonable. ¿Cómo puedo responder a todas las jugadas?

—¡Ya te daré yo jugadas! —gruñó con tono amenazador—. ¡Vete!

—Adiós, abuela —dije, y me volví como para irme.

—Alexis Ivanovitch, Alexis Ivanovitch, ¡quédate! ¿Dónde vas? ¡Vamos, vamos! ¡Ya se ha molestado! ¡Imbécil! Quédate, quédate un poco más; no te molestes; soy yo la tonta. Dime ahora lo que debo hacer.

—No quiero aconsejarla, abuela. Luego la toma usted conmigo. Juegue usted. Ordene, y yo pondré.

—Bueno, bueno. Vuelve a poner cuatro mil florines al rojo. Toma, aquí está mi cartera—la sacó del bolsillo y me la dio—. Hay veinte mil rublos.

—Abuela —balbucí—, una postura semejante...

—Que me ahorquen si no me desquito. Pon.

Apostamos y perdimos.

—¡Más, más! Pon ocho mil de una vez.

—Imposible, abuela. La postura más alta es de cuatro mil.

—¡Pon los cuatro mil!

Esta vez ganamos. La abuela se animó.

—¿Lo ves, lo ves? —dijo, dándome un codazo. ¡Vuelve a poner cuatro mil! Pusimos y perdimos; volvimos a poner y perdimos de nuevo.

—Abuela, los doce mil florines se han esfumado —le anuncié.

—Ya lo veo —me respondió con una especie de rabia impasible, si puede decirse así—. Ya lo veo, querido, lo veo perfectamente —murmuró con la mirada fija y pareciendo reflexionar—. Bueno, me dejaré la piel. ¡Tanto peor! Pon otros cuatro mil florines.

—Ya no tenemos dinero, abuela. En su cartera no hay más que obligaciones rusas al cinco por ciento y algunos títulos, pero no hay dinero.

—¿Y en mi bolsillo?

—Calderilla, abuela.

—¿Aquí hay caja de cambio? Me han dicho que se podían cambiar todos nuestros valores —me dijo la abuela con tono resuelto.

—¡Oh, tantas como quiera! Pero perderá usted con el cambio... Hasta un judío se estremecería.

—¡Bobadas! Quiero recuperar mi dinero. Llévame. Haz que llamen a los criados.

Empujé el sillón, vinieron a buscarnos los porteadores y abandonamos el casino.

—Más de prisa, más de prisa —ordenaba la abuela—. Muéstrame el camino, Alexis Ivanovitch, y ve al más próximo... ¿Está lejos?

—A dos pasos, abuela.

Pero al volver, dejando la *square* por la avenida, nos encontramos con toda nuestra gente: el general, Des Grieux, mademoiselle Blanche y su madre. Paulina Alexandrovna no estaba con ellos, ni tampoco míster Astley.

—¡Vamos, vamos! ¡No nos entretengamos! —gritaba la abuela—. ¿Qué queréis? ¡No tengo tiempo de ocuparme de vosotros!

Yo iba detrás y Des Grieux me alcanzó.

—Ha perdido todo lo que había ganado esta mañana, más doce mil florines. Vamos a cambiar obligaciones al cinco por ciento —le dije precipitadamente en voz baja.

Des Grieux dio una patada en el suelo y corrió a anunciar la noticia al general. Continuábamos empujando el sillón de la abuela.

—¡Deténgala! ¡Deténgala! —me murmuró el general furibundo.

—Inténtelo usted —le repuse.

—Tía —dijo el general acercándose—, querida tía.... nosotros... nosotros... —su voz temblaba y se quebró— vamos a alquilar unos caballos y a dar

una vuelta por el campo... Vistas maravillosas..., la *pointe*... Veníamos a invitarla.

—¡Que se vaya al diablo tu *pointe*! —dijo la abuela con ademán de impaciencia para rechazarlo.

—Allí hay un pueblo..., tomaremos el té... —continuó el general, esta vez sin ninguna esperanza.

—*Nous boirons du lait sur l'herbe fraîche*—añadió Des Grieux con un tono ferozmente hostil.

Du lait, le l'berbe fraiche es lo más idealmente idílico para un burgués de París. Éste es, como se sabe, todo su concepto de la *nature et de la vérité*.

—Me cisco en tu leche. Bébetela toda. A mí me sienta como un tiro. ¿Por qué insiste? ¡Le digo que no tengo tiempo que perder!

—¡Hemos llegado, abuela! —le dije—. Es aquí.

La empujamos hasta la casa donde se encontraba el despacho del banquero. Fui a cambiar. La abuela se quedó esperándome cerca de la entrada. Des Grieux, el general y mademoiselle Blanche manteníanse aparte sin saber qué hacer. La abuela los miró irritada, y tomaron el camino del casino.

Me ofrecieron un cambio tan desventajoso, que vacilé y salí a pedir instrucciones a la abuela.

—¡Ah, bandidos! —exclamó golpeándose las manos—. ¡Tanto peor, acepto! —me dijo con tono perentorio—. Espera, llama al banquero.

—Más bien un empleado, abuela.

—Ve por el empleado; me da igual. ¡Ah, los bandidos!

El empleado consintió en salir cuando supo que se trataba de una anciana condesa, débil e inválida. La abuela le hizo un largo discurso, reprochándole con cólera que fuese un avaro, y regateó. Hablaban en una mezcla de ruso, inglés y alemán, haciendo yo de intérprete. El empleado, con severo rostro, nos contemplaba a los dos e inclinaba la cabeza sin decir nada. Observaba incluso a la abuela con una curiosidad insistente que frisaba en la descortesía. Por último sonrió.

—Lárgate —exclamó la abuela—. ¡Que con mi dinero te ahorquen! Cámbialo, Alexis Ivanovitch, que no tenemos tiempo. Si no, vamos a otro.

—Dice que los otros dan todavía menos.

No recuerdo la tasación exacta de la operación, pero fue desastrosa. Obtuve doce mil florines en monedas de oro y billetes de banco, tomé la cuenta y se la llevé a la abuela.

—Bueno, bueno. Es inútil contar —dijo, moviendo los brazos—. ¡Pronto, pronto!

—Jamás apostaré a ese maldito *zéro* ni al rojo —murmuró cuando estábamos cerca del casino.

Esta vez traté con todas mis fuerzas de convencerla de que jugara lo menos posible, asegurándole que si la suerte cambiaba siempre estábamos a tiempo de jugar fuerte. Pero ella estaba muy impaciente, y aunque al principio estuvo de acuerdo con mis razones, no pude contenerla durante el juego. En cuanto comenzó a ganar diez, veinte federicos, empezó a darme codazos.

—¿Lo ves, lo ves? —decía—. Hemos ganado. Si hubiésemos puesto mil florines en lugar de diez, habríamos ganado cuatro mil, mientras que ahora... Tú tienes la culpa.

A pesar de que me disgustaba verla jugar, decidí por fin callarme y no darle más consejos.

De pronto apareció Des Grieux. Estaban los tres cerca de nosotros. Observé que mademoiselle Blanche se mantenía alejada en compañía de su madre, coqueteando con el principito. El general estaba visiblemente en desgracia, casi exiliado. Mademoiselle Blanche ni siquiera quería mirarlo, aunque él no dejaba de rondarla. ¡Pobre general! Palidecía, enrojecía, se estremecía y ni siquiera se fijaba en el juego de la abuela. Por último, mademoiselle Blanche y el principito se marcharon. El general corrió tras ellos.

—*Madame, Madame* —susurró Des Grieux con voz melosa a oídos de la abuela—. *Madame*, esas posturas no van bien... No, no, no es posible —dijo en mal ruso—, no.

—¿Cómo? Dígame lo que hay que hacer —dijo la abuela.

Des Grieux se puso a hablar de prisa en francés. Daba consejos, se agitaba, decía que había que esperar la suerte, y se ponía a hacer cálculos. La abuela no comprendía nada. Se volvió un instante a mí para que tradujese sus palabras. Con el dedo, el francés señalaba la mesa para explicarse. Por último, tomó un lápiz y escribió unas cifras en un papel. La abuela perdió la paciencia.

—Vamos, ¡vete, vete! Estás diciendo tonterías. «*Madame, Madame*!» Y no sabes ni lo que tienes entre manos. ¡Lárgate!

—*Mais, Madame*...—balbuceó Des Grieux, que reanudó sus demostraciones y explicaciones. Sentíase picado en lo vivo.

—Bueno, pon una vez como él dice —me ordenó la abuela—. Quizá salga bien.

Des Grieux solamente quería impedirle que jugara fuerte: le proponía hacer posturas a cifras separadamente y en serie. Siguiendo su consejo, puse un federico a una serie de números impares en los doce primeros, y cinco

federicos en un grupo de cifras de doce a dieciocho y de dieciocho a veinticuatro: en total arriesgamos dieciséis federicos. La ruleta comenzó a dar vueltas.

—*Zéro!*—gritó el *croupier*.

Lo habíamos perdido todo.

—¡Qué estúpido! —exclamó la abuela, volviéndose a Des Grieux—. ¡Maldito francés! ¡Y que este aborto me dé consejos! ¡Lárgate, lárgate! No entiende nada de nada y quiere meter la nariz en todo.

Horriblemente humillado, Des Grieux se encogió de hombros, lanzó a la abuela una mirada despreciativa y se retiró. Estaba avergonzado por haber intervenido, pero no había podido contenerse.

Al cabo de una hora, a pesar de desesperados esfuerzos, lo habíamos perdido todo.

—¡Marchémonos!—dijo la abuela.

No dijo ni una palabra hasta la avenida. En la avenida, cuando llegamos al hotel, comenzó a lanzar exclamaciones:

—¡Qué imbécil! ¡Qué estúpida! Vieja bestia, que eso es lo que eres, ¡una vieja bestia!

En cuanto estuvimos en sus habitaciones, dijo a gritos:

—¡Té! Y todo inmediatamente. ¡Nos vamos!

—¿Adónde quiere ir, señora? —se aventuró Marta a preguntar.

—¿Te importa algo? ¡Métete en tus asuntos! Potapytch, prepara las maletas. Volvemos a Moscú. ¡He perdido quince mil rublos!

—¿Quince mil rublos, señora? ¡Dios mío! —exclamó Potapytch enternecido, dando una palmada, creyendo sin duda complacer así a su ama.

—¡Vamos, vamos, imbécil! ¡Ahora le da por lloriquear! ¡Cállate! ¡Haz los preparativos! ¡Que me traigan la nota enseguida!

—El primer tren sale a las nueve y media, abuela —dije para calmar su furor.

—¿Y qué hora es ahora?

—Las siete y media.

—¡Qué fastidio! ¡Tanto peor! Alexis Ivanovitch, no tengo ni un céntimo. Mira, aquí hay todavía dos billetes Corre abajo a cambiarlos. Si no, ni siquiera tendré dinero para irme.

Salí. Cuando estuve de regreso, media hora después, encontré a nuestros amigos en la habitación de la abuela. Parecían más desconcertados aún por la partida definitiva de la abuela a Moscú que por sus pérdidas en el juego. Y, admitiendo que esta partida salvase su fortuna, ¿qué iba a ser del general? ¿Quién iba a pagar a Des Grieux? Mademoiselle Blanche no aguardaría la

muerte de la abuela y se entendería con el principito o con otro cualquiera. Estaban allí, ante ella, intentando consolarla y serenarla. Paulina continuaba ausente. La abuela los abrumaba con rudas invectivas.

—¡Largaos de mi vista, diantre! A vosotros ¿qué os importa? ¿Por qué se mete en mis cosas ese barba de chivo? —gritó a Des Grieux—. Y tú, cotorra, ¿qué quieres? —dijo a mademoiselle Blanche—. ¿Qué se te da de todo esto?

—*Diantre!*—murmuró mademoiselle Blanche, cuyos ojos lanzaron chispas de ira.

Pero de pronto se echó a reír y salió de la habitación.

—*Elle vivra cent ans!*—exclamó al cruzar el umbral, dirigiéndose al general.

—¡Ah! ¿De manera que contabas con mi muerte? —gritó la abuela al general—. ¡Lárgate! ¡Échalos a todos, Alexis Ivanovitch! ¿Qué os importa a todos? El dinero que he perdido es mío, no vuestro.

El general se encogió de hombros, encorvó la espalda y salió. Des Grieux lo siguió.

—Llama a Prascovia —ordenó la abuela a Marta.

Cinco minutos más tarde, Marta volvió con Paulina. Durante todo ese tiempo, Paulina se había quedado en su habitación con los niños, sin duda con la resuelta intención de no salir en toda la jornada. Parecía triste y preocupada.

—Prascovia —comenzó la abuela—, ¿es verdad todo lo que he sabido ahora indirectamente, que tu padrastro quiere casarse con esa veleta, esa francesa, una actriz o algo peor todavía? Dime, ¿es cierto?

—No sé nada seguro, abuela —repuso Paulina—, pero de las conversaciones de la senorita Blanche, que no considera necesario disimular, deduzco...

—¡Basta! —interrumpió la abuela con tono enérgico—. ¡Lo comprendo todo! Siempre he pensado que acabaría así y siempre lo he considerado como el hombre más memo y frívolo que he conocido. Se le ha subido a la cabeza su grado de general (que se le concedió cuando se retiró como coronel) y se da mucho tono. Pero lo sé todo, querida. Sé que enviabais telegramas y telegramas a Moscú. «¿La espichará pronto la vieja abuela?». Esto es lo queríais decir. Esperabais mi herencia. Sin ese dinero, esa criatura (¿cómo se llama? De Cominges, ¿verdad?) ni lo hubiera querido como lacayo, con sus dientes postizos. Se dice que ella tiene un montón de dinero, que presta a buen interés y que se ha forrado. No te acuso, Prascovia. No fuiste tú quien envió los telegramas, y no quiero volver sobre el pasado. Sé que tienes mal carácter...

¡Una avispa! Cuando picas levantas ampolla. Pero me das lástima porque quise mucho a tu difunta madre Catalina. Escucha: si quieres, deja todo esto y vente conmigo. No tienes ningún sitio donde ir y no es conveniente para ti quedarte ahora con ellos. ¡Espera! —gritó la abuela a Paulina, que iba a contestarle—, no he terminado. No te preguntaré nada. Ya conoces mi casa en Moscú: es un palacio. Si quieres, ocuparás todo un piso y te quedarás en él semanas enteras sin verme, si mi carácter te disgusta. Aceptas, ¿si o no?

—Permítame que le haga antes una pregunta: ¿va usted a irse inmediatamente?

—¿Es que tengo cara de estar bromeando, pequeña? He dicho que me iba, y me voy. He perdido hoy quince mil rublos en vuestra ruleta tres veces maldita. Hace cinco años hice la promesa de reconstruir en piedra la iglesia de madera de mi propiedad de los alrededores de Moscú, y, en lugar de eso, me he arruinado aquí en el juego. Ahora, querida, me voy a construir mi iglesia.

—¿Y las aguas, abuela? Usted había venido a tomar las aguas.

—¡Déjame en paz con tus aguas! No me enfurezcas, Prascovia. ¿O acaso lo haces drede? Vamos, ¿vienes o no?

—Le estoy muy, muy reconocida, abuela —comenzó Paulina con emoción—, por el refugio que usted me ofrece. Usted ha adivinado en parte mi situación. Le estoy tan reconocida que, créame, tal vez vaya a buscarla muy pronto. Pero por el momento tengo motivos... serios... y no puedo decidirme inmediatamente. Si usted se quedara, aunque fueran quince días...

—Entonces, ¿no quieres?

—No puedo. Además, no puedo dejar a mi hermano y a mi hermana, y como... es posible que se queden solos... Si usted me admite con los niños, abuela, si, iré a su casa, y créame que sabré merecérmelo —añadió con calor—. Pero sin los niños no puedo, abuela.

—Bueno, no lloriquees. —Paulina no pensaba ni remotamente en lloriquear, y, por otra parte, jamás vertía una lágrima—. También encontraremos sitio para los pequeños: el gallinero es muy grande. Además, ya es hora de que vayan al colegio. ¿De manera que no te vas ahora? ¡Ten cuidado, Prascovia! Yo querría tu bien, y sé por qué no vienes. Lo sé todo, Prascovia. No tienes nada bueno que esperar de ese maldito francés.

Paulina enrojeció. Yo me estremecí. ¡Lo sabían todos! ¡Yo era el único que lo ignoraba!

—Bueno, no te pongas así. No voy a insistir más. Pero ten cuidado, no te ocurra una desgracia... ya me entiendes. Eres una muchacha inteligente. Me daría mucha pena. Bueno, ya basta. No quiero veros más. Vete, adiós.

—La acompañaré, abuela —dijo Paulina.

—Es inútil. Me molestarías, y estoy hasta la coronilla de todos vosotros.

Paulina besó la mano de la abuela, pero ésta retiró la mano y besó a la joven en la mejilla.

Al pasar ante mí, Paulina me lanzó una rápida mirada e inmediatamente volvió la vista.

—Adiós también a tí, Alexis Ivanovitch. Solamente falta una hora para que salga el tren. Me imagino que estarás cansado de mí. Toma estos cincuenta federicos.

—Muchas gracias, abuela, pero no me atrevo...

—¡Bueno, bueno! —exclamó la abuela con un tono tan enérgico y amenazador que no me atreví a rechazar el dinero.

—Si te encuentras sin empleo en Moscú, ven a verme. Te daré recomendaciones. ¡Vámonos!

Volví a mi habitación y me tendí en la cama. Permanecí cosa de media hora tendido de espaldas, con las manos cruzadas bajo la nuca. Habíase producido la catástrofe y había que reflexionar. Decidí hablarle seriamente a Paulina al día siguiente. ¡Ese francés! ¿De modo que era verdad? Pero ¿era posible? ¡Paulina y Des Grieux! ¡Señor, qué pareja!

Todo esto era verdaderamente increíble. Me levanté bruscamente, fuera de mí, para ir en seguida a ver a míster Astley y hacerle hablar costara lo que costase. ¿Acaso también él sabría más que yo? Otro enigma más. Pero de pronto llamaron a mi puerta. Fui a abrir. Era Potapytch.

—Alexis Ivanovirch, señor, la señora quiere verle.

—¿Qué pasa? ¿No se ha ido? Dentro de veinte minutos sale el tren.

—Está agitada, señor. No puede estar quieta. «¡Pronto, pronto!» Es a usted a quien llama. ¡Por amor de Dios, no tarde!

Bajé en seguida. Ya habían sacado a la abuela al corredor. Tenía la cartera en la mano.

—Alexis Ivanovitch, toma la delantera. Vamos allá.

—¿Dónde, abuela?

—Recuperaré mi dinero, aunque me cueste la vida. Vamos, andando, sin preguntas. Se juega hasta medianoche, ¿verdad?

Me quedé petrificado. Reflexioné, pero inmediatamente tomé una decisión.

—Como quiera, Antonina Vasilievna, pero yo no iré.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Qué mosca os ha picado?

—Como quiera. Pero yo más tarde me haría reproches, y no quiero

hacérmelos. No quiero ser ni testigo ni participante. Dispénseme, Antonina Vasilievna. Aquí tiene sus cincuenta federicos. ¡Adiós!

Y dejando el cartucho de monedas de oro sobre un velador que había al lado de la butaca de la abuela, saludé y me fui.

—¡Qué estupidez! —me gritó la abuela—. Pero si tú no me acompañas, ya encontraré el camino yo sola. Potapytch, hazme compañía. ¡Vamos, llévame!

No encontré a míster Astley y volví al hotel. Más tarde, hacia la una de la madrugada, supe por Potapytch cómo había terminado la jornada de la abuela. Había perdido todo lo que yo le había cambiado, es decir, diez mil rublos más. El polaco a quien ella había dado dos federicos no la abandonó un instante y dirigió su juego hasta el final. Ella había recurrido primero a Potapytch, pero no tardó en prescindir de él. En ese momento surgió el polaco. Como hecho adrede, comprendía el ruso y chapurreaba bien que mal una mezcla de tres lenguas, de manera que podían llegar a entenderse. La abuela no dejó un instante de insultarlo sin piedad, aunque el otro se ponía «a los pies de la pani».[20]

—Ni punto de comparación con usted, Alexis Ivanovitch —decía Potapytch—. A usted ella le trataba COMO A UN SEÑOR, mientras que el otro (lo he visto con mis propios ojos, que Dios me confunda si miento) le robaba el dinero ante sus propias narices. Ella incluso lo sorprendió un par de veces y lo injurió, poniéndolo de vuelta y media. Hasta le tiró del pelo. Es la verdad, no miento. Esto hizo reír a todos. Lo perdió todo, señor: todo lo que ella tenía, todo lo que usted le había cambiado. Trajimos aquí a la señora. Pidió un vaso de agua, se santiguó y se metió en la cama. Sin duda estaba agotada, porque se quedó dormida en seguida. ¡Dios le dé buen sueño! ¡Oh, el extranjero! —concluyó Potapytch—. Yo había pronosticado ya que esto no traería nada bueno. Quisiera encontrarme en nuestro Moscú ¿Qué no tenemos allí, en casa? Un jardín, flores como las de aquí, aire, manzanos, espacio... No, había que ir al extranjero. ¡Oh, oh!

20 *La pani*: «la señora».

Hace casi un mes que no he tocado estas notas, comenzadas bajo la influencia de impresiones desordenadas pero violentas. La catástrofe cuya aproximación presentí ha sobrevenido, pero cien veces más brutal y repentinamente de lo que había pensado. Todo fue extraño, escandaloso e incluso trágico, al menos en lo que me concierne. Me han ocurrido muchas aventuras casi milagrosas. Por lo menos, así las considero todavía, aunque desde otro punto de vista, y sobre todo a juzgar por el torbellino que me arrastraba, fueron sencillamente excepcionales. Pero el milagro fue, para mí, la manera como me comporté en medio de estos acontecimientos. Todavía no me comprendo. Y todo esto ha pasado como un sueño, hasta mi pasión. Sin embargo, era fuerte y sincera, pero... ¿qué se ha hecho de ella ahora? Es cierto que a veces un pensamiento acude bruscamente a mi espíritu.

«¿No estaba loco entonces y no he pasado todo este tiempo en una casa de salud? Acaso esté en ella todavía, tal vez todo esto SEA Y SIGA SIENDO TODAVÍA UNA APARIENCIA.»

He reunido y releído mis notas, ¿acaso, ¡quién sabe!, para convencerme de que no las escribí en una casa de salud? Ahora estoy solo en el mundo. Ha llegado el otoño y amarillean las hojas. Estoy en este triste pueblo (¡oh, qué tristes pueden ser las aldeas alemanas!), y, en lugar de pensar en el porvenir, vivo bajo la influencia de sensaciones apenas desvanecidas, bajo la influencia de recientes recuerdos, de toda esa tempestad todavía próxima que durante un tiempo me ha arrastrado en sus torbellinos y me arrojó al fin fuera de ella. A veces tengo la impresión de que todavía estoy en medio de ese torbellino, que la tempestad va a desencadenarse, que va a arrebatarme a su paso bajo sus alas y que, perdiendo el equilibrio y el sentido de la medida, voy a ponerme a girar, girar, girar...

Por otra parte, quizá vaya a detenerme y dejar de dar vueltas si hago la recapitulación, lo más exactamente posible, de todo lo que ha sucedido en ese mes. De nuevo siento el deseo de tomar la pluma, y a veces no tengo absolutamente nada que hacer por la tarde. ¡Cosa extraña! Para tener algo en que ocuparme tomo del mediocre salón de lectura de aquí las novelas de Paul de Kock [21] (traducidas al alemán), que no puedo sufrir. Pero las leo y me

21 En algunas de las primeras obras de Dostoievski, anteriores a su prisión en Siberia, se acusa marcadamente la influencia de Paul de Kock.

sorprendo yo mismo: diríase que temo que con una lectura o una ocupación seria se pueda romper el encantamiento que acaba de disiparse. Diríase que ese sueño incoherente y todas las impresiones que me ha dejado me son tan queridas, que rechazo todo nuevo contacto por temor de que se conviertan en humo. ¿Acaso tiene tanto valor para mí? Sí, claro está. Tal vez lo recuerde dentro de cuarenta años.

Así, pues, vuelvo a coger la pluma. Además, todo esto puede contarse ahora con pocas palabras: mis impresiones ya no son las mismas...

Primero terminemos con la abuela. Al día siguiente lo había perdido todo. Tenía que ser así: el que se lanza, como ella, por este camino, desciende cada vez más rápidamente, como si se deslizara en trineo desde lo alto de una montana nevada. Jugó todo el día hasta las ocho de la noche. No asistí y lo que sé lo supe de oídas.

Durante toda la jornada, Potapytch estuvo de guardia junto a ella en el casino. Los polacos que dirigían a la abuela se relevaron varias veces. Comenzó por prescindir del polaco a quien el día anterior había tirado del pelo y tomó otro, pero el segundo quizá resultó peor todavía. Después de haber despachado también a éste, volvió a tomar el primero, que no había abandonado el lugar y que durante todo el tiempo de su desgracia no había dejado de rondar en torno a su sillón, sacando constantemente la cabeza por encima de su hombro, cosa que al fin hizo que la abuela se sintiera poseída por una verdadera desesperación. El segundo polaco tampoco quiso abandonar su sitio por nada del mundo: uno se instaló a la derecha de la anciana y el otro a su izquierda. No hacían más que disputar e injuriarse a causa de las posturas y de la marcha del juego, tratándose de pillos y demás lindezas polacas; luego se reconciliaban y hacían las posturas a la buena de Dios. Cuando disputaban, cada uno ponía por su lado, uno al rojo, por ejemplo, y el otro al negro. En resumen, hicieron que la abuela perdiese de tal modo la cabeza que, casi con lágrimas en los ojos, pidió a un viejo *croupier* que la defendiera y echara a los polacos. Lo que se hizo inmediatamente, a pesar de sus gritos y de sus protestas. Los dos vociferaban a la vez, pretendiendo que la abuela les debía dinero, que les había engañado, que habíase comportado villanamente con ellos. El desgraciado Potapytch me contó todo esto llorando aquella misma noche, y volvía a lamentarse, diciendo que los dos se habían llenado los bolsillos, que él les había visto robar el dinero descaradamente y metérselo en los bolsillos. Uno de ellos, por ejemplo, pidió cinco federicos a la abuela por su trabajo, y los ponía en la ruleta al lado del dinero de la abuela. Si ella ganaba, él gritaba diciendo que era él quien había ganado y que la abuela había perdido.

Cuando los echaron, Potapytch intervino y declaró que tenían los bolsillos llenos de oro. La abuela rogó inmediatamente al *croupier* que tomara sus disposiciones, y, a pesar de los grandes gritos de los polacos, apareció la policía y les fueron vaciados los bolsillos en beneficio de la abuela. Mientras tuvo dinero, la anciana gozó de un manifiesto prestigio a ojos de los *croupiers* y de la Dirección del casino. Poco a poco, su fama se extendió por toda la ciudad. Los bañistas de todo el país, desde los más sencillos a los más ilustres, acudían a contemplar a *une vieille comtesse russe tombée en enfance* que ya había perdido «varios millones» .

Pero la abuela ganó poco, muy poco, con desembarazarse de los dos polacos. Inmediatamente apareció en su lugar un tercero ofreciéndole sus servicios: éste hablaba el ruso con toda perfección y vestía como un caballero, aunque se parecía a un lacayo. Tenía un enorme bigote y mucho amor propio. También «besaba las huellas de los pasos» de la *pani* y se «ponía a sus pies», pero trataba con arrogancia a todos los que le rodeaban y ordenaba como un déspota. En una palabra, no se comportaba como un servidor, sino como el señor de la abuela. Constantemente, a cada jugada, se volvía a ella y le juraba con los juramentos más horribles que era un caballero honorable y que no se quedaría ni con un céntimo. Repetía con tanta frecuencia estos juramentos, que ella acabó por tenerle miedo. Pero como, al principio, este caballero parecía haber corregido su juego y comenzó a ganar, la abuela no se decidió a deshacerse de él. Una hora más tarde, los dos primeros polacos expulsados del casino reaparecieron tras el sillón de la abuela y le ofrecieron de nuevo sus servicios e incluso hacer sus recados. Potapytch me juró que el «caballero honorable» cambiaba guiños con ellos y que hasta les había puesto algo en la mano. Como la abuela no había comido y casi no se movía de su sillón, uno de los polacos pudo, efectivamente, serle útil: corrió al comedor del casino a buscarle una taza de caldo y luego té. Los dos fueron allá. Pero, al final de la jornada, cuando todo el mundo pudo darse cuenta de que ella perdía su último billete de banco, había hasta seis polacos detrás de su sillón, que hasta entonces no habían sido vistos. Y cuando la abuela perdió sus últimas monedas, no solamente no la escucharon, sino que ni siquiera le prestaban la menor atención, inclinándose sobre la mesa por encima de su hombro, recogiendo el dinero, dando órdenes, haciendo jugadas, disputando, interpelando con familiaridad al «caballero honorable». En cuanto a éste, casi había olvidado la existencia de la abuela. Y cuando la abuela, completamente arruinada, regresó a las ocho al hotel, tres o cuatro polacos no pudieron decidirse aún a dejarla. Corrían junto a su sillón, hablando a voz en grito y

asegurando que la abuela los había engañado y les debía dinero. De este modo llegaron al hotel, donde por fin fueron echados a puntapiés.

Según los cálculos de Potapytch, la abuela había perdido aquel día, además del dinero perdido la víspera, hasta noventa mil rublos. Todas las obligaciones al cinco por ciento, rentas sobre el Estado, acciones que poseía, las había cambiado una tras otra. Me sorprendía que ella hubiese podido resistir siete u ocho horas sentada en su sillón y casi sin abandonar la mesa. Potapytch me dijo que dos o tres veces había empezado a ganar grandes cantidades, pero que, arrastrada por la esperanza, no había tenido valor para retirarse. Por otra parte, los jugadores saben que un hombre puede permanecer casi veinticuatro horas en el mismo sitio, con las cartas en la mano, sin volver los ojos a un lado ni a otro.

También aquel día se produjeron en nuestro hotel acontecimientos decisivos. Por la mañana, antes de las once, mientras la abuela estaba todavía en sus habitaciones, los nuestros, es decir, el general y Des Grieux, decidieron dar un paso decisivo. Habiendo sabido que la abuela, lejos de pensar en irse, volvía, en cambio, al casino, se reunieron en cónclave —con la excepción de Paulina— para conferenciar con ella definitivamente e incluso *sincèrament*. El general, temblando y desfalleciendo ante la idea de las terribles consecuencias que resultarían para él, forzó incluso las cosas: después de media hora de ruegos y súplicas, después de haber confesado hasta su pasión por mademoiselle Blanche —había perdido completamente la cabeza—, adoptó de pronto un tono amenazador y se puso a gritar y hasta a dar patadas en el suelo. Gritaba diciendo que ella estaba deshonrando a toda la familia, que era un motivo de escándalo para la ciudad, y en fin... en fin...

—¡Está manchando el nombre de Rusia, señora! —gritó —. ¡Y para esto hay una policía!

Para terminar de una vez, la abuela lo echó a bastonazos, en el sentido literal de la frase.

El general y Des Grieux hablaron todavía una o dos veces aquella mañana. Preguntábanse si realmente podían recurrir a la policía. Diciendo que una desdichada pero respetable anciana que chocheaba iba a perder todo su dinero en el juego, etc., ¿no podrían, de una forma u otra, lograr que la vigilaran o le prohibiesen jugar? Pero Des Grieux se encogió de hombros y se rió a las barbas del general, que, acabados sus argumentos, se paseaba de un lado a otro de su gabinete.

Por último, Des Grieux hizo con la mano un ademán desdeñoso y ya no se le vio más. Por la noche se supo que había abandonado definitivamente el

hotel después de haber tenido una conversación decisiva y misteriosa con mademoiselle Blanche. En cuanto a ésta, ya había tomado categóricas medidas desde por la mañana: despidió definitivamente al general, y ni siquiera lo toleraba en su presencia. Cuando el general corrió tras ella al casino y la encontró del brazo del principito, ni ella ni la señora viuda de Cominges lo reconocieron. Tampoco el principito le saludó. Durante el día, mademoiselle Blanche sondeó y maniobró de manera que el príncipe se le declarase de una vez. Pero, ¡ay!, se engañó cruelmente en sus cálculos. Esta pequeña catástrofe se produjo por la noche. De pronto se supo que el principito era pobre como Job y que contaba con ella para pedirle dinero prestado a cambio de un pagaré para poder jugar a la ruleta. Mademoiselle Blanche, indignada, lo echó y se encerró en su habitación.

En la mañana del mismo día fui a ver a míster Astley, o mejor dicho le busqué durante toda la mañana sin poder encontrarlo. No estaba ni en su hotel, ni en el casino, ni en el parque. Aquel día no comió en el hotel. A las cinco lo vi de pronto que se dirigía desde la estación al Hotel de Inglaterra. Tenía prisa y parecía muy preocupado, aunque era muy difícil descubrir en su rostro la preocupación o una especie de confusión cualquiera. Me tendió la mano cordialmente, con su exclamación habitual: «¡Ah»!, pero sin detenerse y siguiendo su camino con pasos más rápidos. Me uní a él, pero supo responderme de tal manera que no tuve tiempo de pedirle ninguna aclaración. Además, me causaba un profundo malestar tener que hablar de Paulina. Tampoco él se preocupó de ella. Le conté lo que le había sucedido a la abuela: me escuchó con gravedad y atención y después se encogió de hombros.

—Lo perderá todo—le indiqué.

—¡Oh, sí! —repuso—. Ya había ido a jugar cuando me marché, y estaba seguro de que perdería. Si tengo tiempo, pasaré por el casino para verlo, porque es curioso...

—¿Adónde ha ido usted? —dije, sorprendido de no haberle hecho todavía esta pregunta.

—A Francfort.

—¿Por negocios?

—Sí.

¿Qué podía preguntarle más? Seguí caminando a su lado, pero se volvió de pronto hacia el Hotel de las Cuatro Estaciones, que se encontraba en el camino, me hizo un ademán con la cabeza y desapareció. De regreso, llegué poco a poco a tener una certidumbre: aunque hubiese estado hablando con él dos horas, nada habría podido saber, porque... ¡no tenía nada que pre-

guntarle! Sí, seguramente era así. De ningún modo hubiese podido hacer mi pregunta.

Durante todo el día, Paulina se paseó por el parque con los niños, y la nodriza se quedó en casa. Hacía mucho tiempo que ella huía del general y que apenas le hablaba, al menos de cosas serias. Hacía ya algún tiempo que yo había observado esto.

Pero, sabiendo en qué situación se encontraba el general entonces, pensé que él no podría evitar a la muchacha, es decir, que entre ellos habría importantes explicaciones familiares. Sin embargo, cuando, al volver al hotel después de mi conversación con míster Astley, encontré a Paulina y los niños, su rostro reflejaba la más serena tranquilidad, como si ninguna de las tormentas familiares la hubiese afectado. A mi saludo, me respondió con un movimiento de cabeza. Subí muy irritado a mi habitación.

Bien es verdad que yo evitaba hablarle y no me había dirigido a ella una sola vez después del incidente Wurmerhelm. Yo hacía de aquello una cuestión de puntillo, pero, cuanto más tiempo pasaba, mayor indignación bullía en mí. Aun cuando ella no me amase del todo, no podía, sin embargo, pisotear así mis sentimientos y acoger mis confesiones con semejantes desprecios. Sabía que yo la amaba de verdad: había tolerado y permitido que yo le hablase así. Es cierto que todo esto había comenzado de manera extraña entre nosotros. Hace algún tiempo (¡qué lejos ya, dos meses!) observé que quería hacer de mí un amigo suyo, su confidente, y hasta llegó a hacer tentativas en este sentido. Pero esto había fracasado. En lugar de ello, habíamos conservado esas raras relaciones. Por esto comencé a hablarle así. Pero si mi amor le disgustaba, ¿por qué no me prohibía de una vez que le hablase de él?

Y no hacía nada de esto. A veces hasta me incitaba a hablar..., para burlarse, naturalmente. Estoy seguro, porque lo sentía: le era muy agradable, después de haberme escuchado y exasperado hasta el sufrimiento, desconcertarme bruscamente con alguna evidente señal de su desprecio o de su indiferencia. Y, sin embargo, sabe que no puedo vivir sin ella. Hacía tres días ya de la historia del barón, y yo no podía soportar más nuestra SEPARACIÓN. Cuando volví a encontrarme con ella luego en el casino, mi corazón comenzó a latir con tal violencia que me puse pálido. ¡Tampoco ella puede vivir sin mí! Le soy necesario... ¿Es posible que sea solamente como bufón?

Tiene un secreto..., es evidente. Su conversación con la abuela me ha hecho daño en el corazón. Porque le he pedido mil veces que fuera sincera conmigo y sabe que estoy realmente dispuesto a dar mi vida por ella. Pero siempre me ha apartado con desdén o, en lugar del sacrificio que le ofrecía de mi vida, exige de mí actos extravagantes, como el otro día con el barón. ¿No es indignante? ¿Y míster Astley? Aquí las cosas se hacían francamente incomprensibles y, sin embargo... ¡Señor, qué sufrimiento el mío!

De regreso a mi casa, en un acceso de furor, cogí la pluma y garrapateé lo que sigue:

«Paulina Alexandrovna: veo claramente que el desenlace se acerca. Claro está que le alcanzará también a usted. Por última vez le pregunto: ¿le es a usted necesaria mi vida? Si soy útil, PARA LO QUE SEA, disponga de mí. Por el momento, me paso en la habitación la mayor parte del tiempo. No voy a ninguna parte. Si es preciso, escríbame o mándeme llamar.»

Metí la nota en un sobre y se la di al criado del piso para que se la llevase, con la orden de entregársela en propia mano. No esperaba respuesta, pero tres minutos después volvió el criado y me transmitió un saludo de su parte.

Alrededor de las siete me dijeron que el general quería verme.

Estaba en su gabinete, vestido como si se dispusiera a salir. Su sombrero y su bastón estaban sobre el diván. Al entrar me pareció verlo en medio de la habitación, perniabierto y cabizbajo, hablando solo. En cuanto me vio, se lanzó hacia mí casi dando un grito. Involuntariamente retrocedí un paso y quise salir, pero me cogió de ambas manos y me atrajo hacia el diván. Se sentó y me hizo sentar en una butaca frente a él, y sin soltarme las manos, con labios temblorosos, me dijo con voz implorante, mientras las lágrimas brillaban en sus ojos:

—Alexis Ivanovitch, ¡sálveme, sálveme, tenga piedad de mí!

Tardé mucho en comprender. Hablaba sin parar y repetía a cada instante: «¡Tenga piedad de mí!» Por último adiviné que esperaba de mí algo del tipo de un consejo o más bien que, abandonado de todos, poseído por la angustia y la desesperación, habíase acordado de mí y me había llamado solamente para hablar, hablar, hablar...

Estaba fuera de sí, o al menos había perdido completamente la cabeza. Juntaba las manos y estaba dispuesto a lanzarse a mis rodillas para que —¿lo adivinaríais?— fuese inmediatamente a ver a mademoiselle Blanche y le suplicase, le exhortase a que volviera a su lado y se casara con él.

—Permítame, general —dije—, pero no creo siquiera que mademoiselle Blanche se haya fijado en mí. ¿Qué puedo hacer?

Era inútil protestar: no comprendía lo que se le decía. También se puso a hablar de la abuela, diciendo frases incoherentes. No renunciaba a la idea de recurrir a la policía.

—En nuestro país, en nuestro país... —comenzaba, dejándose llevar súbitamente por la indignación—, en una palabra..., en nuestro país, en un Estado bien organizado, ese tipo de viejas estaría bajo tutela. Sí, amigo mío, sí —continuaba de pronto con tono doctoral, levantándose bruscamente y paseando por la habitación—, usted no sabía esto, amigo mío —decía dirigiéndose a un interlocutor imaginario en un rincón—. Sepa, por tanto, que... sí..., que en nuestro país, a las viejas de esta clase se las hace pasar por donde deben, sí, señor. ¡Maldita sea!

Se dejó caer sobre el diván y, un momento después, casi sollozando, me contó apresuradamente, sin resuello, que mademoiselle Blanche no quería casarse con él porque la abuela había llegado en lugar del telegrama y ahora estaba claro que se quedaba sin herencia. Suponía que yo no sabía nada aún. Quise hablar de Des Grieux, y me detuvo con un ademán.

—¡Se ha ido! Le tengo empeñados todos mis bienes. Estoy más desnudo que un gusano. El dinero que usted trajo..., ese dinero..., no sé cuánto, creo que setecientos francos, es todo lo que me queda. Y ahora no sé, no sé...

—¿Cómo va usted a pagar el hotel? —exclamé, asustado—. ¿Y luego...?

Me miró con aire pensativo, pero visiblemente no había comprendido nada y ni siquiera me había oído. Intenté llevar la conversación a Paulina Alexandrovna y a los niños y me respondió precipitadamente:

—Sí,sí...

Pero inmediatamente se puso a hablar del príncipe que se iba a marchar con mademoiselle Blanche, y entonces...

—¿Qué va a pasar, Alexis Ivanovitch? —dijo volviéndose bruscamente a mí—. ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí? Dígame, es una ingratitud, una ingratitud, ¿verdad?

Por último se puso a llorar cálidas lágrimas.

No había nada que hacer con un hombre semejante. Dejarlo solo era igualmente peligroso: sería capaz de cualquier cosa. Me libré de él como pude, pero le dije a la nodriza que fuera de vez en cuando a ver cómo estaba. Hablé, además, al criado del piso, un joven muy inteligente que me prometió hacer lo que pudiera.

Apenas había abandonado al general, cuando Potapytch vino a decirme que la abuela quería verme. Eran las ocho y acababa de volver del casino, donde había perdido su último céntimo. Bajé. La anciana estaba sentada en su butaca, agotada y evidentemente enferma. Marta le llevó una taza de té, que le hizo beber casi a la fuerza. La voz y el tono de la abuela habían cambiado visiblemente.

—Buenas noches, Alexis Ivanovitch, amigo mío —me dijo lentamente, inclinando la cabeza con gravedad—. Discúlpeme que le moleste otra vez, pero usted sabrá perdonar a una pobre vieja. Todo se ha quedado abajo, amigo mío; casi cien mil rublos. Tuviste razón al no venir ayer conmigo. Ahora ya no tengo nada, no tengo ni un céntimo. No quiero quedarme más tiempo aquí, y me voy a las nueve y media. He llamado a tu inglés. Creo que se llama Astley. Quisiera pedirle prestados tres mil francos para ocho días. Dile que no piense cosas raras y que no me los niegue. Todavía soy muy rica, querido; tengo tres aldeas y dos casas. Y además tengo dinero, porque no me lo traje todo. Digo esto para que no se preocupe... ¡Ah, aquí está! ¡Es todo un caballero!

Míster Astley acudía a la primera llamada de la abuela. Sin vacilaciones y sin palabras superfluas, contó inmediatamente tres mil francos y los dio a cambio de un papel que le firmó la abuela. Cuando hubo terminado, saludó y se fue.

—Ahora déjame, Alexis Ivanovitch. Dispongo de poco más de una hora. Voy a acostarme un rato, porque me duelen los huesos. No te enfades conmigo; soy una vieja tonta. Ahora ya no acusaré a los jóvenes de ligereza. Hasta siento escrúpulos de hacer reproches a nuestro desgraciado general. Pero no le daré dinero, aunque se disguste, porque lo considero demasiado estúpido, y yo, vieja chocha, no soy más inteligente que él. Bien es verdad que más tarde o más temprano Dios castiga la presunción. Bueno, adiós. Marta, levántame.

Yo tenía, sin embargo, la intención de acompañar a la abuela. Aparte de esto, estaba a la expectativa. Me parecía que de un momento a otro había de ocurrir algo. No podía quedarme en mi habitación. Salí al pasillo y me fui a pasear un rato por la avenida. Mi carta a Paulina era clara y categórica, y la catástrofe presente, indudablemente definitiva. En el hotel oí hablar de la marcha de Des Grieux. Si al final ella me rechazaba como amigo, tal vez me aceptara como criado. Porque yo le soy necesario, aunque no sea más que para hacer recados. Sí, es evidente que me necesita.

En el momento de la partida corrí a la estación e instalé a la abuela en el tren. Todos habían tomado plaza en un compartimiento reservado.

—Gracias por tu desinteresada solicitud —me dijo, despidiéndose—. Repite a Prascovia lo que le dije ayer. La espero.

Volví al hotel. Al pasar ante las habitaciones del general encontré a la nodriza y me informó sobre el estado de su amo.

—Bien, señor —me respondió tristemente.

Entré, pero a la puerta del gabinete me detuve estupefacto. Mademoiselle

Blanche y el general reían a carcajadas. La señora viuda de Cominges estaba también allí, sentada en el diván. El general, visiblemente loco de alegría, decía toda clase de absurdos y tenía accesos de hilaridad nerviosos y prolongados que llenaban su rostro de numerosas y pequeñas arrugas y hacían desaparecer sus ojos.

Supe más tarde, por la propia mademoiselle Blanche, que después de haberse apartado del príncipe y sabido la desesperación del general, había querido consolarlo y hacerle una pequeña visita. Pero el pobre general ignoraba que en aquel minuto su suerte estaba decidida y que mademoiselle Blanche ya había empezado a hacer sus maletas para irse al día siguiente a París en el primer tren de la mañana.

Después de haberme quedado un instante en el umbral del gabinete, renuncié a entrar y me retiré sin que me advirtieran. Subí a mis habitaciones. Al abrir la puerta distinguí en la semioscuridad una silueta sentada en una silla de un rincón, cerca de la ventana. Me acerqué rápidamente, miré y... me quedé sin aliento: era Paulina.

Se me escapó un grito.

—Bien, ¿qué le pasa? —me preguntó con voz extraña.

Estaba pálida y parecía de mal humor.

—¿Qué me pasa? ¡Usted! ¡Aquí, en mi habitación!

—Cuando voy a un sitio, VOY TODA ENTERA. Es mi costumbre. Lo verá usted en seguida. Encienda una bujía.

Obedecí. Se levantó, se acercó a la mesa y dejó ante mí una carta abierta.

—¡Es letra de Des Grieux!—exclamé tomando la carta.

Mis manos temblaban y las líneas bailaban ante mis ojos. He olvidado los términos exactos de esa carta, pero aquí está, si no palabra por palabra, idea por idea.

«Señorita —escribía Des Grieux—, una serie de desagradables circunstancias me obliga a partir sin demora. Sin duda habrá usted observado que con toda intención evité una explicación definitiva con usted antes de que se hubiese aclarado todo. La llegada de la *vieille dame*, su pariente, y su absurda conducta han puesto fin a mis vacilaciones. El desorden de mis propios asuntos me impide realmente alimentar las dulces esperanzas que me permití tener durante algún tiempo. Lamento lo que ha ocurrido, pero espero que usted no encontrará en mi comportamiento nada indigno de un *gentilhomme* y de un *honnête* hombre. Habiendo perdido casi todo mi dinero en pagar las deudas de su padrastro, me veo reducido a la necesidad de utilizar lo que me queda. Ya he hecho saber a mis amigos de Petersburgo que deben proceder sin demora a la venta de los bienes hipotecados a mi favor. Sabiendo, sin embargo, que su padrastro ha malgastado toda su fortuna, he decidido perdonarle cincuenta mil francos, y le devuelvo, hasta alcanzar esta cantidad, una parte de los pagarés. Por tanto, tiene usted ahora la posibilidad de recuperar todo lo que ha perdido, exigiendo la restitución de sus bienes por vía judicial. Espero, señorita, que, en el actual estado de sus cosas, le será provechosa mi iniciativa. Espero también que con este gesto habré cumplido con el deber de un hombre de honor. Tenga la seguridad de que su recuerdo quedará grabado para siempre en mi corazón.»

—Bien, está claro —dije volviéndome hacia Paulina—. ¿Acaso esperaba usted otra cosa? —dije con indignación.

—No esperaba nada —respondió ella con una calma aparente, pero había como un estremecimiento en su voz —. Hace tiempo que tenía formada mi

opinión: leía en sus pensamientos. Pensaba que yo buscaba..., que insistiría. —Se detuvo y, en medio de su frase, se mordió el labio y se calló—. Con toda intención redoblé mi desprecio hacia él —continuó—. Esperaba lo que haría. Si hubiese llegado el telegrama, le habría lanzado a la cara el dinero que le debe ese idiota (mi padrastro) y lo habría echado. Hace tiempo, hace mucho tiempo que no puedo sufrirlo. ¡Oh, antes era otro hombre, otro hombre muy distinto! ¡Y ahora, ahora...! ¡Con qué alegría le arrojaría sus cincuenta mil francos y le escupiría a la cara!

—Pero ese papel, esos cincuenta mil francos que ha cedido, ¿está en poder del general? Tómelo y devuélvaselo a Des Grieux.

—¡Oh, no es lo mismo! ¡No es lo mismo!

—¡Sí, es verdad! ¿Para qué sirve ahora el general? ¿Y la abuela? —pregunté de pronto.

Paulina me miró con aire distraído e impaciente.

—¿Por qué la abuela? —preguntó de mul humor—. No puedo ir a su casa... No quiero pedir perdón a nadie —añadió con tono exasperado.

—¿Qué hacer? —pregunté—. Pero ¡cómo, cómo podía usted amar a Des Grieux! ¡Es un canalla, un canalla! ¿Quiere usted que lo mate en duelo? ¿Dónde está?

—En Francfort. Se quedará allí tres días.

—Una palabra suya y me voy mañana en el primer tren —dije con una estúpida exaltación.

Se echó a reír.

—Sí, y quizás él le dijera: «Devuélvame primero los cincuenta mil francos.» Y ¿por qué se batiría? ¡Qué estupidez!

—Pero ¿de dónde, de dónde sacar esos cincuenta mil francos? —repetí rechinando los dientes como si fuera posible recogerlos de pronto del suelo—. Escuche, y ¿míster Astley? —le pregunté, mientras se me ocurría una idea extraña.

Sus ojos brillaron.

—¿De manera que tú quieres que te deje por ese inglés? —dijo mirándome con una mirada penetrante y con una sonrisa amarga.

Era la primera vez que me tuteaba.

Sin duda en ese instante le dio vueltas la cabeza de emoción. Bruscamente se sentó en el diván. Parecía haberse quedado sin fuerzas.

Fue como si me hubiese cegado un rayo. Estaba allí, de pie, no dando crédito a mis ojos ni a mis oídos. ¡De modo que me amaba! ¡Ella, ella había venido sola a mi habitación en el hotel! De esta manera se comprometía a los ojos de todos, y yo estaba allí, plantado ante ella, sin comprender.

Un insensato pensamiento cruzó mi mente.

—¡Paulina, concédeme sólo una hora! Espera aquí sólo una hora, y vuelvo. Es... es indispensable. ¡Ya verás! ¡Quédate, quédate!

Y salí de la habitación corriendo, sin responder a su mirada interrogante. Me gritó algo, pero no me volví.

Sí, a veces, la idea más loca, más imposible en apariencia, se fija con tal fuerza en nuestro espíritu, que uno acaba por creerla realizable. Es más: si esta idea está vinculada a un deseo violento, apasionado, es acogida finalmente como algo fatal, como algo que no puede dejar de ser ni de llegar. Tal vez hay algo más: una combinación de presentimientos, un esfuerzo extraordinario de la voluntad, una autointoxicación por la imaginación, o quizás otra cosa.... no sé, pero aquella noche (que jamás en mi vida olvidaré) me sucedió una aventura milagrosa. Aunque se explique perfectamente por la aritmética, no deja de ser menos milagrosa a mis ojos. Y ¿por qué, por qué esa certidumbre había arraigado en mí tan profunda y sólidamente y desde hacía tanto tiempo? Porque pensaba en ella, repito, no como en una eventualidad posible (y, en consecuencia, incierta), sino como en algo que no podía dejar de suceder.

Eran las diez y cuarto. Entré en el casino con una firme esperanza y al mismo tiempo con una emoción que jamás había sentido. Todavía había gente en los salones de juego, aunque dos veces menos que por la mañana.

A las once no quedan en torno a las mesas más que los verdaderos jugadores, los jugadores inveterados, para quienes, en los balnearios, no existe sino la ruleta. Sólo han venido por ella, apenas observan lo que sucede en torno suyo y no se interesan en ninguna otra cosa de la temporada. No hacen más que jugar desde la mañana a la noche, hasta el alba si fuese posible. Se van siempre a disgusto cuando a medianoche se cierra el casino. Y cuando el más viejo de los *croupiers*, antes de cerrar, un poco antes de medianoche, anuncia: «*Les trois derniers coups, messieurs!*», están dispuestos a jugarse en estas tres jugadas todo lo que llevan en los bolsillos, y, de hecho, a estas horas es cuando más grandes cantidades se pierden. Me dirigí hacia la misma mesa a la que se había sentado la abuela. No había apreturas, de manera que pude ocupar un lugar de pie al lado de la mesa. Justamente ante mí, en el tapete verde, estaba escrita la palabra *Passe*.

Passe es una serie de cifras de diecinueve a treinta y seis. La primera serie, de uno a dieciocho, se llama *manque*, pero ¿qué me importaba? No calculaba ni tampoco sabía cuál era el último número que había salido. No me informé

al empezar, como hubiese hecho el jugador menos precavido. Saqué mis veinte federicos y los dejé sobre el *Passe*.

—*Vingt-deux!*—gritó el *croupier*.

Había ganado. Arriesgué el total: mi primera postura y lo ganado.

—*Trente et un!*—exclamó el *croupier*.

¡Gané otra vez! Esto me daba un total de ochenta federicos. Lo puse todo en las doce cifras de en medio (ganancia triple, pero dos posibilidades en contra). Comenzó a girar la ruleta y salió el veinticuatro. Me dieron tres cartuchos de cincuenta federicos y diez monedas de oro. Poseía ahora un total de doscientos federicos.

En una especie de angustia febril, dejé todo el dinero sobre el rojo..., y de pronto volví en mí. Fue la única vez durante aquella noche en que el terror me heló, manifestándose por un temblor de mis manos y mis pies. Con horror me di cuenta, en un momento de lucidez, de lo que hubiese significado para mi perder en aquel instante. ¡Toda mi vida estaba en juego!

—*Rouge!*—gritó el *croupier*.

Recobré el aliento: hormigas ardientes recorrían todo mi cuerpo. Me pagaron, en billetes de banco, un total de cuatro mil florines y ochenta federicos. Todavía podía hacer el cálculo.

Recuerdo que luego puse dos mil florines en las doce cifras de en medio y perdí. Jugué mi oro y mis ochenta federicos y perdí. El furor se apoderó de mí. Tomé los dos mil florines que me quedaban y los coloqué en las doce primeras cifras... al azar, a ciegas, sin calcular. Hubo un momento de espera, una emoción parecida quizás a la que experimentó madame Blanchard[22] cuando, en París, fue lanzada desde su globo al suelo.

—*Quatre!*—exclamó el *croupier*.

Con la postura anterior, esto me hacía dueño de nuevo de seis mil florines. Adopté una actitud triunfante, y ya no tuve miedo de nada. Puse cuatro mil florines al negro. Unas diez personas se apresuraron a poner al negro, como yo. Los *croupiers* cambiaron miradas y hablaron entre sí. Todos hablaban y esperaban.

Salió el negro. A partir de este momento no recuerdo ni las ganancias ni la sucesión de posturas. Recuerdo solamente, como en sueños, que ya había ganado casi dieciséis mil florines. De pronto, tres jugadas desgraciadas me hicieron perder doce mil. Entonces puse los últimos cuatro mil al *Passe* (pero en aquel momento no me daba cuenta de casi nada, esperaba maquinalmente sin pensar en nada). Gané de nuevo, y volví a ganar cuatro veces seguidas. Recuerdo solamente que amontoné los florines por millares. Recuerdo también que las cifras de en medio, a las que no dejaba, salieron con mucha frecuencia. Salían con regularidad, siempre tres o cuatro veces seguidas; luego desaparecían durante dos jugadas, y volvían por tres o cuatro veces consecutivas. Esta asombrosa regularidad suele ocurrir a veces, y es lo que confunde a los jugadores profesionales que hacen cálculos lápiz en mano. ¿Qué terribles ironías de la suerte no se manifiestan aquí?

Creo que no había transcurrido ni media hora desde mi llegada. De pronto, el *croupier* anunció que yo había ganado treinta mil florines, que la banca sólo respondía por esta suma en una sola jugada y que iban a cerrar la ruleta hasta el día siguiente. Tomé todo mi oro, lo metí en mis bolsillos, recogí todos mis billetes y me dirigí inmediatamente a otra sala donde había otra ruleta. La multitud se precipitó tras de mí. Allí me hicieron sitio inmediatamente y comencé a hacer posturas a diestra y siniestra y sin calcular. No puedo comprender lo que me salvó.

Por otra parte, de vez en cuando acudía a mi mente la idea de calcular. Me inclinaba por ciertas cifras, pero pronto las abandonaba y volvía a jugar casi inconscientemente. Sin duda estaba muy distraído. Recuerdo que los *croupiers* corrigieron varias veces mi juego. Cometía torpes faltas. Mis mejillas estaban húmedas y mis manos temblaban. Los polacos acudieron a ofrecerme sus servicios, pero no escuché a nadie. La suerte no me abandonaba. De pronto estallaron voces y risas alrededor de mí.

—¡Bravo, bravo! —gritaba la gente.

Incluso algunos aplaudieron. También allí había ganado treinta mil florines y cerraron la banca hasta el día siguiente.

—¡Váyase, váyase! —dijo alguien a mi derecha.

Era un judío de Francfort. Todo el tiempo había estado a mi lado y, según creo, me había ayudado una o dos veces.

—¡Por amor de Dios, váyase! —murmuró otra voz a mi derecha.

Eché una rápida ojeada. Era una dama de unos treinta años, modesta pero correctamente vestida, con un rostro que denotaba cansancio, de una palidez enfermiza, pero que dejaba adivinar que había sido maravillosamente hermosa. En este instante atiborré mis bolsillos de billetes que crujían, y recogí el oro de encima de la mesa. Cogí el último cartucho de cincuenta federicos y conseguí sin ser notado deslizarlo en la mano de la dama pálida. Sentí un deseo terrible de hacerlo, y recuerdo que sus flacos y afilados

22 Madame Blanchard, mujer del aeronauta inventor del paracaídas, murió en París en 1819, a bordo de un globo desde el que hacía una exhibición de fuegos artificiales y que estalló.

dedos me estrecharon la mano en señal de vivo reconocimiento. Todo esto ocurrió en un segundo.

Cuando lo hube recogido todo, me fui inmediatamente a la *trente et quarante*.

La *trente et quarante* es frecuentada por un público aristocrático. No es la ruleta, sino un juego de cartas. Allí la banca responde hasta de cien mil táleros. La mayor postura es también de cuatro mil florines. Ignoraba por completo la marcha del juego y no conocía casi ninguna postura, como no fueran el rojo y el negro; que también allí los hay. Me dediqué a éstos. Todo el casino se apretujaba en torno a mí. No recuerdo haber pensado ni una sola vez en Paulina durante aquella velada. Experimentaba un placer irresistible en coger y guardarme los billetes de banco que se amontonaban ante mí.

Realmente, habríase dicho que me impulsaba el destino. Aquella vez, como hecha adrede, se presentó una circunstancia que se reprodujo, por otra parte muy frecuentemente en el juego. La suerte se vinculaba, por ejemplo, al rojo y no lo dejaba durante diez o quince vueltas seguidas. La antevíspera había oído decir que el rojo salió veintidós veces seguidas la semana anterior. No se recordaba un caso semejante en la ruleta, y se hablaba de ello con asombro. Naturalmente, todo el mundo abandonó inmediatamente el rojo, después de diez jugadas, por ejemplo, nadie se atrevía a poner a este color. Pero ningún jugador experto jugará entonces al negro, opuesto al rojo. Un jugador con experiencia sabe lo que significa el «capricho del azar». Por ejemplo, era de creer que, después de la decimosexta jugada, la siguiente caería sobre el negro infaliblemente. Los novatos se lanzan en muchedumbre sobre esta posibilidad, doblan y triplican sus posturas y sufren pérdidas terribles.

En cambio, por una extraña fantasía, habiendo observado que el rojo había salido siete veces seguidas, me dediqué a él. Estoy convencido de que el amor propio tenía que ver en esto en una buena mitad. Quería sorprender a los espectadores corriendo un riesgo de loco (¡extraña sensación!), y recuerdo claramente que de pronto, sin ninguna incitación del amor propio, me sentí poseído por la sed del riesgo. Quizá después de haber pasado por tantas sensaciones, el alma ya no puede reponerse, sino irritarse, y exige sensaciones nuevas, cada vez más violentas, hasta el agotamiento total. Y bien es verdad que no miento al decir que si el reglamento del juego hubiese permitido posturas de cincuenta mil florines, las habría arriesgado. En torno a mí gritaban llamándome insensato, porque era la decimocuarta vez que salía el rojo.

—*Monsieur a déjà gagné cent mille florins* —dijo alguien a mi lado.

Súbitamente me desperté. ¿Cómo? ¡Durante aquella velada había ganado cien mil florines! No tenía necesidad de más. Me guardé los billetes, metiéndolos a puñados en los bolsillos, sin contarlos. recogí mi oro y los cartuchos y salí precipitadamente del casino.

Todo el mundo se reía al verme atravesar las salas con los bolsillos hinchados y con inseguros pasos a causa del peso del oro. Creo que llevaba encima unos ocho kilos. Algunas manos se tendieron hacia mí. Distribuí dinero a puñados, tanto como mi mano podía contener. Dos judíos me detuvieron a la salida.

—¡Es usted muy osado. muy osado! —me dijeron—. Pero váyase mañana por la mañana, lo antes posible, si no quiere perderlo todo.

No los escuché. La avenida estaba tan oscura que no podía distinguir mis manos. Había casi media versta hasta el hotel. Jamás había tenido miedo de ladrones ni de bandidos, ni siquiera de niño. Tampoco lo tuve en aquel momento. Tampoco recuerdo lo que pensaba durante el camino. Tenía la cabeza vacía. Únicamente experimentaba un placer violento, el del éxito, de la victoria, del poder. No sé cómo expresarlo. La imagen de Paulina pasaba ante mis ojos, no se apartaba de la imaginación la idea de que iba a ella, que iba a encontrarla, a contarle lo que había pasado, a mostrarle mi dinero, pero apenas recordaba lo que me había dicho antes, la razón por la cual me había ido al casino, y todas estas sensaciones recientes, experimentadas apenas en una hora y media, parecían pertenecer ahora a un pasado remoto, abolido, al cual ni haríamos alusión, porque todo iba a empezar de nuevo. Casi al final de la avenida, el miedo se apoderó de mí.

«¿Y si ahora me mataran y me robasen el dinero?»

A cada paso redoblaba mi temor. Casi corría. De pronto, al final de la avenida, la fachada de nuestro hotel resplandeció de pronto brillando con mil luces. ¡A Dios gracias, había llegado!

Subí los escalones de cuatro en cuatro hasta mi piso y abrí bruscamente la puerta. Paulina estaba allí, sentada en mi diván, ante una bujía encendida. Me miró con asombro, y seguramente yo tenía un aspecto extraño. Me detuve ante ella y lancé todo mi dinero sobre la mesa.

Me miró fijamente, sin moverse, sin cambiar siquiera de actitud.

—He ganado doscientos mil francos[23] —le dije sacando de mi bolsillo el último cartucho.

Un enorme montón de billetes y monedas de oro cubría toda la mesa. No podía apartar de él mis ojos. A veces olvidaba por completo a Paulina. Ora comenzaba a poner los billetes en orden, ora por paquetes, ora amontonaba el oro aparte, o lo esparcía todo y me ponía a pasear por la habitación con pasos rápidos, poseído por mi ensoñación. O bien de pronto volvía a la mesa y me ponía a contar mi dinero. De pronto, como si recobrara mi lucidez, me precipitaba sobre la puerta y la cerraba con doble vuelta de llave. Inmediatamente me detenía, irresoluto, ante mi pequeña maleta.

—¿He de poner esto en la maleta hasta mañana? —pregunté dirigiéndome bruscamente a Paulina y recordando de pronto su presencia.

Continuaba sentada en el mismo sitio, pero no apartaba los ojos de mí. Tenía una expresión extraña que me disgustaba. No me equivocaría al decir que en ella había odio.

Me acerqué a ella rápidamente.

—Paulina, aquí tienes veinticinco mil florines; son más de cincuenta mil francos. Tómalos y ve arrójaselos a la cara.

No me respondió.

—Si quieres se los llevaré yo mismo mañana por la mañana. ¿Sí?

De pronto se echó a reír. Rió durante largo rato.

Yo la miraba con una dolorosa sorpresa. Esa risa se parecía demasiado a la risa burlona con la que acogía tan a menudo (y tan recientemente aún) mis más apasionadas declaraciones. Por último calló y frunció el ceño. Me miró severamente.

—No tomaré su dinero —me dijo con desdén.

—¿Cómo? ¿Qué tiene? —exclamé—. ¿Por qué esto, Paulina?

—No acepto dinero por nada.

—Se lo ofrezco como amigo, le ofrezco mi vida.

Fijó en mí una larga mirada inquisidora, como si quisiera penetrar en mi alma.

---

23 Aquí se trata de francos-oro: hay que multiplicar la suma por doscientos para averiguar el valor aproximado de hoy día; el jugador ganó aquella noche cerca de ¡cuarenta millones de francos! (antiguos).

—Es usted generoso —dijo con una risita—. La amante de Des Grieux no vale cincuenta mil francos.

—Paulina, ¿cómo puede usted hablarme así? —dije con tono de reproche—. Yo no soy Des Grieux.

—¡Le odio! Sí..., sí... No le amo más que a Des Grieux —y sus ojos brillaron.

Ocultó el rostro entre las manos y tuvo una crisis de nervios. Me dirigí hacia ella.

Comprendí que algo le había ocurrido durante mi ausencia... Parecía haber perdido el dominio de sí.

—Cómprame, ¿quieres? ¿Quieres? ¿Por cincuenta mil francos como Des Grieux? —exclamó entre sollozos.

La tomé en mis brazos, le besé las manos y los pies, caí de rodillas ante ella.

Pasó la crisis. Puso las manos en mis hombros y me contempló con atención. Hubiérase dicho que quería leer algo en mi rostro. Me escuchaba, pero era evidente que no oía lo que le decía. Una expresión soñadora apareció en sus rasgos. Estaba inquieto. Tuve la clara impresión de que se volvía loca. Me atrojo dulcemente hacia sí, y una confiada sonrisa erraba en sus labios. Luego, de pronto, me rechazó y volvió a mirarme con aire sombrío.

Bruscamente me estrechó entre sus brazos.

—Me amas, ¿verdad? ¿Me amas? —decía—. Porque... porque... querías batirte por mí con el barón.

Y de pronto se echó a reír como a la evocación de un recuerdo cómico y divertido. Reía y lloraba a la vez.

¿Qué podía yo hacer? Me sentía incluso febril. Recuerdo que empezó a hablarme, pero casi no podía comprender nada; era una especie de delirio: balbucía como si quisiera contarme apresuradamente algo. Ese delirio era interrumpido de vez en cuando por una carcajada alegre que empezaba a asustarme.

—No, no, tú eres muy amable, muy amable —repetía—, tú eres fiel para mí.—Y de nuevo ponía las manos en mis hombros, me contemplaba y repetía—: Tú me quieres..., tú me quieres... ¿Me querrás?

No apartaba los ojos de ella. Jamás la había visto en estos transportes de ternura y de amor. Bien es verdad que era delirio, pero... Habiendo observado mi mirada apasionada, tuvo de pronto una sonrisa maliciosa. Repentinamente se puso a hablar de míster Astley.

Por lo demás, siempre hacía recaer la conversación sobre míster Astley, especialmente cuando un momento antes se empeñó en contarme algo, pero yo no podía aprehender exactamente lo que aquello significaba. Creo incluso

que se burlaba de él. Repetía constantemente que la esperaba... y que acaso yo ignoraba que la esperaba bajo mi ventana.

—Sí, sí, bajo la ventana. Abre, mira, mira, está ahí.

Me empujaba hacia la ventana, pero en cuanto hacía un movimiento para dirigirme a ella se echaba a reír locamente y me quedaba a su lado. Entonces se lanzaba sobre mí y me estrechaba entre sus brazos.

—¿Nos iremos? ¿Nos iremos mañana?

Esta idea pareció inquietarla súbitamente... Poníase soñadora.

—Y nos reuniremos con la abuela. ¿Qué te parece? Supongo que la alcanzaremos en Berlín. ¿Qué crees tú que dirá cuando nos hayamos reunido con ella? ¿Y míster Astley...? No se arrojará desde lo alto del Schlangenberg, ¿no es cierto? —se echó a reír—. Escucha, ¿sabes adónde irá el verano que viene? Quiere ir al Polo Norte a hacer unas investigaciones científicas, y me ha invitado a que vaya con él... ¡Ja, ja, ja! Dice que nosotros los rusos no sabríamos nada sin los europeos y que no servimos para nada... Pero él también es bueno. Disculpa al general. Dice que Blanche, que la pasión... En fin, no sé, no sé —repetía como desorientada y como si le faltasen palabras—. ¡Qué desdichados! ¡Qué pena me dan, y la abuelita también, Escucha escucha.... ¿cómo podrías matar a Des Grieux? ¡Ni siquiera matarías al barón! —añadió, echándose a reír—. ¡Qué ridículo estuviste el otro día con el barón! Os miraba a los dos desde mi banco. ¡Y cuánto te molestaba ir a buscarle, cuando te mandé! Lo que me pude reír, lo que he podido reírme —añadió riendo a carcajadas.

Y de pronto comenzó a besarme y estrecharme contra ella, a apretar mi rostro contra el suyo con una apasionada ternura. Yo no pensaba en nada, no oía nada, me daba vueltas la cabeza.

Debían de ser cerca de las siete de la mañana cuando me desperté. El sol iluminaba la habitación. Paulina estaba sentada a mi lado y miraba en torno con un aire extraño, como si saliera de la oscuridad y reuniese sus recuerdos. También ella acababa de despertarse y miraba fijamente la mesa y el dinero. Me sentía la cabeza pesada y dolorida. Quise coger a Paulina de la mano, pero me rechazó y se levantó bruscamente del diván. El día naciente era sombrío; había llovido hasta el alba. Se acercó a la ventana y la abrió, se asomó y, apoyada de codos en el alféizar, permaneció así durante algunos minutos, sin volverse a mí y sin escuchar lo que le decía. Se me ocurrió una idea terrorífica: ¿qué sucedería ahora y cómo acabaría todo aquello? De pronto dejó la ventana, acudió a la mesa y, mirándome con una expresión de odio infinito, con los labios temblorosos de furor, me dijo:

—Bueno, ¡dame ahora mis cincuenta mil francos!

—Paulina, ¡vuelves a las andadas! —dije.

—A menos que no hayas cambiado de idea. ¡Ja, ja, ja! ¿Acaso te has arrepentido?

Sobre la mesa estaban los veinticinco mil florines contados la víspera. Los cogí y se los di.

—¿De manera que ahora son míos? ¿De veras? —me preguntó malignamente, con el dinero en la mano.

—Siempre han sido tuyos —le dije.

—Bueno, pues ¡ahí tienes tus cincuenta mil francos!

Levantó el brazo y me los arrojó a la cara. El paquete me dio en pleno rostro, y los billetes se diseminaron por el suelo. Después Paulina abandonó corriendo la habitación.

Sé que en aquel momento no estaba ella en sus cabales, aunque yo no comprenda esta locura pasajera. Bien es verdad que desde hace un mes está enferma. Sin embargo, ¿cuál fue la causa de ese estado y sobre todo de esa salida? ¿Estaba humillado su orgullo? ¿Acaso le habría parecido que me envanecía de mi suerte y que, como Des Grieux, quería desembarazarme de ella dándole cincuenta mil francos? No obstante, en conciencia no había nada de eso. Creo que la culpa la tenía en parte su vanidad, la vanidad que la había lanzado a no tenerme confianza y a ofenderme, aunque todo esto se le mostrase sin duda muy confusamente. Seguramente, en este caso, he pagado por Des Grieux, y resultaba acaso culpable sin que yo tuviese mucha culpa. Cierto es que todo esto no era más que delirio, y cierto es también que yo sabía que ella estaba delirando y... que no presté atención a esta circunstancia. ¿Acaso ella no podía perdonármelo ahora? Sí, ahora sí, pero ¿y el otro día, el otro día? Su delirio y su enfermedad no eran tan violentos para hacerla olvidar lo que hacía, yendo a verme con la carta de Des Grieux. Por tanto, sabía lo que hacía.

Apresuradamente metí de cualquier manera en la cama mis billetes y el oro, eché encima la colcha y salí, cosa de diez minutos después de Paulina. Estaba seguro de que se había refugiado en su cuarto, y quería deslizarme sin ruido en la sala y preguntarle a la nodriza por la salud de la señorita. Cuál no sería mi estupefacción cuando la nodriza, al encontrarme en la escalera, me dijo que Paulina no había vuelto todavía y que iba a buscarla a mis habitaciones.

—Acaba de salir hace un momento —le dije—, apenas hace diez minutos. ¿Dónde habrá podido ir?

La nodriza me miró con aire de reproche.

A todo esto, la historia circulaba ya por todo el hotel. Contábase a media voz en el despacho del portero y en el del *maître d'hôtel* que la *Fraülein* había salido corriendo a las seis de la mañana, bajo la lluvia, y había tomado la dirección del Hotel Inglaterra. Por sus palabras y alusiones comprendí que todos sabían que había pasado toda la noche en mi habitación. Por otra parte, se chismorreaba a costa de la familia del general. Sabíase que la víspera había perdido la cabeza, y su llanto se había oído en todo el hotel. Decíase que la abuela era su madre y que había venido expresamente de Rusia para prohibir a su hijo que se casara con la señorita de Cominges y desheredarlo si desobedecía. Como se había negado a hacerlo, la condesa se había arruinado ante sus ojos jugando a la ruleta, deliberadamente, para no dejarle nada. «*Diese Russen!*»,[24] repetía el *maître* con indignación, bajando la cabeza. Los demás se reían.El *maître d'hôtel* preparaba la cuenta. Ya sabían que yo había ganado: Karl, el camarero de mi piso, fue el primero en felicitarme. Pero yo tenía otras cosas en la cabeza. Corrí al Hotel de Inglaterra.

Todavía era temprano. Míster Astley no recibía a nadie. Sin embargo, cuando supo que era yo, salió a mi encuentro en el pasillo y se quedó plantado ante mí, mirándome con sus tristes ojos, esperando lo que yo le dijera. Inmediatamente le pregunté por Paulina.

—Está enferma —respondió míster Astley mirándome siempre a los ojos.

—¿De manera que está con usted?

—Sí, está aquí.

—Y usted..., ¿tiene intención de retenerla?

—Sí.

—Míster Astley, esto va a provocar un escándalo. Es imposible. Además, está enferma. ¿Acaso no lo ha observado usted?

—¡Oh! Sí, ya le he dicho que estaba enferma. Si no hubiese estado enferma no habría pasado la noche con usted.

—¿De modo que también sabe usted esto?

—Sí. Tenía que haber venido ayer y yo la habría llevado a casa de unos parientes míos. Pero como estaba enferma, se equivocó y fue a su cuarto.

—¡Vaya! Bien, míster Astley, le felicito. A propósito, usted me ha dado una idea: ¿no estuvo usted toda la noche al pie de mi ventana? Miss Paulina me dijo constantemente que abriera la ventana y mirase si usted estaba abajo. Esto la divertía mucho.

24 *Diese Russen!*: «¡Oh, estos rusos!»

—¿Es posible? No, yo no estuve bajo su ventana, pero aguardaba en el pasillo y me paseaba cerca de allí.

—Hay que curarla, míster Astley.

—Sí, ya hice llamar al médico. Si se muere, me dará usted cuenta de su muerte.

Me quedé estupefacto.

—Por favor, míster Astley, ¿qué quiere usted decir?

—¿Es cierto que ganó usted ayer doscientos mil táleros?

—Solamente cien mil florines.

—Ya lo ve. Y ¿va usted a marcharse en seguida a París?

—¿Por qué?

—Todos los rusos, cuando tienen dinero, se van a París —me explicó míster Astley con el tono de quien ha leído esas palabras en un libro.

—¿Y qué voy a hacer yo en París, en verano? ¡La quiero, míster Astley! ¡Y usted lo sabe!

—¿De veras? Estoy convencido de lo contrario. Además, si usted se queda aquí, seguramente perderá todo lo que tiene y ya no tendrá medio para irse a París. Vamos, adiós, estoy absolutamente convencido de que se irá usted hoy mismo.

—Bueno, adiós, pero no me iré. Piense, míster Astley, en lo que va a ocurrir... En resumen, el general..., y ahora este incidente con miss Paulina... Va a enterarse toda la ciudad.

—Sí, toda la ciudad. Creo que al general le importa muy poco. Tiene otras cosas en qué pensar. Además, miss Paulina tiene el derecho de vivir donde le plazca. Por lo que se refiere a su familia, podemos decir, sin equivocarnos, que no existe.

Mientras me alejaba me reía de la extraña seguridad de ese inglés que pretendía que yo iba a marcharme a París. «Sin embargo, quiere matarme en duelo si Paulina se muere —pensé—; no está mal.»

Juro que sentía lástima de Paulina, pero, cosa extraña, desde el momento preciso en que el día anterior me acerqué a la mesa de juego y comencé a amontonar fajos de billetes, mi amor, en cierto modo, quedó relegado a un segundo plano. Digo esto ahora, pero en el momento no tuve una idea precisa. ¿Era, pues, realmente, un jugador? ¿Amaba entonces a Paulina de una manera tan... extraña? No, Dios es testigo de que la amo todavía. Y cuando dejé a míster Astley sufría sinceramente y me cubría de reproches al llegar al hotel. Pero entonces me sucedió una aventura de las más raras y estúpidas.

Me dirigí apresuradamente a casa del general, cuando de pronto, no lejos de su apartamento, se abrió una puerta y alguien me llamó. Era la señora viuda de Cominges. Me llamaba por orden de mademoiselle Blanche. Y entré en el piso de ésta.

Tenía un pequeño apartamento de dos habitaciones. En la alcoba resonaban las carcajadas de mademoiselle Blanche. Se estaba levantando.

—*Ah, c'est lui! Viens donc, bête! Est-ce vrai que tu as gagné une montagne d'or et d'argent? J'aimerais mieux l'or.*

—Sí, he ganado —respondí riendo.

—¿Cuánto?

—Cien mil florines.

—*Bibi, comme tu es bête!* Entra, que no oigo nada. *Nous ferons bombance, n'est-ce pas?*

Entré. Estaba acostada bajo un cobertor de satén rosa que dejaba al descubierto sus hombros morenos, redondos y admirables: hombros como no se ven más que en sueños, negligentemente cubiertos por un camisón de batista adornado con encajes de una blancura deslumbrante que hacían resaltar la belleza de su piel bronceada.

—*Mon fils, as-tu du coeur?* —exclamó al verme, y se echó a reír. Siempre reía alegremente y a veces incluso con sinceridad.

—*Tout autre...* —empecé, parafraseando a Corneille.

—Ya ves, ya ves —comenzó—. Ve primero a buscarme las medias y ayúdame a ponérmelas. Y luego, *si tu n'es pas trop bête, je te prends à Paris.* Ya sabes que me voy en seguida.

—¿En seguida?

—Dentro de media hora.

En efecto, todo estaba ya empaquetado. Las maletas estaban a punto. Hacía rato ya que les habían servido el café.

—*Eh bien,* si tú quieres, tu verras Paris. *Dis, donc, qu'est-ce que c'est qu'un ouchitel!* ¿Dónde están mis medias? ¡Anda, pónmelas!

Sacó un pie realmente adorable: moreno, pequeño, nada deformado como casi todos esos pies que parecen tan encantadores en botinas. Me eché a reír y le puse la media de seda en la pierna. Mademoiselle Blanche, mientras tanto, charlaba sentada en la cama.

—*Eh bien, que feras-tu, si je te prends avec?* Primero quiero cincuenta mil francos. Me los mandas a Francfort. *Nous allons à Paris.* Allí viviremos juntos y *je te ferai voir des étoiles en plein jour.* Verás mujeres como no las has visto jamás. Escucha...

—Espera. Si te doy cincuenta mil francos, ¿qué me quedará?

—*Et cent cinquante mille francs*, ¿lo has olvidado? Además, consiento en vivir en tu casa durante un mes o dos, *que sais-je!* Naturalmente, en dos meses gastaremos esos ciento cincuenta mil francos. Ya ves, *je sui bonne enfant!*, te lo prevengo; *mais tu verras des étoiles!*

—¿Cómo? ¿Todo en dos meses?

—¡Claro! ¡Esto te asusta! Ah, *vil esclave!* Pero ¿no sabes que un mes de esta vida vale más que toda tu existencia? Un mes ... *et apres, le déluge! Mais tu ne peux comprendre, va!* Vete, vete; no te mereces eso. ¡Ay! ¿Qué haces?

Me disponía a ponerle la otra media, pero no pude evitarlo y le besé el pie. Ella lo retiró y comenzó a darme con el pie en la cara. Por último me despidió.

—*Eh bien, mon ouchitel! Je t'attends, si tu veux.* Me voy dentro de un cuarto de hora—exclamó.

Cuando volví a mi habitación sentía vértigo. Yo no tenía la culpa de que Paulina me hubiese lanzado a la cara el fajo de billetes y desde aquella noche hubiese preferido a míster Astley. Todavía había algunos billetes en el suelo, y los recogí. En ese momento se abrió la puerta y el *maître d'hôtel* (que antes ni siquiera se dignaba mirarme) entró y me invitó a que me instalara abajo, en el espléndido apartamiento que había ocupado recientemente el conde V.

Reflexioné durante un instante.

—La nota—dije—; me voy a París dentro de diez minutos.

«A París—dije para mis adentros—. Sin duda estaba escrito.»

Un cuarto de hora más tarde, los tres, en efecto, estábamos sentados en un compartimiento familiar: mademoiselle Blanche, la señora viuda de Cominges y yo. Mademoiselle Blanche reía hasta saltársele las lágrimas mirándome. La señora viuda de Cominges la coreaba, y yo no puedo decir que estuviera contento. Mi vida se partía en dos, pero desde la víspera había adoptado la costumbre de jugarlo todo a una carta. Quizá fuera verdad que yo no había nacido para tener dinero y que había perdido la cabeza. *Peut-être, je ne demandais pas mieux.* Me parecía que durante un tiempo, pero sólo durante un tiempo, el decorado había cambiado.

«Pero dentro de un mes estaré de vuelta, y entonces.... míster Astley y yo tendremos muchas cosas de que hablar.»

Sí, recuerdo que estaba horriblemente triste, con todo y reírme a mandíbula batiente con esa mema de mademoiselle Blanche.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Eres tonto acaso? ¡Oh, qué tonto eres! —exclamaba ella dejando de reír y empezando a regañarme en serio—. Sí, sí, nos gastaremos los doscientos mil francos, pero tu seras *heureux como un petit roi.* Yo misma te haré el nudo de la corbata y te presentaré a Hortense. Y cuando hayamos gastado todo nuestro dinero, volverás aquí y otra vez harás saltar la banca. ¿Qué te dijeron los judíos? Lo esencial es la osadía, y tú la tienes, y más de una vez irás a llevarme dinero a París. *Quant a moi, je veux cinquante mille francs de rente, et alors...*

—¿Y el general?—le pregunté.

—¿El general? Sabes perfectamente que todos los días a esta hora me compra un ramo de flores. Esta vez le dije expresamente que me buscase las flores más raras. Cuando el pobre vuelva, se encontrará con que el pájaro ha volado. Correrá tras nosotros, ya verás. ¡Ja, ja, ja! Estaré muy contenta. Me será muy útil en París. Aquí pagará por él míster Astley.

De este modo me fui a París.

¿Qué diré de París?

Todo esto fue sin duda desvarío y extravagancia. No estuve más que tres semanas, y en este tiempo gasté cien mil francos. Digo solamente cien mil. Los otros cien mil se los di a mademoiselle Blanche: cincuenta mil francos en Francfort, y tres días después, en París, le di cincuenta mil francos más en un pagaré que hizo efectivo, por otra parte, al cabo de una semana.

—Et les cent mille francs qui nous restent, tu les mangeras avec moi, mon ouchitel!

Siempre me llamaba así.

Es difícil imaginar seres más desconfiados, tacaños y mezquinos que las personas de la categoría de mademoiselle Blanche en lo que se refiere a su dinero. En cuanto a mis cien mil francos, me dijo en seguida que los necesitaba para su instalación en París.

—Porque yo ahora quiero establecerme aquí muy bien de una vez, y nadie podrá hacerme descender. Al menos, he tomado las medidas necesarias —añadió.

Por lo demás, apenas he visto el color de esos cien mil francos: era ella quien tenía el dinero en su poder, y en mi cartera, que ella inspeccionaba cada día, nunca había más de cien francos, por lo general menos.

—¿Acaso necesitas dinero? —me decía a veces con su aire más cándido, y yo no discutía.

En cambio, con este dinero se arregló un bonito piso, y cuando me llevó a su nuevo apartamento me dijo, mientras me lo enseñaba:

—Mira lo que la economía y el buen gusto pueden hacer con los más escasos medios.

Sin embargo, aquella miseria costaba cincuenta mil francos netos. Con los cincuenta mil francos que le quedaban se compró un coche y caballos. Además, dimos dos bailes a los que asistieron *Hortense*, *Lisette* y *Cléopâtre*, mujeres notables en muchos aspectos y buenas chicas por añadidura. Durante estas dos veladas tuve que representar el absurdo papel de amo de casa, recibir y conversar con mujeres de comerciantes enriquecidos, extraordinariamente cortos de entendederas, pequeños oficiales de insoportable ignorancia y grosería, escritorzuelos lamentables, malos periodistas, vestidos con el frac de moda y guantes amarillos, con una vanidad y una fatuidad tales como no se puede tener idea entre nosotros, en Petersburgo, que no es poco decir. Tuvieron

incluso la idea de burlarse de mí, pero yo me dediqué a beber champaña y me fui a acostar en la habitación contigua. Todo esto me repugnaba en gran manera.

—*C'est un ouchitel*—decía mademoiselle Blanche—; *il a gagné deux cent mille francs*, y sin mí no hubiera sabido cómo gastarlos. No tardará en volver a su oficio. ¿Sabe alguno de vosotros de alguna plaza vacante? Habría que hacer algo por él.

Recurría con frecuencia al champaña, porque siempre estaba triste y me aburría espantosamente. Vivía en el medio más burgués y más mercantil, en el que cada moneda era contada y pesada. Pude darme cuenta de que Blanche no podía soportarme durante aquellos primeros quince días. Bien es verdad que me vestía elegantemente, incluso todos los días me hacía el nudo de la corbata, pero en el fondo me despreciaba cordialmente. A mí todo esto me tenía sin cuidado. Triste y melancólico, comencé a salir. Con frecuencia me iba al *Château des Fleurs*, donde me embriagaba regularmente cada noche y aprendía el cancán (que allí se baila de una manera indecente), y, en consecuencia, hasta adquirí cierta celebridad en este género. Por último, Blanche comprendió quién era yo: se había imaginado siempre que, durante todo el tiempo de nuestras relaciones, yo la seguiría con un lápiz y un papel en la mano, contando lo que ella gastaba, lo que me robaba, lo que gastaría o lo que todavía habría de robarme. Y estaba convencida de que le iba a costar una verdadera lucha arrancarme cada moneda de diez francos. A cada uno de mis supuestos ataques tenía preparada una respuesta. Pero como yo no pasaba al ataque, tomó la iniciativa. Al principio creyó que yo era un perfecto imbécil, un *uchítel*, y se limitaba a interrumpir sus explicaciones, pensando sin duda: «Es un imbécil. ¿Para qué estar machacando, si no entiende nada?»

A veces salía y volvía diez minutos después, lo cual sucedía cuando gastaba de una manera insensata, gastos que nuestros medios no nos permitían: cuando, por ejemplo, cambió sus caballos por un tronco de seis mil francos.

—*Bibi*, ¿no te enfadas? —dijo acercándose a mí.

—¡No, no! ¡Me estás fastidiando! —dije apartándola con la mano.

Pero esto le pareció tan extraño que inmediatamente se sentó a mi lado.

—Mira, si me he decidido a pagarlo tan caro ha sido porque se trataba de una ocasión. Podremos revenderlos a veinte mil francos.

—Te creo, te creo. Son buenos caballos, y tú tienes ahora un magnífico tiro. Te será muy útil. No hablemos más.

—Entonces, ¿no te has enfadado?

—¿Por qué? Me parece bien que te proporciones lo indispensable. Todo esto te será útil más tarde. Veo realmente que tienes que establecerte bien. De otro modo, nunca llegarías a tener el millón. Nuestros cien mil francos no son más que el principio, una gota de agua en el océano.

Blanche, que lo esperaba todo y más bien gritos y reproches que consideraciones de este tipo, pareció como si cayera del cielo.

—De manera..., de manera... ¡Hay que ver cómo eres! *Mais tu as l'esprit pour comprendre! Sais-tu, mon garçon*, aunque seas un *uchítel*, has nacido para príncipe. Entonces, ¿no te quejas de que nuestro dinero se gaste tan rápidamente?

—¡No, al diablo ese dinero! ¡Que se gaste bien de prisa!

—*Mais... sais-tu... mais dis donc*, ¿acaso eres rico? *Mais, sais-tu*, desprecias demasiado el dinero. *Qu'est-ce que tu feras après, dis donc?*

—Después me iré a Homburg y volveré a ganar otros cien mil francos.

—*Oui, oui, c'est ça, c'est magnifique!* Y estoy segura de que ganarás y me traerás aquí el dinero. *Dis donc*, acabarás haciendo que te quiera de veras. *Eh bien*, puesto que eres así, te querré durante todo este tiempo y no te seré infiel ni una sola vez. ¿Ves? En estos últimos tiempos no te quería *parce que je croyais que tu n'étais qu'un ouchitel (quelque chosa comme un laquais, n'est-ce pas?)*, y, sin embargo, te he sido fiel, *parce que je suis bonne fille.*

—¡No me digas! ¿Y con Albert, ese oficialillo moreno, crees que no te vi la última vez?

—*Oh! Oh!, mais tu es...*

—Mientes, mientes, pero no vayas a imaginarte que esto me molesta. Me cisco; *il faut que jeunesse se passe.* No ibas a echarlo, si estaba antes que yo y tú le querías. Pero no le des dinero, ¿me entiendes?

—Entonces ¿no te has enfadado por esto? *Mais tu es un vrai philosophe, sais-tu? Un vrai philosophe!*—exclamó con entusiasmo—. *Eh bien, je t'aimerai, tu verras, tu seras content!*

Y, de hecho, desde aquel día, en cierto modo, me cobró afecto, me demostró incluso amistad. Así pasaron nuestros últimos diez días. No vi las «estrellas» prometidas, pero, en cierto modo, mantuvo su palabra. Además, me hizo conocer a *Hortense*, mujer extraordinariamente notable en su género y a quien nuestro círculo llamaban *Thérèse philosophe.*

Por lo demás, no hay por qué extenderse en todo esto. Todo ello podría ser objeto de un relato aparte, con un colorido particular que no quiero dar a esta narración. La verdad es que yo deseaba con todas mis fuerzas que todo aquello terminara lo antes posible. Pero, como ya he dicho, nuestros cien mil francos duraron casi un mes, cosa que me sorprendió sinceramente. Blanche

gastó por lo menos ochenta mil francos en compras para ella. Nosotros solamente gastamos veinte mil en todo y para todo..., y fue bastante. Blanche, que al final era casi franca conmigo (o al menos no me mentía en todas las cosas), reconoció que por lo menos yo no tendría que responder de las deudas que ella se había visto obligada a contraer.

—No te he dado facturas ni letras de cambio para que las firmes —me dijo—, porque me has dado lástima. Otra, seguro que lo habría hecho y te hubiese enviado a la cárcel. Ya ves cuánto te quiero y lo buena que soy. ¡Y esa maldita boda me va a costar cantidades fabulosas!

Porque realmente tuvimos una boda. Se celebró a fines de nuestro mes y hay que suponer que se gastaron en ella las últimas migajas de mis cien mil francos. Así terminó la historia, quiero decir nuestro mes de vida en común. Después de esto, oficialmente me retiré.

He aquí cómo sucedieron las cosas: ocho días después de nuestra instalación en París se presentó el general. Fue directamente a ver a Blanche, y desde su primera visita ya casi no se movió de allí.

Bien es verdad que había alquilado un cuarto no sé dónde. Blanche lo recibió alegremente, con exclamaciones y risas, e incluso le echó los brazos al cuello. Las cosas sucedieron de tal modo que fue ella quien lo retuvo. Él la acompañaba a todas partes: a los bulevares, al paseo, al teatro, a casa de sus amigos. El general estaba todavía a la altura de este empleo. Imponente, impecable, con su arrogante estatura, sus patillas teñidas (había servido en los coraceros), con un hermoso rostro aunque algo marchito. Sus modales eran excelentes. Vestía con soltura. En París sacó sus condecoraciones. No sólo era posible, sino, valga la expresión, recomendable pasearse por los bulevares en compañía de un hombre semejante.

El bueno y estúpido general sentíase a sus anchas. No esperaba tanto cuando se presentó en nuestra casa a su llegada a París. Casi temblaba de miedo creyendo que Blanche iba a chillarle y echarlo de casa. El giro que tomaban los acontecimientos le encantó, y todo aquel mes lo pasó en una especie de éxtasis beatífico. Hallábase en el mismo estado cuando lo dejé. Supe allí que, después de nuestra repentina partida de Roulettenburg, tuvo, aquella misma mañana, una especie de ataque. Había caído sin conocimiento. Durante toda una semana estuvo como loco, diciendo palabras incoherentes. Le cuidaron, pero de pronto dejó a todos plantados, tomó el tren y se fue a París. Ni que decir tiene que la acogida de Blanche fue para él el mejor de los remedios, pero los síntomas de su enfermedad subsistieron largo tiempo, a pesar de sus afortunadas disposiciones. Ya era incapaz de reflexionar o incluso de seguir

una conversación un poco seria. En casos así, se limitaba a añadir: «¡Hum!» a cada palabra y bajar la cabeza. Así salía del paso. Reía con frecuencia, pero con una risa entrecortada, nerviosa, enfermiza. A veces se quedaba horas enteras, sombrío como la noche, frunciendo su poblado entrecejo. Había olvidado por completo muchas cosas.

Se hizo distraído hasta la exasperación, y adquirió la costumbre de hablar solo. Únicamente Blanche podía devolverlo a la vida. Sus accesos de mal humor, cuando se quedaba en un rincón, revelaban solamente que no había visto a Blanche desde hacía tiempo, o que Blanche había salido y no se lo había llevado, o que había olvidado acariciarlo antes de irse. No hubiera sabido decir entonces lo que deseaba, e incluso ignoraba que estaba triste y melancólico. Cuando permanecía inmóvil una o dos horas (lo observé varias veces, cuando Blanche se había ausentado todo el día, sin duda para verse con Albert), comenzaba de pronto a mirar en torno, a agitarse, a volverse a un lado y a otro; parecía querer acordarse de alguna cosa y encontrar a alguien. Pero, no viendo a nadie y no recordando lo que quería preguntar, volvía a caer en su amodorramiento hasta que Blanche regresaba, alegre, vivaz, de punta en blanco, riendo a carcajadas. Corría a él, le hacía carantoñas e incluso lo besaba, aunque raras veces le concedía este favor. Una vez el general se sintió tan feliz al verla que se puso a llorar. Me sorprendió.

Blanche, desde la llegada del general, comenzó a abogar por él. Se lanzó incluso a pronunciar largos discursos, recordó que lo había engañado por mi culpa, que ella era casi su prometida, que le había dado su palabra, y que por ella había abandonado a toda su familia; que, en fin, yo había estado a su servicio y que debía comprender..., no tenía escrúpulos... Yo no decía nada, mientras ella no paraba de hablar.

Por último me eché a reír, y las cosas quedaron tal cual, es decir, que primero me consideró un imbécil y luego se detuvo ante la idea de que era un buen chico, dotado de un buen carácter. En una palabra, tuve la dicha de merecer hasta el fin la entera benevolencia de esta digna señorita (porque Blanche era realmente una excelente chica... en su género, naturalmente; al principio, yo no había sabido apreciar esto en su justo valor).

—Eres inteligente y bueno —me decía hacia el final de aquellos días—, y es una verdadera lástima que seas tan memo. Nunca, nunca ganarás nada. *Un vrai Russe, un Kalmouk!*

Varias veces me mandó pasear al general, como si hubiese enviado a un lacayo a que sacase a tomar el aire a su perro. Me lo llevé al teatro, al *Bal Mabille* y a los restaurantes. Blanche me daba dinero para estas salidas, aunque

el general tuviese y le gustara mucho echar mano de su cartera en público. Un día casi tuve que emplear la fuerza para impedirle comprar un broche de setecientos francos que había estado admirando en el Palais-Royal y que estaba empeñado en regalar a Blanche. ¿Qué era para ella un broche de setecientos francos? El general poseía únicamente mil francos. Jamás pude saber de dónde procedían. Supongo que los habría obtenido de míster Astley, tanto más cuanto que éste había pagado sus gastos del hotel.

Por lo que se refiere a la atención que me concedió durante este período, me parece que el general no sospechó siquiera mis relaciones con Blanche. Había oído vagamente que yo había ganado una fortuna, pero suponía que estaba con Blanche a título de secretario particular o quizá de doméstico. Al menos continuaba hablándome alto, con tono de mando, y a veces hasta se permitía regañarme. Una mañana, mientras tomábamos café, nos divirtió mucho a Blanche y a mí. No era muy susceptible. ¿Por qué de pronto le ofendió mi presencia? Todavía lo ignoro. Probablemente no sabía nada. En fin, lanzó un discurso sin pies ni cabeza *à bâtons rompus*, gritó diciendo que yo era un pícaro y que iba a darme lo mío y que me haría comprender, etc. Pero nadie pudo comprender nada. Blanche se cansó de reír. Por último conseguimos calmarlo como pudimos y nos lo llevamos a dar una vuelta. En varias ocasiones observé que tenía accesos de tristeza, echaba de menos a algo o a alguien, sentía la nostalgia de alguien a pesar de la presencia de Blanche. Dos o tres veces me tomó por confidente, pero nunca pude sacar nada en claro: hablaba del servicio, de su difunta mujer, de sus tierras y de su fortuna. Se fijaba en una palabra que le gustaba y la repetía cien veces durante el día, aunque no expresara ni sus sensaciones ni sus pensamientos. Intenté llevar la conversación a sus hijos, pero entonces se ponía a hablar sin ton ni son, como en otras ocasiones, y pasaba de un tema a otro.

—Sí, sí, los niños, tiene usted razón, los niños.

Sólo una vez se enterneció mientras íbamos al teatro.

—Son unos niños desgraciados —comenzó de pronto —, sí, señor, sí, son desgraciados.

Y más de una vez, aquella noche, repitió:

—¡Desgraciados niños!

Cuando quise hablarle de Paulina se enfureció.

—¡Es una ingrata! —exclamó—. ¡Una malvada y una ingrata! ¡Ha deshonrado a la familia! ¡Si aquí hubiese leyes, ya le daría yo! ¡Sí, sí!

En cuanto a Des Grieux, no podía ni oír pronunciar su nombre.

—Me ha perdido —decía—, me ha despojado, estrangulado. Ha sido mi pesadilla durante dos años. He soñado con él meses enteros. Es... es... ¡Oh, no me hable nunca de él!

Me daba cuenta de que había un acuerdo entre ellos, pero me callaba, siguiendo mi costumbre. Blanche fue la primera que me lo dijo: exactamente ocho días antes de que nos separásemos.

—*Il a des chances* —decía—; *babouchka* está realmente enferma y se morirá de un momento a otro. Míster Astley nos ha enviado un telegrama. Convendrás en que, a pesar de todo, el general es su heredero. Y, si no lo fuera, tampoco me molestaría. En primer lugar, tiene su pensión, y luego vivirá en la habitación del fondo, donde se sentirá completamente feliz. Yo seré *Madame la Générale*. Podré entrar en la buena sociedad —era el sueño de Blanche—, y además seré una propietaria rusa, *j'aurai un château, des moujiks, et puis j'aurai toujours mon million!*

—Y si empieza a ponerse celoso y a exigir... Dios sabe qué..., ¿comprendes?

—¡Oh, no, no! ¡No se atreverá! He tomado mis medidas y estoy tranquila. Le he hecho ya firmar algunos pagarés a nombre de Albert. Apenas cambie de idea..., inmediatamente será castigado... Pero no se atreverá.

—Entonces, cásate con él.

Celebróse la boda sin especial solemnidad, sencillamente, en familia. Fueron invitados Albert y algunos íntimos. Hortense, Cléopâtre y las otras fueron dejadas resueltamente al margen. El novio tomaba muy en serio su nueva situación. Blanche le hizo el nudo de la corbata y le peinó. Con chaqué y chaleco blanco, parecía un hombre *très comme il faut*.

—*Il est pourtant très comme il faut* —me declaró Blanche saliendo de la habitación del general, como si esta idea la conmoviera.

Como yo no entraba en los pormenores y no tomé parte en nada sino como espectador indiferente, he olvidado en gran parte lo que pasó entonces. Recuerdo sólo que descubrió que Blanche no se llamaba exactamente de Cominges (ni su madre la señora viuda de Cominges), sino del Placet. Ignoro por qué una y otra habían adoptado aquel nombre hasta ese día. Pero el general se mostró encantado, e incluso le gustó más del Placet que de Cominges. La mañana del matrimonio, ya completamente vestido, se paseaba por el salón y repetía sin descanso, con un aire extremadamente serio:

—*Mademoiselle Blanche du Placet! Blanche du Placet! Du Placet! Mademouazelle Blanca diou Placette...!*

Y una cierta suficiencia resplandecía en su semblante. En la iglesia, en la alcaldía y en la casa, durante el banquete, pareció no solamente feliz, sino

orgulloso. Algo les había sucedido a los dos. También Blanche comenzó a darse aires de importancia.

—Ahora deberé comportarme de un modo muy distinto —me dijo con la mayor seriedad—, *mais, vois-tu*, hay algo muy desagradable en lo que no había pensado: imagínate que todavía no consigo acordarme de mi nuevo apellido: Zagorianski, Zagorianski, *madama la générale de Sago... Sago...* ¡Estos condenados nombres rusos! *Enfin, madame la générale à quatorze consonnes! Comme c'est agréable, n'est-ce pas?*

Por último nos separamos, y Blanche, aquella estúpida Blanche, derramó algunas lágrimas al despedirse de mí.

—*Tu étais bon enfant* —me dijo lloriqueando—. *Je te croyais bête et tu en avais l'air*, pero te sienta bien.

Después de haberme estrechado la mano por última vez, dijo de pronto:

—¡Espera!

Se precipitó hacia su tocador, y al instante volvió con dos billetes de mil francos. Jamás lo hubiese creído.

—Toma. Podrás necesitarlo. Quizás eres inteligente como *uchítel*, pero como hombre eres estúpido. No te daré más, porque de todas maneras lo perderías todo. Bueno, ¡adiós! *Nous serons toujours bons amis.* De todos modos, si ganas, vuelve a verme sin falta, *et tu seras heureux!*

Todavía me quedaban unos quinientos francos. Poseía además un hermoso reloj que valía un millar de francos, y mis gemelos de brillantes. Por tanto, podía vivir mucho tiempo sin preocuparme por nada. Me instalé en este condenado pueblo para ordenar mis ideas y, sobre todo, espero a míster Astley. Sé de buena tinta que ha de pasar por aquí y quedarse veinticuatro horas por una cuestión de negocios. Lo sabré todo..., y después... Después iré directamente a Homburg. No volveré a Roulettenburg por lo menos hasta el año que viene. Dícese que es un cálculo equivocado intentar dos veces la suerte en la misma mesa. Y en Homburg se juega de veras.

Hace ya veinte meses que no he mirado estas notas. Únicamente hoy, para distraerme de mi angustia y de mi tristeza, se me ha ocurrido la idea de releerlas. Había quedado en mi partida para Homburg. ¡Dios mío! Con qué corazón tan ligero, relativamente hablando, he escrito estas últimas líneas. Y si no con corazón ligero, al menos con qué suficiencia, qué inquebrantable esperanza. ¿Dudaba un ápice de mí? Ahora han pasado más de dieciocho meses, y, a mi juicio, estoy en una situación peor que la de un mendigo. ¿Por qué un mendigo? ¡Me río de la mendicidad! Ahora sí que estoy francamente perdido. Por otra parte, esto casi no puede compararse con nada, y no voy a dármelas de moralista. Nada más absurdo que la moral en un momento semejante. ¡Oh, la gente satisfecha de sí misma! Con qué vanidosa suficiencia esos charlatanes están dispuestos a pronunciar sentencias. ¡Si supiesen de qué modo comprendo la abominación de mi situación actual, no encontrarían palabras para aleccionarme! ¿Y qué pueden decirme de nuevo que yo no sepa ya? Naturalmente, se trata de eso. Lo cierto es que... que una simple vuelta de rueda puede cambiarlo todo, y esos mismos moralistas serán entonces los primeros (estoy seguro) de felicitarme bromeando amistosamente. No se apartarían de mí como hacen ahora. Pero escupo a toda esa gente. ¿Qué soy ahora? Un cero. ¿Qué puedo ser mañana? Puedo resucitar a los muertos y comenzar a vivir. Puedo descubrir al hombre en mí antes de que se haya perdido.

Realmente, me fui a Homburg, pero... inmediatamente volví a Roulettenburg, y a Spa, e incluso a Baden, donde acompañé como ayuda de cámara al consejero Hinze, un miserable que ha sido mi amo aquí. Sí, he sido lacayo durante cinco meses. Ocurrió esto a poco de salir de la cárcel. (Porque yo había sido encarcelado por deudas contraídas en Roulettenburg. Un desconocido pagó por mí. ¿Quién? ¿Míster Astley? ¿Paulina? Lo ignoro, pero mi deuda fue pagada: doscientos táleros en total, y me dejaron en libertad.) ¿Dónde podía ir? Fue entonces cuando me puse a trabajar para ese Hinze. Es un muchacho aturdido al que le gusta la vagancia, y yo sé hablar y escribir en tres idiomas. Al principio, fui algo así como su secretario, por treinta florines al mes. Pero, al final, fui realmente su criado: no estaba en situación de tener un secretario, y me rebajó el sueldo. Yo no tenía adónde ir, me quedé y así me convertí en lacayo. Mientras estuve a su servicio, ni comía ni bebía, pero, en cambio, ahorré setenta florines en diez meses. Una noche, en Baden, le anuncié que me iba. Aquella misma noche fui a la ruleta. ¡Cómo latía mi

corazón! No, no era el afán de dinero. Quería solamente que a partir del día siguiente todos esos Hinzes, todos esos *maîtres d'hôtel*, todas esas hermosas damas de Baden hablasen de mí, contasen mi historia, me admirasen, me abrumaran de cumplidos y se inclinaran ante mi nueva suerte en el juego. Eran sueños y preocupaciones pueriles..., pero... ¡quién sabe! Acaso volviera a ver a Paulina; le contaría mis aventuras y vería que estoy por encima de todos esos golpes de la suerte... ¡Oh, no! No ansiaba el dinero. Estoy convencido de que todavía lo hubiese derrochado con una Blanche cualquiera y de nuevo me habría exhibido tres semanas en París, con un tronco de caballos que me hubiese costado dieciséis mil francos. Sé perfectamente que no soy tacaño; creo incluso que soy pródigo..., y, sin embargo, con qué emoción, con qué opresión en el pecho agucé el oído para escuchar lo que decía el *croupier*: «*Trente et un, rouge, impair et passe!*», o: «*Quatre, noir, pair et manque!*» ¡Con qué avidez miraba la mesa de juego, en la que estaban esparcidos luises de oro, federicos y táleros, las monedas de oro apiladas, arrastradas por la raqueta del *croupier* en montones resplandecientes como las brasas, o los largos cartuchos de monedas de plata que rodeaban la rueda! Antes de llegar a la sala de juego, en cuanto oí el tintineo de las monedas, me sentí desfallecer.

La noche en que dejé mis setenta florines en la mesa de juego fue prodigiosa. Comencé con diez florines que puse al *passe*. Tenía un prejuicio favorable al *passe*. Perdí. Me quedaban sesenta florines en monedas de plata. Reflexioné... y puse en el *zéro*. Creí morir de alegría cuando recibí ciento setenta y cinco florines. Nunca había sido tan feliz, excepto cuando gané cien mil. Inmediatamente puse cien florines al *rouge*..., y gané. Doscientos al *rouge*..., y gané. Cuatrocientos al *noir*..., y gané; ochocientos sobre *manque*..., y volví a ganar. Poseía en total mil setecientos florines. ¡Y esto en menos de cinco minutos! En momentos como éste se olvidan todos los fracasos del pasado. Porque había logrado esto arriesgando más que mi vida; me había atrevido a correr un riesgo, y... de nuevo me encontraba entre los hombres.

Alquilé una habitación en el hotel y me encerré con llave. Tres horas estuve contando mi dinero. Cuando me desperté, ya no era un lacayo. Decidí marcharme a Homburg aquel mismo día: allí no había sido criado de nadie ni había estado en la cárcel. Media hora antes de salir el tren volví a jugar, dos veces más, y perdí quinientos florines. Inmediatamente me fui a Homburg, y aquí estoy desde hace dos meses.

Vivo en continua angustia; me quedo días enteros junto a la mesa de juego, OBSERVANDO; sueño hasta con el juego... y, sin embargo, me parece que me he encallecido, que me he hundido en el fango. Deduzco esto por la impresión que

me produjo el encuentro con míster Astley. No habíamos vuelto a vernos, y nos encontramos por casualidad. He aquí cómo. Yo iba por el jardín y pensaba que casi no tenía dinero, pero que me quedaban cincuenta florines y que, además, había pagado por adelantado mi cuenta del hotel donde ocupo una pequeña habitación. Me quedaba, por tanto, la posibilidad de ir a jugar una sola vez a la ruleta. Si ganaba, por poco que fuese, podría continuar jugando. Si perdía, tendría que volver a emplearme como lacayo, en el caso de que encontrase a una familia rusa que necesitara un preceptor... Preocupado con esta idea, iba a dar mi paseo cotidiano por el parque y el bosque, en el principado vecino. Así caminaba a veces cuatro horas seguidas y volvía a Homburg fatigado y hambriento. Acababa de entrar en el parque, cuando de pronto vi a míster Astley en un banco. Me vio él primero y me llamó. Me senté a su lado. Al advertir su rostro demasiado grave, moderé en seguida mi alegría. Me sentía encantado de verlo.

—¿De modo que está usted aquí? Suponía que le encontraría —dijo—. No se moleste en contarme nada. Lo sé, lo sé todo. Conozco toda su vida durante estos últimos veinte meses.

—¡Ah! ¡Bah! ¿De manera que hace usted vigilar a sus viejos amigos? —le respondí—. Esto le honra; no es usted olvidadizo... Espere; me ha dado una idea: ¿no es usted quien me sacó de la cárcel, donde me metieron por una deuda de doscientos florines? Un desconocido pagó por mí.

—No, no, no he sido yo, pero sabía que había estado usted en la cárcel por deudas contraídas en Roulettenburg.

—¿Sabe usted entonces quién me liberó?

—No, no puedo decirle que lo sepa.

—¡Qué extraño! No conozco a ningún ruso por aquí, y, por otra parte, no es posible que me hayan prestado este servicio. Es allí, en Rusia, donde los ortodoxos redimen a sus hermanos. Y pensé que habría sido algún original inglés que lo habría hecho por extravagancia.

Míster Astley me escuchaba con cierto asombro. Pensaba sin duda encontrarme triste y abatido.

—Sea como sea, estoy encantado de volver a verle, con toda su independencia de espíritu e incluso con su alegría —dijo con un tono muy áspero.

—Es decir, que usted, en su interior, se enfurece de despecho por no verme abatido y humillado —dije riendo.

Al principio no lo comprendió todo, pero cuando lo hubo entendido sonrió.

—Me divierten sus observaciones. Reconozco en esta conversación a mi

viejo amigo de otro tiempo, entusiasta, inteligente y al mismo tiempo cínico. Solamente los rusos son capaces de poseer tantas contradicciones. Es exacto que al hombre le gusta ver a su mejor amigo humillado ante él: frecuentemente la humillación se apoya en la amistad. Es una vieja verdad conocida por todos los inteligentes. Pero, en este caso, le aseguro que me siento sinceramente feliz de no haberle encontrado abatido. Dígame, ¿tiene la intención de renunciar al juego?

—¡Oh, al diablo el juego! Renunciaría inmediatamente a él si...

—Si ahora recobrase su dinero. Es lo que yo me imaginaba. No siga... lo sé... Ha dicho usted esto sin refexionar... Por tanto, ha dicho la verdad. Dígame: aparte el juego, ¿no se ocupa usted en nada?

—No...

Me hizo sufrir un examen. Yo no sabía nada; apenas había hojeado los periódicos y no había abierto un solo libro durante aquel tiempo.

—Se ha encallecido usted —observó—. No sólo se ha apartado de la vida, de sus intereses, de los de la sociedad, de sus deberes de hombre y de ciudadano, de sus amigos (porque usted los tiene); no solamente le ha vuelto la espalda a todo excepto a ganar, sino que se la ha vuelto a sus recuerdos... Le recuerdo todavía en una época apasionada e intensa de su vida, pero estoy seguro de que ha olvidado todas sus mejores impresiones de ese período. Sus sueños, sus deseos no van más allá del *pair* y el *impair*, del *rouge*, *noir*, las doce cifras del centro, etcétera. ¡Estoy convencido!

—Basta, míster Astley, se lo ruego, se lo ruego, no me hable del pasado —exclamé disgustado, casi con cólera—. Sepa que no he olvidado nada, pero, por un tiempo, he apartado todo esto de mi espíritu, incluso mis recuerdos..., en espera de que se restablezca por completo mi situación... Entonces, ya lo verá usted, resucitaré a los muertos.

—Todavía estará usted aquí dentro de diez años —me dijo—. Apuesto a que le recordaré esto en este mismo banco, si vivo entonces.

—Bueno, basta. —interrumpí con impaciencia— Y para demostrarle que no soy tan olvidadizo, ¿me permite que le pregunte dónde está ahora miss Paulina? Si no ha sido usted el que ha pagado mis deudas, tiene que haber sido ella, no hay duda. Nunca he tenido noticias de ella.

—No, ¡oh, no! No creo que haya sido ella la que pagó sus deudas. Ahora está en Suiza, y me haría usted un gran placer no haciéndome más preguntas sobre miss Paulina —dijo con energía y hasta iracundo.

—¿De modo que también a usted le ha hecho mucho daño? —dije echándome a reír a pesar mío.

—Miss Paulina es el ser mejor de todos los seres más dignos de estimación, pero le repito que me proporcionaría usted un gran placer dejando de hacerme preguntas sobre ella. Usted no la ha conocido nunca, y considero su nombre en sus labios como una ofensa a mi sentido moral.

—¿De veras? Se equivoca usted, porque ¿de qué otra cosa puedo hablar con usted? ¡Piénselo! Todos nuestros recuerdos se reducen a esto. No tema nada, no tengo ninguna intención de conocer su historia íntima. Me intereso tan sólo, digámoslo así, por la situación exterior de miss Paulina, por las condiciones externas en que ahora se encuentra. Esto puede decirse en dos palabras.

—Sea, a condición de que después de estas dos palabras no hablemos más de ella. Miss Paulina estuvo mucho tiempo enferma, lo está todavía. Vivió algún tiempo con mi madre y mi hermana en el norte de Inglaterra. Hace seis meses, su abuela (ya recordará usted a aquella mujer completamente loca) murió y le dejó siete mil libras. Ahora miss Paulina viaja con la familia de mi hermana, que se ha casado. El testamento de la abuela asegura igualmente la suerte de su hermanita y de su hermanito, que estudian en Londres. El general, su padrastro, ha muerto hace un mes en París de un ataque de apoplejía. Mademoiselle Blanche lo trató muy bien, pero ha conseguido que pasara a ella todo lo que él recibió de la abuela. Creo que eso es todo.

—¿Y Des Grieux? ¿No viaja también por Suiza?

—No, Des Grieux no viaja por Suiza y no sé por dónde anda. Además, le aconsejo de una vez para siempre que evite este género de alusiones y de vinculaciones fuera de lugar; si no, tendrá que vérselas conmigo.

—¡Cómo! ¿A pesar de nuestra vieja amistad?

—Sí.

—Le pido mil veces perdón, míster Astley. Pero permítame: no hay nada de ofensivo ni fuera de lugar. No acuso de nada a miss Paulina. Además..., un francés y una señorita rusa, hablando en términos generales, constituyen una vinculación que ni usted ni yo podemos esclarecer ni comprender completamente.

—Si usted no asocia el nombre de Des Grieux a otro nombre, le exigiré que me explique lo que entiende por la expresión «un francés y una señorita rusa». ¿Qué vinculación es ésa? ¿Por qué precisamente un francés y una señorita rusa?

—Ya ve usted como le interesa. Pero esto es una larga historia, míster Astley. Tendría usted que conocer primero muchas cosas. Por lo demás, es un grave problema, por cómico que parezca a primera vista. El francés, míster Astley, es una forma acabada y elegante. Como británico, quizá no opine

usted lo mismo. Yo, como ruso, tampoco estoy conforme, aunque sólo sea por celos. Pero acaso nuestras muchachas piensan de otro modo. A usted Racine le puede parecer afectado, cursi y perfumado, y seguramente no lo leerá. A mí también me parece afectado, cursi y perfumado, e incluso ridículo desde determinado punto de vista. Pero es encantador, míster Astley, y, sobre todo, es un gran poeta, queramos o no. La forma nacional del francés, es decir, del parisiense, se ha vaciado en un molde elegante cuando nosotros éramos osos todavía. La Revolución ha heredado de la nobleza. Hoy día, el más tosco de los franceses puede tener modales, actitudes, expresiones y hasta ideas de una forma perfectamente elegante, sin que su iniciación, su alma o su corazón tengan que ver nada con ello. Todo le ha sido transmitido por herencia. De por sí pueden ser las criaturas más hueras y viles. Y le digo yo ahora, míster Astley, que no hay ser en el mundo más confiado y crédulo que una muchacha rusa, buena, inteligente y no demasiado cursi. Aparece un Des Grieux en no importa qué papel, bajo una máscara, y puede conquistar su corazón con una increíble facilidad. Tiene una forma elegante, míster Astley, y la muchacha toma esa forma por su alma, por la forma natural de su alma y de su corazón, y no por la costumbre que le ha sido transmitida por herencia. Aunque le disguste mucho, debo confesarle que los ingleses suelen ser metódicos y estar desprovistos de elegancia, y los rusos, por instinto, saben discernir la belleza y están ávidos de ella. Mas, para distinguir la belleza del alma y la originalidad de la personalidad, se precisa incomparablemente más independencia y libertad de la que tienen nuestras mujeres, con mayor motivo nuestras muchachas, y, en todo caso, más experiencia. Miss Paulina (perdóneme, se me ha escapado su nombre) tendrá necesidad de mucho tiempo antes de que se decida a colocarle a usted por encima de un miserable Des Grieux. Le quiere y será su amiga, le abrirá por completo su corazón, pero, no obstante, en ese corazón reinará ese aborrecido miserable, ese vil y mezquino usurero que se llama Des Grieux... Esto quizá dure por terquedad, digámoslo así, por amor propio, porque ese mismo Des Grieux se le apareció un día bajo la aureola de un marqués elegante, de un liberal desencantado, presuntamente arruinado por haber querido acudir en ayuda de su familia y de ese atolondrado general. Todos sus ardides se han descubierto luego. Pero eso no tiene importancia: devuélvale el Des Grieux de otro tiempo. ¡Esto es lo que ella quiere! Y cuanto más detesta a los Des Grieux de hoy, más echa de menos al antiguo, aunque no haya existido sino en su imaginación. ¿Tiene usted negocios de azúcar, míster Astley?

—Sí, soy comanditario de la gran refinería «Lowell and Company».

—¡Ah! ¿Lo ve, míster Astley? Por una parte, un negociante en azúcar; por la otra..., el Apolo del Belvedere. Esto no encaja. Y yo ni siquiera soy negociante en azúcar: yo soy un mísero jugador de ruleta, y hasta he sido un criado, cosa que seguramente ya sabrá miss Paulina, porque parece tener una policía muy eficaz.

—Está usted amargado, y por eso dice todas esas tonterías —dijo míster Astley con frialdad después de haber reflexionado unos instantes—. Además, sus palabras carecen de originalidad.

—¡De acuerdo! Y justamente lo que tiene de horrible, amigo mío, es que todas mis acusaciones, tan pasadas de moda, tan chatas y tan vodevilescas, son, sin embargo, ciertas. A pesar de todo, ni usted ni yo hemos conseguido nada.

—Es una abominación y una tontería..., porque..., porque... sepa usted —exclamó míster Astley con voz temblorosa y ojos brillantes—, sepa usted, hombre ingrato, indigno, mezquino y desdichado, que yo he venido a Homburg por orden suya, para verle, para hablar con usted largo rato, y llevarle a ella... sus sentimientos, sus pensamientos, sus esperanzas y... sus recuerdos.

—¿Es posible? ¿Es posible? —exclamé, y gruesas lágrimas brotaron de mis ojos.

No pude contenerlas, y creo que fue la primera vez en mi vida que he llorado.

—Sí, desdichado, ella le ama. Puedo decírselo porque usted es ya un hombre perdido. Además, si le digo que ella le ama todavía, usted..., ¡usted, sin embargo, se quedará aquí! Sí, ¡está usted perdido! Tiene usted ciertas aptitudes, un genio vivo y no era usted un malvado. Incluso hubiese podido ser útil a su país, que tanta necesidad de hombres tiene, pero... Usted se quedará aquí y su vida se habrá acabado. No le acuso. A mi entender, todos los rusos son así, o se sienten inclinados a serlo. Si no existiera la ruleta, sería otra cosa. Las excepciones son demasiado raras. No es usted el primero en desconocer el trabajo (no me refiero a su pueblo). La ruleta es un juego ruso por excelencia. Hasta ahora ha sido usted un hombre honrado y ha preferido ser lacayo antes que robar..., pero tiemblo al pensar lo que será de usted en el futuro. ¡Y basta ya, adiós! Necesita dinero, ¿verdad? Aquí tiene diez luises de oro. No le doy más, porque de todos modos lo perderá igualmente. Tome esto y adiós. ¡Tome!

—No, míster Astley; después de todo lo que acabamos de decir...

—¡Tome! —gritó—. Estoy convencido de que usted es todavía un hombre noble y le doy este dinero como un amigo puede dárselo a un verdadero amigo. Si pudiera estar seguro de que inmediatamente renunciaría al juego, a Homburg y regresaría a su país, estaría dispuesto a entregarle ahora mismo mil libras para que comenzara una nueva vida. Pero no le doy más que diez luises de oro en lugar de mil libras. Hoy, para usted, lo mismo da mil libras que diez luises de oro: los perderá. Tome y adiós.

—Acepto si permite que le abrace.

—Con mucho gusto.

Nos abrazamos cordialmente, y míster Astley se fue.

No, se ha equivocado. Si he sido duro y estúpido con respecto a Paulina y Des Grieux, él ha sido duro y estúpido con respecto a los rusos. Por lo que a mí se refiere, no digo nada. Además..., además, por el momento, no se trata de eso: todo es palabrería, palabrería y falta de hechos. Lo esencial, ahora, es Suiza. Mañana... ¡Si pudiera irme mañana! ¡Renacer, resucitar! Hay que intentarlo..., que Paulina sepa que todavía puedo ser un hombre. Bastaría...; por otra parte, ahora es demasiado tarde, pero mañana... ¡Oh!, tengo un presentimiento, no puede ser de otro modo. Tengo ahora quince luises de oro y he comenzado con quince florines. Si se empieza con precaución. ¿Es posible que yo sea tan niño? ¿Es que no comprendo que soy un hombre perdido? ¡Sí! Bastaría ser prudente y paciente una sola vez en mi vida, y esto es todo. Bastaría una sola vez tener carácter y, en una hora, podría cambiar todo mi destino. Lo esencial es el carácter. No tengo más que acordarme de lo que me sucedió hace siete meses en Roulettenbourg, antes de arruinarme definitivamente. ¡Aquél fue un ejemplo de resolución!: lo había perdido todo, todo... Salgo del casino, miro..., todavía se paseaba un florín por el bolsillo de mi chaleco: «¡Ah, todavía tengo con qué comer!», me dije, pero, apenas hube dado cien pasos, lo pensé mejor y desanduve el camino. Puse ese florín a *manque* (esta vez fue *manque*), y realmente, se experimenta una sensación particular cuando solo, en un país extranjero, lejos de la patria, de los amigos, no sabiendo si se va a comer aquel día, arriesga uno su último florín, el último, ¡el último! Gané, y veinte minutos más tarde salí del casino con setenta florines en el bolsillo. ¡Es un hecho! ¡He aquí lo que a veces puede significar el último florín! ¿Y si me hubiese dejado abatir, si no hubiese tenido valor para decidirme...?

¡Mañana, mañana todo habrá terminado...!